



HIJOS
DE LA
SOMBRA

GRACIELA RAMOS

B

A45

HIJOS
DE LA
SOMBRA
GRACIELA RAMOS



Sinopsis

Tres jóvenes de un pequeño pueblo comienzan a ser abusados por el nuevo cura del lugar, hecho que los transformó para siempre. El silencio ensombreció a los tres amigos, que debieron empezar a reconstruirse.

En la década de los 70, Agustín, Diego y Marcos llevaban la vida de cualquier chico en un pueblo pequeño y perdido de la Argentina. Entrando en la adolescencia, esa amistad era todo lo que tenían: refugio, contención, apoyo, compañerismo. Pero la llegada de un nuevo cura los transformó para siempre: de manera abierta, empezó a abusar de ellos sistemáticamente. El silencio, por acción o por omisión, fue ensombreciendo a los tres amigos, que nunca más fueron los mismos. Aunque, a veces, es posible reconstruirse desde los escombros.

Con esta novela, Graciela Ramos se aleja de las historias románticas y se sumerge en una trama donde la época juega un rol fundamental. Porque no solo los protagonistas fueron arrastrados hacia la oscuridad más profunda, sino que también un país atravesaba una de las épocas más negras de su historia. Y así, de alguna manera, todos somos hijos de la sombra.

*A todos los
jóvenes del mundo
tocados por la
crueldad del hombre*

Primera parte

La paz y la guerra comienzan en el hogar.

TERESA DE CALCUTA

1

Era una pequeña comunidad olvidada por las líneas cartográficas. No quedaba de paso para ningún lugar. Cada vez tenía menos habitantes. Los jóvenes huían, los viejos morían.

La vida de todos circulaba por las calles empolvadas alrededor de la única plaza coronada por la comuna, la comisaría, la iglesia, la escuela primaria y el club social. Los grifos incrustados en lápidas eran los proveedores de agua potable.

Rosalinda Espinosa era la curandera para todos los males. Era curioso ver cómo las personas salían del único dispensario y caminaban hasta la casa de Rosalinda. Lo que les decía el doctor tenía que estar avalado por ella.

El club social, un respiro para las almas cansadas. Y la iglesia, con todos sus dones, era la que gobernaba en el pueblo.

“¿Por qué habré nacido acá? ¿Tendré el valor para irme algún día de este pueblo?”, rezaba Agustín.

2

Los huevos, amontonados en la canasta de mimbre, marrones, gordos, fanfarrones, esperaban. Agustín, apurado, los vio, se detuvo y les clavó la mirada. Su pecho comenzó a palpar y su respiración a acelerarse. Comenzó a largar aire por la nariz como un búfalo. Estaba enojado. Tenía ganas de correr al gallinero, apresar una por una las ponedoras y acogerlas. Y ahora, con la llegada de Eusebio, el gallo nuevo, estaban como locas. No paraban de poner y poner huevos. “Espero que esta vez no me toque a mí. Por favor. Ella no entiende que me avergüenza salir con esa canasta por el pueblo. Me la paso esquivando a los conocidos y escondiéndome de las chicas. ¿Tanto le cuesta entender que un chico no puede andar vendiendo huevos? Esas son cosas de viejas, o bien, de mujeres”, pensaba Agustín, cruzando los dedos. Tratando de escabullirse antes de que lo vieran.

—Hoy va la Rosana a vender los huevos —dijo Erna, su madre, como si hubiera escuchado su pensamiento—, y usted vaya a arreglar el alambrado del gallinero antes de irse a la escuela. ¡Dios bendiga mis gallinas! Esos zorros me los manda el mismísimo diablo. A la Pepa le mataron el Quique. No se puede reponer la pobre. Un pavo como ese... El pavito lo está criando en la cocina. Es hijo del Quique.

Erna era el motor de la familia, a su manera, porque todo lo sometía a la voluntad de Dios. Luis, su padre, trabajaba en el aserradero de los Salvatierra, como casi la mitad del pueblo. Y Rosana, su hermanita, se pasaba la mayor parte del tiempo haciendo muñecas de trapo con los retazos de tela que quedaban en el costurero de su madre. Luego, a escondidas, las vendía en la feria que eventualmente se hacía en la escuela. Con ese dinero Agustín le traía del pueblo vecino, Las Chuñas, pinturas de labios, de uñas, revistas. Las tenía escondidas en una caja con candado debajo de la cama. Era su tesoro.

—Pobre doña Pepa. Sí, lo quería al pavo. Voy a arreglar el gallinero — contestó Agustín y salió rápido. A ver si todavía se arrepentía y le enchufaba la canasta.

Era extraño ver cómo funcionaban las cosas en su familia, su padre era el hombre de la casa, pero todo se hacía como lo mandaba su madre.

Rosana se acomodó el sombrero de tela gastado, tomó la canasta con los huevos y caminó hacia la calle. A ella no le importaba, pero, claro, no era tan eficiente como Agustín, recorría la mitad de las calles y nunca se acordaba de cobrar las deudas de la semana anterior.

—¡Pase a cobrarle a doña Pepa, que se viene haciendo la sota y me debe dos docenas ya! —gritó Erna desde la cocina.

Y así las cosas se acomodaron para Agustín. Silbando y con las herramientas de la precaria cajita de madera de su padre, fue a visitar la casa de las gallinas.

“Cuando me vaya de este pueblo, voy a ser médico”, rumió.

3

Acariciaba sus crines, revisaba sus patas, la llamó Lola. La yegua no era suya, era de Cosme, un vecino. Se la prestaba los días hábiles para que pudieran ir a la escuela en Las Chuñas. A cambio, lo ayudaban a mantener su huerta, que ocupaba el potrero donde antes, cuando era joven, tenía caballos. Rastrillar, limpiar, poner las semillas. El año pasado habían cosechado más de cien zapallos y doscientas zanahorias. Las había contado, sí, no podía controlar esa manía de contar las cosas. No lo hacía feliz, lo cansaba, pero hasta que no llegaba al último número no podía parar.

Erna sacudía la cabeza y observaba desde la ventana de la cocina.

—¡Cuántas veces le tengo que decir que primero ensilla el sulky, luego se pone el guardapolvo! —gritó.

—¡No voy en sulky! —contestó y ajustó las correas de cinchar. Hacía calor y no tenía ganas de ir a la escuela. Pero sabía que, si quería una oportunidad para progresar en la vida, debía estudiar. Eran muy pocas las familias que podían enviar a sus hijos pupilos a diferentes ciudades para cursar el secundario.

—¡Mejor que vaya solo, esos dos burros no son buena compañía para usted! —contestó Erna y siguió con sus cosas. Se refería a sus amigos. Marcos había repetido tres veces primer año. Y Diego, dos.

Salió como un rayo montado sobre Lola mientras conjugaba los verbos. Tenía lección. Le faltaba poco para terminar el secundario. No le costaba tanto estudiar, pero no le gustaba ir solo a la escuela, era como ir desnudo. Sentía que todo el mundo lo escrutaba, el extraño, el raro... Cuando estaban los tres juntos, era diferente. Enfrentaban con heroísmo las miradas inquisidoras.

Su sueño era ser médico. Tenía que terminar el secundario y ver la forma de poder irse a estudiar a la Capital. Nunca lo había conversado con nadie más que con sus dos amigos. Sus padres tenían otros planes para él, que trabajara para la familia Salvatierra.

El día escolar transcurrió con tranquilidad. Pudo conjugar los verbos, analizar las oraciones y distinguir las trampas que la profesora le puso en el texto. Le fue bien. Montado en Lola y al galope, regresaba a su hogar. Contaba los palos a pique del alambrado que escoltaba el camino. Dejaba de contarlos, se proponía no hacerlo más, pero al menor descuido otra vez, uno, dos, tres, cuatro... “¿Por qué tengo esta costumbre de contar todo...? ¿Tendrá cura esto?”, pensaba, cabalgaba...

4

El domingo era el día más importante para la familia de Agustín. Erna los despertaba al amanecer. Era una mujer laboriosa, activa, grandota, de carácter amargo. Cada sábado antes de ir a dormir, calentaba la plancha de hierro sobre la cocina —no le gustaba cargarla con rescoldo, porque la ceniza ensuciaba—, repasaba camisas, pañuelos, vestidos. Supervisaba el lustre de los zapatos. Acomodaba su misal, su rosario, sus estampitas, se santiguaba y luego rezaba arrodillada al lado de la cama mientras su esposo matizaba el silencio con sus ronquidos.

—¡Vamos, Agustín! Siempre tenemos que esperarlo a usted, no podemos llegar tarde —gritó Erna desde la puerta. Ya estaban todos afuera, parados al costado del cerco de caña y alambre que abrazaba la casa.

—¡Ahí voy! —contestó Agustín mientras terminaba de estirar su cabello para atrás, adivinando el rostro que le devolvía el reflejo del vidrio envejecido de la ventana de la cocina.

Salían media hora antes de que comenzara la misa para ocupar el primer banco. Por lo general, nadie quería sentarse frente al cura y sus monaguillos. Erna sí. Lo esperaba cada domingo, lo imaginaba, toda la semana ensayaba ese momento en su mente. Y cuando cruzaba la puerta de la iglesia, desfilaba por el pasillo, con su pecho hinchado, su mirada altiva, era casi una de las pocas veces que se le podía divisar una mueca, algo parecido a una sonrisa.

El padre Pedro, el párroco del pueblo, los conocía a todos. Había sido cura de la parroquia desde siempre, era como si hubiera nacido ahí. Los había bautizado, comulgado, confirmado, casado, hasta había aventurado algunos consejos matrimoniales. Era uno más.

Llegaron. Erna, antes de avanzar como una estrella de cine por el medio de la nave, mojó sus dedos en la pila de agua bendita, se santiguó, esperó a que todos hicieran lo mismo y luego caminó. Agustín era el último de la procesión, lejos de disfrutar, sentía cómo el calor subía hasta sus orejas y sus mejillas ardían, enterraba la mirada en el piso y caminaba de memoria. Cuando supuso que estaban llegando, levantó la vista y pudo divisar que en el primer banco ya estaban los Sánchez. ¡Qué problema! Erna frenó su marcha. Giró el cuello como una lechuza y le clavó la mirada sentenciadora a Agustín. Ingresó al segundo banco. Por suerte, entre ella y Agustín, estaban su padre y su hermana, si no su brazo también estaría ardiendo del pellizco que le habría propinado su madre.

Sentados en el segundo banco, tuvieron que aguantar la sonrisa burlona de

Filomena Sánchez. A ella no le interesaba el primer banco, pero sí molestar a Erna, desde aquel día que le hizo pasar flor de papelón delante de todos en el almacén cuando le quiso cobrar los huevos que le debía. ¡Qué se creía!

Para Agustín la misa era larga y tediosa, se le cerraban los ojos. Hacía un enorme esfuerzo para no cabecear, porque su madre, casi como Dios, todo lo veía y le incrustaba el codo en sus costillas. Un truco que tenía para no dormirse era repetir la misa en su mente, se la sabía de memoria. Otro era contar los santos, contar las personas, los bancos, contar todo.

Suspiró, llegaba el sermón. Tenía que estar atento. El padre Pedro en cualquier momento hacía preguntas y si no le contestaban, preguntaba con nombre y apellido. Después del sermón, venía el saludo de la paz, unas canciones y la libertad...

Cuando la misa finalizó, el padre pidió que no se movieran de sus lugares, tenía algo importante para decirles... Agustín pensó que ya comenzaba con los preparativos para la Fiesta Patronal. Pero no. Les dijo que se iba del pueblo, que lo habían trasladado a otro país. Que vendría otro cura a ocupar su lugar. ¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué pasó...? Lo llenaron de preguntas que no pudo responder, todo había ocurrido muy rápido. Agustín entrevio el desconcierto en sus ojos. Se lo notaba perdido con la noticia, casi como todos sus feligreses. Lo cierto es que se iba. El jefe de la comuna, que estaba en la misa, organizó una cena en el club social para brindarle una despedida como él se merecía.

Erna no estaba preparada para semejante anuncio, que el padre Pedro se fuera del pueblo era una tragedia.

Salieron de la iglesia callados, desconcertados

—Te das cuenta, viejo, se nos va el padre. ¿Qué vamos a hacer sin cura...? —dijo Erna con voz trémula—. No te ensuciés la camisa que la tenés que usar mañana para la despedida del padre —agregó.

Como hormigas y en silencio se desparramaron alrededor de la iglesia, cada uno a su hogar. Procesando la noticia. Tratando de entender.

Una nube oscura, plomiza, cruzó el cielo y ese fue el incentivo para que uno dijera “el cura se va y el pueblo muere” y otro agregara “un pueblo sin cura es un pueblo maldito” y otro y otro...

5

A pesar de la tristeza de todos, la fiesta en el club social traía algunas alegrías para Agustín y sus amigos. Podrían comer y beber hasta saciarse. Espiar a las chicas. Acostarse tarde.

Erna no lograba disimular la pena que la abrazaba, pero eso no impidió que se involucrara en los detalles para la fiesta de despedida del sacerdote.

Caminaron los cuatro por la calle, ocupando todo el ancho. Llegaron al club social, y Erna fue hacia el grupo de mujeres que estaban detrás del mostrador a la merced de Leopoldo, el dueño del club, quien les indicaba qué hacer. Luis fue donde estaban los hombres. Rosana se encontró con una compañera de la escuela y Agustín salió. Esperaba a sus amigos. ¿Dónde se habían metido?

Leopoldo demostraba su habilidad con la bandeja, vasos por aquí, sifones por allá. Las mujeres del pueblo desfilaban hacia las mesas con las manos llenas de platos con empanadas, sándwiches, tartas, pollo, lechón...

Agustín espiaba desde afuera, sus amigos no llegaban y la comida ya estaba servida. Los vio, expulsados por la oscuridad, caminaban lento.

—¡Vamos! Se van a morfar todo —dijo adelantándose para volver a ingresar.

El pueblo entero estaba esa noche en el club social. El lugar quedó chico. La improvisada fiesta terminó siendo un caos. El padre Pedro tuvo que subir a una mesa para que todos pudieran escuchar sus palabras. Compungido. Asombrado. Para él también era un gran dolor irse. Eran su familia. Con voz trémula dijo que él no había pedido ningún traslado, que no sabía el motivo y que fueran buenos con el párroco que vendría a reemplazarlo.

Agustín, mientras el padre seguía conversando con todos, les hizo una seña a Diego y a Marcos para que salieran. Con las manos y los bolsillos atiborrados de comida, se apoyaron en el palenque.

—Se va nomá —dijo Marcos.

—Se va nomá —agregó Agustín con la boca llena de comida.

—No lo puedo creer —dijo Diego.

—¿Quién vendrá ahora, no? El padre es como irremplazable... — comentó Marcos.

—Sí, ¿quién vendrá...? —repitió Agustín.

—Se acabaron los partidos de fútbol en la parroquia. El padre Pedro los invitó a una última misa antes de irse. Luego, con los ojos irritados, se despidió de todos. Salió por el centro de la nave de la iglesia, coronado de aplausos, conteniendo las lágrimas. Afuera lo esperaba Salvatierra, al volante de su camioneta. Atrás, en la caja, iban el presidente

comunal, el médico y algunos otros importantes. Lo ayudaron a subir. Arrancó la camioneta, y algunos autos que lo acompañarían a tomar el micro en Las Chuñas. Hundió su sombrero hasta las orejas, con una mano se sostenía y con la otra saludaba a los que se asomaron a la vera del camino para despedirlo. Jóvenes, ancianos y niños, todos, en silencio y con un nudo en la garganta, observaron cómo una parte del alma del pueblo se iba con ese hombre.

El padre Pedro ya no estaba. Se había ido. Sin palabras, cada uno retornó a su hogar. El pueblo había quedado huérfano. Comenzó a llover. “Esto no me gusta nada”, pensó Agustín.

6

Las nubes plomizas, pesadas, decidieron abrir sus grifos y la lluvia no cesaba. Se suspendieron las clases, la escuela se convirtió en hogar de las familias que habían quedado anegadas por la inundación. La iglesia estaba cerrada por falta de cura. Las calles estaban intransitables.

Esos días de encierro fueron insoportables. Erna los tenía de acá para allá sin ton ni son. Agustín solo pensaba en inventar una buena excusa para irse, escapar. Añoraba los encuentros debajo del árbol con sus amigos. Ese árbol... Lo habían elegido entre los tres un día cualquiera cuando regresaban de la escuela en el sulky. Justo ahí la yegua se asustó y se detuvo de golpe, y los parantes del sulky se fueron para atrás, dejándolos a los tres mirando el cielo. "Nos pegamos un julepe que madre mía", contaba Agustín cada vez que recordaba la aventura. Mientras ajustaban las cinchas para continuar, discutían cuál de los tres había sido el descuidado, y lo vieron... Era un sauce llorón, con un tronco grande y una sombra frondosa, hermosa, resaltaba entre los espinillos.

Y así fue, allí se juntaban a escuchar radioteatro. Allí vieron por primera vez una Radiolandia con mujeres en malla. Allí Agustín conoció a Susana Giménez y se enamoró —en su último cumpleaños, los amigos le habían regalado un póster de Susana para que colgara en su cuarto—. Allí compartían lo que comparten los amigos: el placer de estar juntos, de reír, de escucharse, de ser ellos mismos, de hacer todas esas cosas que comúnmente no hacían frente al resto de la humanidad.

Agustín al fin pudo salir de su casa, Erna necesitaba grasa para freír las tortillas. Caminó esquivando charcos. Con alegría vio a sus amigos en la plaza.

—Che, ¿y si vamos al club? —dijo Agustín.

—Sí, los mosquitos me están comiendo vivo —agregó Marcos.

—¿Les entró el agua? —preguntó Diego mientras caminaban.

—Llegó hasta la puerta. ¿Ustedes? —contestó Marcos.

—También, hasta la puerta. El asunto es que tuvimos que meter todas las gallinas a las casa. No saben... —contó Agustín.

—No, qué quilombo. Doña Erna debe estar... —dijo Diego.

—Y más. Insoportable. Y con esto del cura. Mejor no estar en las casa — completó Agustín.

—Dicen que el pueblo está maldito, por lo del cura. Que van a empezar a pasar cosas raras. Que el Almamula siempre está buscando los pueblos sin cura para instalarse en la iglesia y salir de noche a llorar su desgracia sobre los techos de las casa, haciendo resonar las cadenas que la tienen amarrada —dijo Diego.

—¿Y lo de la luz mala?, dicen que ahora va a empezar a alumbrar para que el diablo vea el camino y pueda llegar hasta acá —dijo Marcos.

—¡Qué chambón que sos! No vas a creer esas pavadas —interrumpió Agustín.

—No las creo, pero que las hay, las hay —contestó Marcos.

—¡Yo estoy cagado en las patas! —agregó Agustín—. Y dicen que después el Almamula se queda en la iglesia. Porque es Dios quien la castigó. Por eso arrastra las cadenas. Y despide fuego por la boca y...

—Tranquilos, el Almamula va a ir a las patas de las viejas putas, no a nuestra casa —dijo Marcos—. Es el alma de una mujer flojita de calzones, que se trincaba a los parientes y hasta al cura de su pueblo. Por eso el castigo de Dios. ¿Habrá sido cierto?

—¡No sé, pero no me confiaría! —dijo Agustín—. Yo, por las dudas, esta noche duermo vestido, así cualquier cosa puedo salir rajando. ¿Se trincaba al cura del pueblo? ¡Mamita!, eso sí que es sucio. ¿El padre Pedro se habrá trincado a alguna vieja del pueblo? ¿A la Lucrecia? ¿Mirá si lo trasladan porque la dejó embarazada?

—No seas chambón. No lo va a hacer con la Lucrecia —dijo Diego.

—Ah, ¡la concha de la lora! —gritó Marcos—. ¡Me lo imaginé al padre Pedro haciéndoselo a doña Eulalia!

—¡Qué asco! Esa vieja debe tener olor a tuna podrida en todos lados... —dijo Agustín.

—¿El padre Pedro será virgen? —preguntó Diego.

—No sé, no sé... Pero si esta noche viene el Almamula es porque acá no hay uno solo que sea virgen —sentenció Agustín—. Dicen que la luz mala les va a alumbrar el camino. Y que todos los impuros si la miran a los ojos se convierten en Almamula.

—Anoche vi una luz por la ventana, casi me muero de un ataque al corazón —comentó Marcos—. Venía del campo. Ahí no hay luz...

—¿Con quién lo habrá hecho el padre Pedro? Me dijeron una vez que los curas sí o sí lo hacen, si no les agarra una enfermedad “de ahí” —dijo Diego señalándose su parte íntima—, y se les pudre para siempre.

—Los curas no lo hacen nunca, estúpido. Por eso son curas, igual que las monjas —observó Marcos—, y esta noche, por las dudas, estemos atentos. Si escuchan ruidos de cadenas arriba del techo, ¡sonamos!

—¡Bueno, che! Cambiemos de conversación que yo ya estoy cagado en las patas —concluyó Agustín—, ¿le pedimos a don Leopoldo que nos anote una Fanta con granadina?

—Nos tendremos que acostumbrar a un nuevo cura, y justo que ahora nos toca confirmarnos —se lamentó Diego—. Dicen que cuando una iglesia cambia de cura, el diablo entra y pasan cosas raras...

—Sí, lo pensé. Esa pavada de la confirmación, que no sirve para nada. Bueno, sirve para ver a las chicas —dijo Marcos—, y eso son todas mentiras, mirá si va a entrar el diablo porque cambian el cura.

—Cambiamos el tema. Hablemos de las chicas así me olvido del Almamula — repitió Agustín.

—¿Viste que estaba la Catalina? —le dijo Marcos a Agustín. Lo odiaba cuando hacía eso. Claro que le gustaba Catalina, a todo el pueblo le gustaba Catalina.

—¡Dejá! No molestés. Siempre lo mismo vos.

—Y cómo te miraba —insistió Marcos.

—Es la hija de don Salvatierra, el patrón de mi papá, no es para mí — terminó Agustín, enojado. ¿Por qué no lo dejaban en paz? Se quedaron los tres en silencio.

—Bueno, relajá las tripas, no te enojés. Seguí esperando a la Susana vos —dijo Marcos.

—La verdá es que tendríamos que ir campeando las mujeres de nuestra edad. Algún día nos vamos a tené que casar —propuso Agustín.

—Yo ya estuve pensando, estamos arruinados. La Pepa es muy gorda, imagínate cuando sea grande. La Luisa es muy zonza. La Pirula tiene un genio que esa seguro va para vestir santos. Y pará de contar. Las otras son de los ricos. No nos van a mirar ni para limpiar los caballos —agregó Marcos preocupado.

—Dejen de pensar en mujeres, todavía nos falta. Cuando estemos en la edad, vemos. Ahora tenemos que pensar en que viene un cura nuevo y nosotros nos tenemos que confirmar —dijo Agustín.

—Yo no me quiero confirmar con el cura nuevo —objetó Marcos.

—Yo no puedo elegir, mi mamá me mata si no hago todo lo que el cura diga, pero no me van a dejar solo, ¿eh? —dijo Agustín asustado—. Ustedes se tienen que confirmar conmigo, eso hacen los amigos...

—Nos vamos a tener que confirmar obligados, si no nos van a marcar y vamos a quedar como los desconfirmados. Yo no quiero estar en la boca de todos —comentó Diego.

—Bueno, me voy para las casa, ya deben estar por comer —dijo Agustín.

—Sí, yo también me voy —agregó Diego.

Marcos enterró su mirada en el vaso vacío, no habló.

—¿Por qué no venís a comer a las casa? —preguntó Agustín con entusiasmo cuando se dio cuenta de la situación de su amigo.

—¡No! Tu mamá no me puede ni ver.

—¿Y qué importa? Cuando estés ahí le va a dar vergüenza decirte que te vayas, comés bien y después te vas.

Marcos movió la cabeza, no era mala idea y lo bueno es que comería rico. Erna era muy buena cocinera. Sus pucheros eran famosos.

—¡Sí! Vamos, qué tanto —contestó.

—¡Ah, la concha de la lora! Me olvidé de comprar la grasa. Vamos, acompáñame...

7

Para Agustín la religión era algo así como ir a la escuela. Tenía responsabilidades, rezar, ser bueno, ir a misa... Pero su madre lo perseguía hasta el cansancio, "agradezca a Dios por las zapatillas nuevas", "pórtese bien que Dios lo está mirando", "Dios lo va a castigar si no es obediente". Ese Dios omnipresente, viéndolo todo, evaluándolo todo, juzgándolo todo, lo cansaba un poco, pero se callaba. La única vez que se animó a contestar y objetar la palabra de Dios le costó una paliza que aún recuerda. Él creía en Dios, pero su madre le había entreverado los sentimientos. En cada cosa que hacía, sentía el peso de su mirada sobre su propia existencia. No podía evitarlo. Era como su necesidad de contar todo lo que se cruzaba en su camino. Eran dos obsesiones que lo habitaban tiempo completo. Que necesitaba como el aire para vivir. Que lo incomodaban.

Buscando una palabra confortante que lo ayudara a sacarse el miedo que lo habitaba, le preguntó a su madre si sabía algo del Almamula. Mala idea. Lo persiguió por toda la casa con una cruz en la mano. Le dijo que esas cosas eran brujerías y que, si las nombraba, las atraía, y que seguro quedaba con la maldición dentro del cuerpo y... No quiso seguir escuchando. Por supuesto, no pegó un ojo en las noches siguientes.

Así, perseguidos por las maldiciones, el Almamula, la luz mala y muchas otras supersticiones, transcurrían los días en El Pueblito.

8

Y un día sucedió. ¡El sacerdote nuevo había llegado! El pueblo parecía un ramillete de flores en primavera. Erna revivió, estaba iluminada, radiante, feliz. Ansiosa por presentarse ante el cura y conocerlo y hablarle y contarle lo devota que era ella con la iglesia y ofrecerle toda su ayuda y colaboración. Antes que nadie.

Flaviano Marín, asombrado, observó con detenimiento ese cúmulo de personas esperándolo frente a la iglesia con las manos llenas de pastelitos, tortas, budines, arrollados, pollos, salames. Era un desfile de ofrendas.

—Gracias, gracias —repetía perplejo.

“El padre Flaviano”, así lo presentó el jefe comunal. Era más joven que el padre Pedro y hablaba español con acento. Alto y de buen porte, afable. Lo adoraron enseguida. Recibió todos los regalos y luego los invitó a una misa de bienvenida para esa tarde. Necesitaba descansar un rato. El viaje había sido largo y le dolía mucho la cabeza.

No faltó nadie, hubo aplausos y cantos. Las primeras palabras del padre Flaviano colmaron las expectativas de los feligreses. Ya nadie se acordaba del padre Pedro y todos querían congraciarse con el nuevo sacerdote. Por supuesto, Erna y su familia, ahí, pisándole la sotana.

Finalizó la misa y Agustín salió casi corriendo, cruzó la calle, estaba seguro de que sus amigos estarían en la plaza, era como si supieran a cada minuto lo que el otro pensaba. Le gustaba ese sentimiento que lo unía a Marcos y a Diego. Y sí, allí estaban los dos, parecían papagayos en exposición debajo del frondoso algarrobo que estaba justo frente a la iglesia.

—Este cura nuevo me parece pura cáscara —dijo Agustín, llegando, altanero.

—Sí, se hace el simpático —agregó Diego.

—Lo que pasa es que ustedes dos no quieren a nadie —observó Marcos.

—No sé, tal vez, pero no me termina de caer. Es que el padre Pedro... era un capo. ¿Por qué se habrá tenido que ir? —dijo Agustín.

—Son las cosas de las vidas de los curas, seguro que lo llevaron porque estaba encariñado con nosotros. Viste cómo son —contestó Diego.

—¿Y si se lo llevaron porque hizo algo malo? —preguntó Marcos.

—¡Mirá que sos, eh! ¿Qué puede hacer de malo un cura...? —dijo Agustín, enojado—. Por eso son curas, casi santos...

—¿No te acordás del cura de Las Tunas, que lo echaron porque se enamoró de la curandera y ahora los dos andan adivinando la suerte? —agregó Marcos.

—Sí, que lío se había armado, el cura y la curandera. Ese pueblo sí que la pasó mal, nosotros solo tuvimos cambio de cura. Y bueno, nos tendremos que acostumbrar a este —comentó Agustín con resignación—. Mi madre dice que Las Tunas es un pueblo maldecido por eso. Pero todos los de acá, calladitos la boca, se van a hacer tirar las cartas allá y el domingo vienen a la misa. ¡Pura mierda! Y la pobre de la Rosalinda perdió un montón de clientes.

—¡Mirá! Doña Erna te está llamando —interrumpió Diego a Agustín. Los tres muchachos caminaron hacia el atrio.

—¡Hoy hay partido! ¡Vengan a buscarme! —gritó Marcos, que era el dueño de la radio, mientras corría solo para su casa como si alguien lo estuviera esperando. Agustín se quedó observándolo. Le inspiraba ir a abrazarlo, llevarlo a vivir a su casa. Pobre Marcos...

9

Después de copiosas nubes, lluvias, salió el sol. Las gallinas regresaron a sus hogares. El barro endureció y las calles volvieron a ser transitables. Las ventanas de las casas se abrieron y la rutina volvió a disponer del pueblo.

El ronquido de su hermana lo despertó. Se levantó sin hacer ruido. Rosana comenzaba a hablar apenas abría los ojos, para no detenerse nunca. El segundo obstáculo era su madre, tenía que salir de la casa sin cruzársela.

—Veo que el sol lo sacó de las cobijas. Muy bien. Tenemos mucho trabajo para hacer antes de que se escape a la escuela. Hay que pasar el rastrillo al gallinero para que seque parejito —dijo Erna, desde el otro cuarto, adivinándolo todo. Agustín dejó caer los hombros. Entendió que su día estaba perdido.

Con el barro endurecido en los brazos y las piernas, esquivando los mosquitos, terminó de acondicionar el palacio de las gallinas. Seguro los chicos ya estaban en la plaza. Y él, ahí...

—¡Agustín!, venga, venga que tengo otra tarea para usted —dijo Erna.

—Pero mire que yo tengo que ir a la escuela.

—Falta mucho para eso. Venga, vamos a aprovechar la tierra blanda y vamos a poner unas semillas de zapallo y calabaza, a la Leolinda le vinieron espectaculares.

Fue, callado, resignado. Punteó la tierra. Enterró las semillas aún húmedas y, cuando terminó, era la hora de prepararse para la escuela. “Ojalá hoy vayan los chicos...”, pensó.

Los vio venir. Con sus guardapolvos arrugados, casi corriendo. Sonrió.

Entre una cosa y la otra se les hizo un poco tarde. Salieron disparados en el sulky, atravesaron las calles del pueblo. No lo vieron. Casi lo atropellan. Se corrió, giró y los miró. Iban los tres enlatados en el asiento.

—¡Vayan con cuidado, chicos! —gritó blandiendo su mano.

—¡Perdón, padre Flaviano, no lo vimos! —gritó Marcos.

—¡Adiós, padre! —corearon.

—A este se lo van a levantar como sorete en pala si sigue caminando por el medio de la calle —dijo Diego.

—Anda con el vestido ese, el padre Pedro se vestía de cura para dar la misa nomá —comentó Marcos.

—Dale tiempo, ya se le van a paspar los de abajo, este no sabe el calor que hace acá... —dijo Agustín.

—Sí, anda fachereando nomá... —agregó Marcos.

Ya estaban en el camino, escoltados por el monte. Abrumados por el sol. A la escuela.

—Anoche me quedé escuchando la radio hasta que se cortó la transmisión. Parece que hay problemas, pero no entendí muy bien qué... — observó Diego.

—Me dijo mi papá que el presidente está muy enfermo. Y que, si se muere, estamos complicados —explicó Agustín, henchido de pecho.

Les gustaba discursar sobre política, aunque no entendían mucho. Se sentían grandes, importantes. Dejaban de ser esos muchachitos tímidos por un rato.

—¿Y por qué estaríamos complicados nosotros? —preguntó Marcos.

—Nosotros, nosotros, no. Creo. El peronismo estaría complicado —dijo Diego.

—Y sí, para los peronistas, los radicales siempre están bien, mirá los Salvatierra — agregó Marcos.

—Sí, los peronistas son los pobres y los radicales, los ricos. O sea que nosotros tendríamos que ser peronistas y si algún día tenemos plata, vamos a tener que pasarnos a ser radicales —dijo Diego.

—¡Claro! ¡Burro! No podés ser rico y peronista —arriesgó Agustín, inseguro—. Si terminamos la escuela, podemos irnos a la ciudad a estudiar. A mí me gustaría ser médico. Cuando sea médico me tengo que pasar a los radicales, porque los médicos no son pobres.

—Yo voy a ser jefe comunal, así no tengo que estudiar tanto, pero, bueno, también voy a tener que ser radical —dijo Diego.

—Y yo no sé qué quiero ser. Me gustaría tener una familia, hijos — comentó pensativo Marcos.

—Bueno, entonces, Marcos, podés seguir siendo peronista nomá porque seguro vas a ser pobre —dijo Diego.

—Bueno, che, ¡ojalá los tres podamos ser radicales! —sentenció Agustín.

Llegaron a la escuela, aflojaron la pechera del caballo y lo ataron al palenque. Se repasaron las arrugas del guardapolvo con las manos, se sacudieron la tierra, compartieron un pequeño peine y luego cruzaron la puerta.

—¡Miren, ahí llegaron los del campo! —dijo alguien.

10

Luisa ayudaba en la iglesia desde hacía quince años, era la solterona del pueblo. Dejó circular entre sus amistades algunos chismes, que el cura nuevo tenía un genio amargo, que le gritaba, que había cambiado todas las rutinas de la iglesia, estaba angustiada. Ya no era la dueña de hacer y deshacer como ella quería... Algunos dijeron que era porque “siempre estuvo enamorada del padre Pedro”. Otros, “por fin le pusieron los puntos, siempre hizo lo que quiso”.

Nadie faltó a la cita el domingo. La iglesia estaba atiborrada de personas. Erna y su familia, radiantes en el primer banco. Habían llegado con una hora de anticipación, no iba a arriesgar por ningún motivo ese momento maravilloso para ella.

Agustín estaba cansado antes de que la misa empezara. Fue la más larga de toda su existencia. No pudo utilizar la técnica de repetirla de memoria, este cura hacía las cosas diferentes...

Al finalizar, los invitó a quedarse para conversar sobre la Fiesta Patronal: que la virgen, que la escolta, que los actos, que la procesión, que los disfraces, que las tortas..., repasaba lo que tenía escrito en una libreta.

Erna desde la primera fila asentía a todo. Codeaba al esposo para que hiciera lo mismo. Agustín contaba los minutos para salir corriendo. Quería ir a encontrarse con sus amigos, que seguro ya estaban en la plaza esperándolo.

—¡Qué salvada! Por un momento pensé que íbamos a estar como unos gansos caminando delante de la virgen —dijo Marcos—, van los de catecismo.

—¡Sí, yo también! —agregó Diego, suspirando y pasándose la mano por la frente.

—Ya estamos grandes. El padre Pedro no se daba cuenta que íbamos creciendo, el año pasado éramos tres boludones con los trajes de angelitos. Me acuerdo y me da vergüenza... —dijo Agustín.

—Bueno, zafamos. Las reuniones de confirmación van a ser los sábados, ¿no? —preguntó Marcos.

—Sí, y vamos a venir los tres, como quedamos —se apresuró Agustín.

11

Diego era hijo único. Vivía con sus padres en una pequeña casa en la última cuadra del pueblo, derecho por la calle de la iglesia. Carlos, su papá, hacía mantenimiento para el jefe comunal, y Dolores, su mamá, trabajaba en la única panadería del pueblo. Para Diego la vida no era fácil: su padre, hombre de puño flojo, siempre tenía una excusa para pegarles y, cuando estaba incentivado por el alcohol, peor. Muchas veces pensó en irse, escaparse, pero no podía dejar a su madre en manos de ese salvaje. Era extraño. Cuando estaba sobrio, era el más maravilloso del mundo. Les traía regalos. Pero, cuando algo no le gustaba o se había pasado de la raya con el vino, todo se volvía oscuro.

Dolores trataba siempre de hacer las cosas como le gustaban a su marido, para no enojarlo, y lo mismo le reclamaba a Diego. Cuando Carlos no estaba en casa, eran realmente felices.

La vida de Diego era muy difícil. Fueron muchas las noches que se durmió llorando. Algunas, por los golpes. Dolían. Avergonzaba el machucón que quedaba de seña, contando lo que había sucedido. ¿Cómo un padre, por más borracho que estuviera, podía pegarle a un hijo con tanta furia? Otras, por desear que su padre se muriera. Por desear que un día llegara el comisario y le dijera que su padre se había caído en un pozo o que lo había atropellado un tractor o que lo habían encontrado muerto... “Un hijo no puede pensar en su tranquilidad fruto de la muerte del padre, no es lo correcto”, reflexionaba.

Una mañana, asustado al ver que su papá no cesaba de pegarle a su madre, corrió con todas sus fuerzas, llegó a la comisaría y, atragantado por el llanto, el cansancio y la falta de aire, le contó al comisario Clemente lo que estaba sucediendo. Este lo escuchó y le sirvió un vaso con agua, lo tranquilizó y luego lo mandó de regreso. Le dijo que se quedara tranquilo, que ya iba a pasar, que ellos no se podían meter, que eran cosas de familia.

Por su lado, Dolores, cansada y dolorida, decidió visitar a la curandera, Rosalinda. Ella le dio unas gotas para que le pusiera en el vino sin que

Carlos la viera. Tampoco funcionó.

La peor hora del día para Diego era la tardecita. Se le oprimía el corazón. Muchas veces lo esperaba preparado, que mate, que granadina... Nada servía. Siempre aparecía el estímulo y ¡listo!, el primer grito, pidiendo el vino... “¿Por qué, papá? ¿Por qué nos hacés esto? ¿Por qué nos castigás así? ¿Por qué simplemente no te vas... y no regresás nunca más...? No te vamos a culpar, no te vamos a juzgar. Solo vamos a vivir en paz”,

rezaba en soledad.

Todo el pueblo sabía que Carlos era puño flojo. Todo el mundo susurraba, pero nadie se involucraba.

Ese domingo había ido con su madre a misa. Cruzó dos palabras con Marcos y Agustín y regresó a la casa. Su padre los esperaba con un asado.

—¿Por qué no nos vamos a otro pueblo, nosotros dos...? Yo trabajaría, podríamos empezar una vida nueva... —aventuró Diego.

—Hijo, otra vez con lo mismo, así no son las cosas. Si en casa estamos bien.

—Un día la va a matar —respondió Diego, colérico de pisadas.

—No, su padre sabe lo que hace. Lo que pasa es que él es un poco nervioso, nada más. Y a veces le cuesta controlarse.

—No entiendo cómo usted lo aguanta. No entiendo cómo usted puede querer a un ser tan horrible como él... —decía y sacudía la cabeza.

—Cuando usted se case, hijo, va a saber lo que es la familia. Las mujeres tenemos que aguantar. Los matrimonios son así...

—Pero nosotros no somos una familia. Agustín tiene una familia. Nosotros dos estamos aporreados todos los días por él. Es un animal.

Apenas terminó de decir la palabra animal, sintió la mano de Dolores en el rostro.

—¡Cómo se atreve hablar así de su padre! ¡Qué cosas se le están metiendo en esa cabeza! —dijo, iracunda.

Diego, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón de furia, se tapó con la mano la mejilla enrojecida. Miró para todos lados chequeando que nadie los hubiera visto. Estaban solos en la calle. ¿Familia?, ellos estaban lejos de ser una familia. Dos o tres veces por semana Carlos les dejaba su sello personal. Los ojos ennegrecidos. Los brazos llenos de moretones. Las costillas doloridas. ¿Eso era ser una familia? ¿Aguantar? ¿Qué había que aguantar? Los puñetazos, los insultos. Entonces, ¿el matrimonio era una farsa...? ¿Y los hombres podían pegarles a sus mujeres libremente? No, eso no estaba bien.

Llegaron. La humareda incentivó las glándulas salivales de Diego. Ingresó y fue directo al fondo. Lo vio. Estaba sentado sobre un banquito. El espinazo doblado y la botella de vino vacía al lado de la parrilla. Sintió una puntada en el centro del pecho. Angustiado, pegó la vuelta y corrió a acurrucarse en la cama. Impotencia. Dolor. Ira. Ya estaba borracho...

Cuando la mesa estuvo servida, Dolores lo fue a buscar.

—No tengo hambre —dijo.

—Vamos, Diego, no haga que su padre se enoje, por favor.

Se sentó y una presión en el estómago le cortó la respiración. Dolores buscaba temas de conversación. Carlos trataba de embocar el tenedor en la boca y Diego lo observaba, hastiado. Sus ojos se llenaron de lágrimas, no quería que su madre lo viera, así que trataba de no parpadear. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Era la pregunta

recurrente sin respuesta. Se levantó de la mesa y se fue.

Esa noche, como todas las noches, luego de dar muchas vueltas al asunto, abdicó de la idea de matarlo. No superaría la culpa. Tal vez si intentaba hablar con él, otra vez, podría ser una solución al tormento de vida que tenían. Ya había probado de todo. Esperarlo con el mate a la salida del trabajo para que no empezara con el vino. Invitarlo a jugar a la taba. Invitarlo a jugar a las bochas. Tardes enteras inventando actividades para que no cayera preso de la botella... Y nada.

Entre el carraspeo de los ronquidos y la pestilencia alcohólica que llegaba hasta su cama, no pudo pegar un ojo. Amaneció y, cuando su padre se fue al trabajo, recién pudo dormir.

Despertó y un fuerte dolor sacudió su cuerpo. No fue a la escuela. Deambuló solo por la casa vacía. No quería ver a nadie. No quería hablar con nadie. Se sentía enojado.

Fue a buscar a su madre a la panadería. Quería saber cómo estaba. Cuando regresaron, Carlos los esperaba en la casa. Había salido más temprano y ya estaba bebiendo...

—Ahí está tu hijito, ¡decile!, ¡decile! —insistió Carlos.

—Basta, Carlos. Estás confundido —trató de calmarlo Dolores.

—¡Qué confundido! Decile a tu hijo que sos una puta.

—¡Pero qué dice, borracho! —interrumpió Diego, fastidiado.

El insulto de su hijo le potenció la furia, despertó el monstruo que era. Se puso de pie como pudo y fue a buscar a Dolores. Esta vez no le importaba Diego. Quería castigar a Dolores. El enojo era con ella.

—¡Usted es una puta, ahora mira a los curas!

—Pero no, viejo, qué dice. Mire si voy a mirar a un cura...

—¡Hija de puta! Yo sabía que tenía un macho, pero el cura, ¡puta de mierda! Ahora la señora va a misa... ¿Cómo no me di cuenta...? —dijo.

Diego se interpuso y Carlos le pegó un puñetazo en la mejilla derecha, lo dejó tirado en el piso en posición fetal. Dolores trataba de frenarlo con las palabras mientras se cubría el rostro con las manos.

—Carlos, usted se imagina todo. Yo solo tengo ojos para usted, le conté del padre para conversar nomá... ¿Cómo voy a mirar al cura...? —intervino Dolores tratando de llegar donde estaba su hijo tendido en el suelo.

—¡Putas de mierda! —gritaba y le pegaba en cualquier parte del cuerpo, donde la mano llegara, donde el pie llegara. Dolores tropezó con una silla y cayó. Llorando se levantó y fue a atender a Diego. Carlos la interceptó y la arrastró hasta el dormitorio. Antes de cruzar la cortina que separaba los cuartos, miró a Diego, que estaba sentado en el piso sosteniéndose la mejilla con la mano, y le dijo:

—¡Chito ahí o lo mato!

Dolores trataba de no gritar, sabía que Diego estaba escuchando del otro lado de la cortina. Los golpes y los ¡tomá! de Carlos irritaban los oídos del jovencito. Se levantó

como pudo, dolorido, caminó, abrió la cortina, vio el espectáculo e ingresó. Dolores se tapó el rostro, tenía sangre, y no quería que su hijo la viera así. Carlos la agarraba de los cabellos y la revoleaba. Diego corrió y empezó a patear a su padre, implorando que la dejara. Carlos otra vez lo tiró a un costado, tenía los ojos inyectados de furia. Soltó a Dolores, que cayó como un cascote al piso. Caminó hacia la puerta y se detuvo, regresó y le pegó una patada en la cabeza.

—¡No le van a quedar ganas de andar putoneando! —dijo y se fue.

Diego quiso acompañarla al dispensario, ella se negó. Pero a las cinco de la mañana tuvo que salir corriendo a la panadería para avisar que su madre estaba enferma y que no podía ir a trabajar. Por supuesto que todos sabían lo que había pasado. Pero nadie se metía. Todos conversaban por detrás, “pobre mujer”, pero nadie se involucraba, nadie, nadie...

“Ojalá desaparecieras, padre”.

12

Mientras su padre le contaba lo que había pasado en la casa de Diego, Marcos pensaba en su madre, tan amada por ambos. Un día Dios se la llevó. Le dijeron que era tan buena que Dios la quería a su lado. ¿Y nadie pensó en él?, también la quería a su lado. Su papá nunca se recuperó. Andaba como podía, dejando a su único hijo a la deriva. Y Carlos, que tenía a Dolores, que era tan buena, la maltrataba, le pegaba. Las incongruencias del destino. Y Dios que estaba en todos lados, ¿acaso no veía la injusticia? ¿Por qué no se había muerto el padre de Diego en vez de su mamá? Estarían los dos felices abrazados por sus madres. Pero no. La vida es como es. Sacudió la cabeza, tenía que prestar atención. Su amigo estaba sufriendo.

Sin pensarlo mucho, fue por Agustín. Lo encontró en el camino.

—Otra vez parece que don Carlos la fajó fuerte a la doña Dolores. Pobre Diego, vamos a buscarlo —dijo Marcos asustado.

—¡Vamos!, me imaginé, porque ninguno fue a la escuela. Otra vez me dejaron solo ustedes.

Casi corriendo se perdieron en las calles empolvadas.

—No sé por qué don Clemente no lo deja que se pudra en el calabozo. Se lo merece —se lamentó Agustín.

—Se merece morir —agregó Marcos.

—Pará, loco. ¿Qué decís?

Pasaron frente a la casa de Diego, pero ninguno se animó a llamarlo. Estaba la bicicleta de Carlos. Regresaron por la misma calle hasta la plaza y se sentaron en un banco. Inmersos en sus pensamientos. ¿Cómo ayudarlo...?

—Mañana tiene que ir a la reunión de confirmación. Ahí lo vamos a ver —dijo Marcos resignado.

Agustín y Marcos hacían guardia en el atrio de la iglesia. Era el día de la reunión de confirmación. Tenía que ir. Lo estaban esperando.

—¡Ahí viene! —gritó Marcos y ambos corrieron a su encuentro.

—¿Está bien usted? —preguntó Agustín tomándolo de los hombros.

—Sí, pero la destrozó a mi mamá, dice que anda enamorada del cura este —susurró Diego a punto de llorar.

—Y ahora, ¿cómo está tu mamá? Pobre doña Dolores —dijo Marcos compungido.

—No quiere ir al dispensario, yo creo que le da vergüenza —contestó Diego—. Está toda llena de moretones, casi la mata el hijueputa.

—¡Tenemos que matarlo! Ya les dije —interrumpió Marcos—. Hacemos que parezca un accidente, que se le chanfleó la bici y se cayó y se quebró el cuello, y le partimos la cabeza con el hacha.

—Pará, che, no somos asesino nosotros —aclaró Agustín.

—No seríamos asesino porque nadie lo mataría, se moriría solo — concluyó Marcos.

En ese momento se asomó el padre Flaviano.

—¡Vamos, parlanchines, adentro! —gritó desde la puerta de la iglesia.

Ingresaron los tres, serios, ensimismados. Cada vez que uno de ellos sufría, sufrían los tres.

El padre Flaviano les pidió que se presentaran, así los iba conociendo. Algunos, ruborizados, tímidos. Otros, a viva voz, rezaron sus nombres y sus edades. No eran tantos, la mayoría varones. Les hizo algunas preguntas, luego, sin mucho preámbulo, les anunció que los iba a confesar. Los llamaría de a uno para que pasaran a la sacristía. Miró a todos y se detuvo en el rostro de Diego. Le hizo señas, comenzaría con él. Era evidente que ese chico estaba sufriendo.

—Pasa, hijo. —Le señaló la silla que estaba próxima a la suya.

Diego obedeció con la mirada clavada en el piso.

—Ya sé qué te pasó en la cara —dijo y con la palma de la mano le acarició el moretón—. Ese hombre, tu padre, está enfermo. Yo te voy a proteger, no va a volver a tocarte jamás. Te lo prometo.

Diego levantó la mirada tratando de contener las lágrimas.

—Gracia, padre.

El sacerdote lo achuchó con delicadeza. Acarició su espalda. Diego no pudo aguantar y estalló en llanto.

—Llora, llora tranquilo. Te va a hacer bien.

—Gracia, padre.

—No me agradezcas, Diego, siempre voy a estar para protegerte. No te voy a confesar hoy, ya tuviste demasiado con tu padre. Te voy a buscar un vaso con agua. ¿También le pega a tu madre?

—Sí.

Sus ojos ardían. Atribulado recibió el vaso con agua y lo bebió todo.

—Usted es muy bueno, yo le agradezco, eh. Mi papá me había prometido que no nos iba a golpiá más, pero no pudo aguantar... Mi mamá dice que él no se puede controlar.

—Es un cobarde, Diego, a los chicos y a las mujeres no se les pega, aunque se lo merezcan.

Diego lo miró. No se animó a decirle que el origen de la pelea había sido él.

—Sí.

—Ahora anda, tranquilo —ordenó—. Y que Dios te bendiga —agregó y lo santiguó.

—Gracia, padre.

Salió, se sintió aliviado. Avanzó sin detenerse bajo la mirada atónita de todos, se fue. Marcos y Agustín, boquiabiertos, lo siguieron con la vista hasta que desapareció.

El padre Flaviano se asomó desde la puerta y llamó a Agustín.

Se levantó con pesadumbre. Caminó despacio, mirando el piso. ¿Qué tipo de confesión era esa, viéndose las caras? Con el padre Pedro no era así...

—Pasa, hijo.

—Sí, padre —contestó Agustín incómodo.

—Ven aquí —dijo señalando la silla que estaba a su lado.

Agustín, desorientado, agachó la cabeza y se sentó.

—Así nos vamos conociendo.

Agustín, callado, no se animaba a mirarlo.

—Vamos, Agustín, empecemos con tus pecados...

—Yo, eh, bueno, contesté mal a mis papás y mentí.

—¿Y nada más? —preguntó y sobó su espalda, cariñoso.

—No, creo que no. Ah, bueno, pensé que ojalá se muriera el padre de Diego. Por lo que le hace a su madre y a él —contestó nervioso.

—¿Nada de pecado sucio? —preguntó con una sonrisa inquietante en el rostro, pasando de largo el asunto de Diego y su familia.

—¿Pecado sucio? No sé qué es eso —contestó Agustín, fruncido de ceño y colorado como un tomate.

Lo miró a los ojos.

—No me hagas decir cosas que los curas no podemos decir —agregó—. Te digo porque ya estás en esa edad en que los jóvenes comienzan a cometer los peores pecados. Todo porque no pueden controlar los impulsos del cuerpo. ¿Te tocaste alguna vez...?

Agustín sintió que toda la sangre que circulaba por su cuerpo se concentraba en su rostro, le ardía. ¿Cómo había adivinado...? Él se había tocado, sí, algunas veces, pero esas cosas eran íntimas, ni siquiera lo charlaba con sus amigos. Este cura sí que era raro... Pero era muy moderno, lo tuteaba, lo tocaba. Tan distinto al padre Pedro.

—Pillín, pillín —exclamó el padre Flaviano—. Yo te absuelvo de todos tus pecados, ahora anda y reza diez padrenuestros y diez avemarias.

Agustín salió casi corriendo, confundido. Era como si estuviera soñando, pero se sentía real, inesperado. Se sentó al lado de Marcos, no fue a rezar.

—¿Estás bien vos? —preguntó Marcos al ver a Agustín azorado.

—Es raro este cura —dijo sin mirarlo a los ojos.

El padre Flaviano confesó a dos jóvenes más y luego continuó con la reunión. Les habló de la Biblia, les leyó un salmo. Les explicó por qué debían afirmar los sacramentos mediante la confirmación.

—Quiero conversar unos minutos con ustedes sobre la carrera sacerdotal —arguyó.

El silencio habitaba el lugar, los rostros eran un signo de interrogación.

—¿El padre Pedro no les habló nunca del llamado de Dios? —continuó.

Nadie contestaba. Boquiabiertos. A ninguno se le había cruzado por la cabeza la posibilidad de convertirse en sacerdote. Los curas venían hechos y se instalaban en la iglesia. Era así.

—¿Qué, nosotros podemos ser curas? —preguntó alguien.

—Claro que sí, todos pueden ser curas, pero deben estar muy atentos al llamado de Dios.

—¿Y nosotras podemos ser monjas? —interrumpió una de las jóvenes presentes.

El padre Flaviano suspiró con fastidio.

—No, así que las chicas pueden retirarse y seguimos en la próxima reunión —dijo sin reparos.

En silencio y con asombro, se levantaron y salieron del lugar.

—¿Cómo sabemos si nos llegó el aviso ese? —preguntó Vicente, el hijo del carnicero. Era el menor de cinco hermanos y su misión en la vida era llamar la atención —, yo creo que algo me avisó, pero no sé, en realidad.

—Les voy a ir enseñando a escuchar los avisos. Vamos a trabajar juntos, si Dios me fijó este destino es porque aquí hay algunos posibles sacerdotes, ¿no?

Se miraban entre ellos, buscando algún gesto, algo.

—Yo también creo que recibí un... ¿Cómo era?, ah, llamado. En mi casa a la noche, escuché unas campanas y una voz... —agregó Federico, era hijo del mecánico del pueblo. Ser cura para él era como una bendición, no le gustaba ensuciarse las manos con grasa y, cuando le dijo a su padre que no quería ser mecánico, pudo sentir en carne propia su respuesta.

—¡Bueno, bueno! —interrumpió—. En la próxima reunión conversamos acerca de los llamados de Dios, ¿les parece? Ahora van con Luisa para que revise si están todos anotados y los datos bien completos.

Salieron, atónitos, callados, pensativos.

—Podemos ser curas —dijo Agustín.

—Nosotros... ¡Vamos! Tenemos que contarle a Diego... —propuso Marcos.

Las madres de los jóvenes que participaron de la charla de confirmación, enteradas de la posibilidad de que sus hijos se conviertan en sacerdotes, se avizoraban desde lejos. En el almacén, en la panadería, en la carnicería, solo se escuchaba “mi hijo quiere ser cura”, “mi hijo va a estudiar para sacerdote, el padre Flaviano ya se lo dijo”, “a mi hijo lo eligieron para que estudie para cura”... El padre Flaviano no solo había traído alegría al pueblo, también porvenir y buenos consejos.

Agustín no dejó de pensar en su confesión. Tocarse era un pecado. ¿Y si Dios lo castigaba? Estaba entrando en la edad pecadora... Se sentía atormentado, no le gustaba el padre Flaviano, seguro el padre Pedro se lo hubiera explicado de otra manera. Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordarlo. Sacudió la cabeza.

“Ojalá regrese el padre Pedro”, pensó.

13

Marcos sentía el frío del invierno en su propia sangre. Cuando abría la puerta de su casa, la oscuridad y el olor a encierro le contaban la historia que ya sabía, que odiaba. Desde la muerte de su madre, esa casa era una tumba, sola, sucia y pobre. Un día estaba con su madre y su padre, feliz, limpio, alimentado, amado. Otro día, ella yacía en un ataúd, se la habían arrebatado, pero ¿quién? ¿Por qué?

Añoraba el aroma de su madre. En las caricias, en las tortas, en su ropa limpia con olor a jabón, en sus tibios abrazos, en su sonrisa. Cada noche se dormía llorando su recuerdo. Cuando murió, le dijeron que con el tiempo su dolor se aliviaría. No, ¡claro que no!, mentira, dolía como el día que la enterraron en el cementerio. Nunca imaginó la vida sin ella. Cuando el ánimo lo acompañaba, limpiaba. Otro día, lavaba ropa. Era guapo para el trabajo, pero débil para el dolor. Se lamentaba ser quien era. Soñaba despierto con su madre viva. Lo único real y bueno eran sus amigos. Por eso iba a la escuela, por eso iba a las charlas de confirmación... Para estar con ellos. Ellos le daban orden a su vida, ¿sentido?, tal vez.

Agustín y Diego sufrían esperando en la puerta del aula. Marcos estaba preso de la prueba de Matemática. Ya casi todos habían terminado, y él estaba con el lápiz comido hasta la mitad y los ojos revoleados para cualquier parte. Nunca estudiaba. A Diego lo salvaba su actitud. A Agustín, el tiempo que le dedicaba. Pero Marcos era toda una situación. Si no lo lograba, ese sería el último año. No podía seguir eternamente en primero.

—¿Y cómo te fue? —le preguntó Agustín apenas lo vio salir del aula.

—Para el traste me fue. Era chino eso para mí. ¿En qué momento aprendimos esas cosas? —dijo Marcos mientras caminaban hacia el patio.

—Tenés que estudiar, Marcos, si no te vas a quedar afuera de la escuela.

—Bueno, bueno, otra vez el sermón...

Compartieron el recreo hasta que sonó la campana, cada uno tenía que retomar sus clases.

Los profesores no ingresaban a las aulas, algo pasaba. Agustín se levantó del banco y fue hasta la puerta, espió el pasillo y la vio venir. Corrió a su lugar. Todos se pusieron de pie. Con una seña les pidió que se sentaran.

—Con mucha tristeza tengo que anunciarles que acaba de fallecer el presidente de la nación. Ahora, vamos a salir despacio, todos. Vamos a formarnos en la galería y cuando la señora directora dé la orden, caminamos hasta la plaza. Recuerden, un brazo de distancia. En silencio, por favor, hoy la nación está de duelo.

Salieron ordenados, cruzaron la calle y se formaron en la plaza. Los guardapolvos blancos brillaban. Silencio. Dolor. La directora del colegio parada sobre el segundo escalón al costado del único mástil, entre lágrimas, leyó su improvisado discurso.

Agustín observaba el entorno, las profesoras, los profesores, todos, con el pañuelo en la mano y los ojos irritados por el llanto. Algunos curiosos se acercaron a ver qué pasaba. Luego la abanderada y sus escoltas izaron la bandera a media asta. Un minuto de silencio y cada uno a su casa.

Los muchachos corrieron a ensillar el sulky. Se miraron. ¡Había muerto el General! Con el látigo rebotando sobre el lomo del animal, emprendieron el regreso. Las narices y los cachetes enrojecidos, eufóricos, apretados en el asiento, se elevaban juntos cada vez que las ruedas pasaban por alguna huella profunda y cuando caían, seguían conversando.

—¡Se murió nomá! —dijo Diego.

—¡Se murió nomá! —repitió Agustín.

—¡Se murió nomá! —terminó Marcos.

Estupefactos.

—¡Vamos directo al club! —dijo Diego.

—¡Y ahora, estamos fritos! ¡Se acabó el peronismo! —se lamentó Agustín—, mi papá debe estar muy preocupado. ¿Qué vamos a hacer?

—Sí, se murió Perón, no hay más peronismo —completó Diego.

—Radicales no nos podemos hacer... —dijo Marcos—. Esto se pone como raro.

—Y ustedes se olvidan de lo más importante, nos quedamos sin presidente— observó Diego.

—¡Qué lindo estar un día como hoy en la Capital! ¡Fa! —agregó Agustín.

—Es un velorio zanguango, tenés que respeté —sentenció Marcos.

Llegaron, desensillaron el sulky y corrieron al club a ver la televisión. Estaba casi todo el pueblo. Eran muy pocas las familias que tenían un televisor en su domicilio.

Agachados, cruzaron por adelante y se sentaron en el piso. Acodaron los brazos en las rodillas y levantaron la cabeza. Y desde allí siguieron la historia.

Al día siguiente, las actividades se suspendieron por el duelo. Todos regresaron al club social para ver las noticias. Vieron cómo bajo la lluvia pasaban miles de personas a despedirse del General. Escuchaban los comentarios de los pueblerinos, algunos lloraban, otros maldecían, otros estaban aún atontados por la novedad.

Agustín miraba a su papá de reajo. Estaba serio. No decía nada. No comentaba, no conversaba. A él le gustaba el General...

Allí estaban todos, viendo cómo una etapa del país terminaba y comenzaba otra, sin saber mucho lo que eso significaba; tal vez, protegidos por la ignorancia, por la lejanía.

Ya entrada la noche y empujados por don Leopoldo, cada uno se fue a su casa.

Marcos siguió con la radio pegada a la oreja, Diego se escapó y regresó al club hasta el cierre de transmisión, Agustín se quedó mirando el póster de Susana Giménez en la

pared y ensayando conjeturas; se había muerto el presidente, con él se había muerto el peronismo. Cómo le hubiera gustado estar en la ciudad o mejor, en la Capital. Se imaginó siendo médico, caminado por los pasillos con la chaquetilla blanca y un estetoscopio colgado en el cuello. Ayudando a las personas... Suspiró.

14

La muerte del presidente había convulsionado a todos. Fue el tema que eligió el sacerdote para iniciar la reunión de confirmación.

—Hablemos de la muerte —dijo.

—Se murió el presidente —agregó Vicente.

El padre Flaviano no hizo caso al comentario y siguió con su monólogo.

—¿Cielo o infierno? Es muy claro, muy fácil. Al infierno van los malos; los buenos, al cielo. Ahora, ¿cuál es la diferencia entre los buenos y los malos?

—¿El presidente está en el cielo o en el infierno? —otra vez interrumpió Vicente.

—Los buenos son los que viven bajo los mandatos de Dios. Como los que vamos a repasar ahora para poder confirmarlos —dijo sin responder a la inquietud de Vicente.

—¿El presidente está en el infierno? ¿Son buenos los presidentes...? — preguntó una voz.

—¿Y quién decide si fue bueno o malo? —otra vez Vicente.

—¡Basta, Vicente, dejá escuchar! —sentenció otra voz.

—Lo importante es que ustedes no vivan en el pecado, entonces, seguro van a ir al cielo. Bueno, antes de comenzar con la confesión, ¿quieren que repasemos los llamados para iniciarse en el sacerdocio?

—¡Sí! —gritó Vicente casi saltando de su asiento.

—¡Levante la mano el que quiere ser cura! —dijo el padre Flaviano, obviando a Vicente; si hubiera podido, lo habría hecho desaparecer, era insoportable.

Todos los varones levantaron una mano. Vicente, las dos. Las chicas observaban en silencio.

—Tengo que elegir a uno —contestó a todas las manos arriba—. O dos...

Los chicos comenzaron a secretar sobre diferentes situaciones donde podía estar el llamado de Dios. Las chicas enumeraban las virtudes de los que, para ellas, eran los posibles candidatos. Se interrumpían, se incitaban entre ellos.

—¡Silencio! ¡Pero no se dan cuenta que estamos en la casa de Dios! — dijo el cura poniéndose de pie en la punta de la mesa—. ¿Alguno conoce la historia de San Agustín?

Todos concluyeron en un no.

—San Agustín fue un picaro. Tuvo una larga trayectoria como hereje antes de convertirse al catolicismo y luego ser un santo.

Abrieron los ojos, un santo jamás podía ser un hereje.

—¡San Agustín no era ningún hereje, señor! —objetó Federico luego de ponerse de pie para hablar—. Mi madre dice que los santos son santos.

El padre Flaviano lo sentenció con la mirada.

—¡Siéntate, Federico! —dijo y continuó hablando.

Con la boca lacrada, todos olvidaron la muerte del presidente y escucharon la historia de San Agustín. Era como si el santo alguna vez hubiera sido un hombre de verdad. Y ahora que todos tenían la posibilidad de ser curas... Ese descubrimiento era revelador. Ellos podían ser curas y tal vez, también, santos, como San Agustín.

El padre Flaviano se detuvo unos minutos a observarlos, pendientes, sedientos de sus palabras.

—¿Quién sabe jugar a las cartas? ¿Truco, escoba de 15?

Todos los varones hablaron al mismo tiempo, las chicas se miraban entre ellas.

—Bueno, bueno, ¿qué les parece si mañana hacemos un campeonato de truco después de la misa?, otro día organizamos algo con las chicas.

—Con el padre Pedro, jugábamos al fútbol, a la taba y también a las bochas —dijo Vicente.

—Bueno, si quieren, otro día hacemos un partido de fútbol.

Las sonrisas inundaron el lugar.

—Padre, nosotras podemos hacer pastelitos —dijo Sonia.

—Me parece una gran idea. Se nos escapó el tiempo —comentó el padre Flaviano viendo cómo se había pasado la hora—. Hoy confieso a uno. El resto viene mañana antes de la misa. ¿Agustín? Así mañana venís con tu familia y ya estás confesado.

Agustín estaba casi en la puerta.

—Che, zanguango, te toca quedarte hoy día —le dijo Marcos y le amagó un codazo en las costillas—. Te esperamos en el árbol.

Agustín no quería regresar, pero sabía que esa no era una opción.

—Estás un poco distraído, ¿todo está bien?

—Sí, padre —contestó mirando el piso.

—¡Bueno, así me gusta! —dijo y lo abrazó, le palmeó la espalda y luego acercó su boca al oído de Agustín.

—Me parece que la casualidad no existe, te llamás igual que San Agustín. El elegido, me parece...

Agustín, boquiabierto. No esperaba semejante revelación. Descansó sus hombros.

—¿Usted cree, padre? Yo soy medio pajuerano.

—¡Claro que lo creo! Yo lo puedo presentir. ¿Te gustaría seguir avanzando? —le decía mientras ingresaban a la sacristía.

—¡Sí! Bueno, no era lo que pensaba, pero. Yo no sentí ninguna señal, pero a lo

mejor la señal llegó y no la vi.

—Bueno, vamos a hacer algo. No digas nada a nadie, ni a tus amigos, porque si luego no te llega bien la señal vas a quedar mal, ¿comprendes?

—Sí, padre —dijo un poco más tranquilo.

—Ahora vamos con los pecados. ¿Cómo anduvimos con esto? —Posó su mano sobre la intimidad de Agustín, y no la sacó. No la podía sacar. Una fuerza mayor lo invadía en esos momentos y era cuando perdía el control, no le importaba nada, solo quería sentir el placer que le daba tocarlo. Y continuar... Ese joven le despertaba todos sus instintos perversos, con los que había luchado durante años.

Agustín se sorprendió. Quiso sacarle la mano, pero la fuerza del padre ganó.

—Eh, nada, padre. Nada...

—Confía en mí —dijo mientras frotaba y luego sacaba la mano, dejándolo en evidencia—. ¿Viste, hijo? Qué fácil que es llegar al pecado. Cualquiera puta te roza ahí y sonaste. Mira cómo quedaste...

Agustín, sofocado, trataba de cubrir su vergüenza expuesta. Al final, el cura tenía razón.

—Ah, Dios mío, ¡ven! No te vas a ir así. —Lo tironeó del brazo. Antes de que Agustín pudiera recobrarle, le bajó los pantalones y asió su falo con ambas manos—. Mira cómo estás, qué va a decir la gente si te ve...

Ya no pudo seguir hablando. Quería disfrutar de lo que tenía en sus manos. Nada importaba. Solo el placer de sentir el cosquilleo en todo su cuerpo. Quería rozarlo, poseerlo, abrazarlo, desnudarlo. ¡Pero no! Tenía que controlarse.

Se levantó, buscó una toalla y luego, tapando sus manos, lo comenzó a frotar. Agustín, boquiabierto, incómodo, comenzó a sentir su cuerpo sucumbir, emociones desconocidas lo invadieron. Se tapó la cara mientras el cura seguía restregando su intimidad. Sus piernas temblaban. Cuando todo terminó, tuvo vergüenza de abrir los ojos, ¿qué había pasado?

El padre Flaviano se fue al baño. Agustín se acomodó la ropa enseguida, se pasó la mano por el rostro y se dispuso a salir del lugar.

—¿Estás mejor? Ahora, sí, puedes irte tranquilo. No cuentes nada. Ya estás libre de pecado. Te lo saqué del cuerpo. Lo hice por ti.

Agustín lo observó, estaba aturdido. Aún temblaba.

—Yo... me quiero ir —rumió.

—Agustín, no te asustes, esto es totalmente normal. Los curas no podemos estar con mujeres, ellas son veneno para nosotros. Nos tenemos que ayudar, así como yo lo hice con vos.

Agustín levantó la vista, no logró comprender lo que decía el cura, tampoco le gustaba lo que estaba sucediendo.

—¿Comprendes, hijo?

—Sí, padre —contestó aturdido. Quería irse, urgente.

—Bueno. Vaya.

Salió por el costado; cuando se disponía a cruzar la calle, los vio. Parecían dos vizcachas al costado del camino, eran sus amigos. Lo estaban esperando.

—¡Por fin! —dijo Marcos—. Tenías más pecados vo...

Agustín sonrió y no respondió nada. Estaba concentrado en dejar de temblar, no quería que sus amigos se dieran cuenta de lo que había sucedido. Caminaban acompañados por el medio de la calle. Tenía el impulso de contarles lo que había pasado, de desahogar ese suceso asqueroso que invadía su mente, su cuerpo... Pero no. Necesitaba procesarlo bien... ¿Y si él era realmente el elegido para estudiar y convertirse en un sacerdote? ¿Y su sueño de ser médico? ¿Y si eso que acababa de pasar era la forma que tenían los curas para sobrevivir a sus necesidades privadas?

—¡Eh, volvé a la Tierra!, ¿qué te pasa? —le dijo Diego.

—Nada, nada, vamos.

Juntaron todo el dinero que tenían. Caminaron hasta el club social y repartieron una Coca-Cola chica en tres partes iguales, se regalaron un rato de televisión como todos los sábados, cada uno con su vaso. La muerte del presidente aún era el tema principal. Agustín no podía concentrarse en la conversación que llevaban sus amigos.

—A vos te pasa algo —insistió Diego.

—No, estoy cansado nomá. ¿Se sabe algo de lo que va a pasar ahora...? —preguntó, por decir algo. Quería irse, estar solo, lavarse. Terminaron la bebida y se fueron.

Le costó dormir. Repasó mil veces lo sucedido en la iglesia. Le daba asco. No quería pensar en eso, pero pensaba. Era lo correcto, eso decía el padre Llaviano. Daba vueltas en la cama. Cada vez que recordaba al cura sosteniendo su intimidad, su cuerpo se movilizaba. No quería despertar a Rosana. No podía quedarse quieto. ¿Por qué el padre Pedro no les advirtió...? ¿Por qué no les dijo nada del pecado sucio?

Lúe el primero en levantarse. No quería ir a misa, pero sabía que eso no era una opción. Desasosiego, eso sentía.

Hombro con hombro; de un lado, su hermanita, del otro, su madre. Repasaba de memoria todos los preparativos antes de que comenzara la misa. Los monaguillos iban y venían, eran los chicos del catecismo. Se imaginó siendo el cura. Pero enseguida su mente le jugó una mala pasada y fantaseó manoseándose con otros curas, y no le gustó nada. Sacudió su cabeza. Le daba asco, repugnancia, pero la imagen volvía y volvía. No quería pensar en eso. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué no podía pensar en otra cosa? Cerró los ojos. ¿Será que era un degenerado y no se había dado cuenta...?

Lúe la misa más larga e insoportable de su vida. No terminaba nunca. No quería mirar al padre Llaviano, no quería rezar con él, quería irse corriendo de ese lugar, pero no podía.

Cuando terminó, el cura se acercó a la familia de Agustín y, tomando de los hombros al joven, les dijo a sus padres lo buen muchacho que era. Erna se emocionó hasta las lágrimas. No por lo bueno que era su hijo. Sí, porque el padre Flaviano les

estaba hablando. Eso era un gran honor para ella. Agustín, duro de cuerpo, miraba el piso.

—Agradezca al padre Flaviano, no sea guarango —dijo su madre.

15

La muerte del General los tuvo muy ocupados. Era el tema de conversación en todas partes.

Agustín esa semana fue a la escuela solo. Diego tuvo que ayudar a su padre a alambrar un campo de la familia Salvatierra. Y Marcos, luego de la prueba de Matemática, estaba evaluando si seguir o no. Tal vez era hora de buscar algún trabajo.

Llegó el sábado. Agustín no quería ir a la iglesia, dijo que le dolía la panza. Pero su madre no escuchó razones y lo mandó igual. Y no solo eso. Lo obligó a llevar el pan dulce que ella misma había horneado para la ocasión. Quería congraciarse con el cura.

—Agustín, el pan es muy rico —dijo el padre Flaviano, pasando por detrás y pegándole un coscorrón en la cabeza—. Agradezca a su madre.

—Sí, padre, la familia de Agustín siempre hace esos panes, los más ricos de todo el pueblo —agregó Vicente, oportunista.

—¡Calíate, meterete! Que hable Agustín, a la final es él que lo hace — dijo Federico.

—Muchas gracias, Agustín, tu acto de traernos el pan fue de un verdadero hombre de bien —terminó el padre Flaviano.

Agustín se sintió bien, halagado, pero al mismo tiempo preocupado. No quería ser confesado de nuevo. Había ensayado algunas excusas por si le tocaba. Por suerte, Vicente se la pasó preguntando sobre la fecha de la confirmación, su madrina venía de otro pueblo y tenía que avisarle con tiempo. Luego surgieron dudas sobre algunos detalles para la Fiesta Patronal. Organizaron un juego de cartas, un partido de fútbol, y cuando terminaron, el padre Flaviano repartió golosinas y se despidió de los chicos desde la puerta. Agustín salió disparado. Primero.

—¡Es bueno este cura! —comentó Diego emocionado y con la boca llena de caramelos—. ¡Estoy nervioso! Mañana llega la bici.

—Era verdad, nomá... —dijo Marcos—, te regalaron una bicicleta. Yo creí que estabas chamullando.

Era algo que pasaba cuando el padre de Diego les pegaba, tarde o temprano llegaba un regalo. Y ahora, como el intendente había comprado varias bicicletas para sortear en la fiesta del pueblo, les había dejado una a la mitad de precio.

—Yo conseguí los pedalines para que podamos ir los tres. Nos vas a llevá en tu bici, ¿no? —sentenció Marcos.

—¡Claro que vamos a ir los tres! No vamos a caminar más —contestó Diego emocionado.

Marcos asintió con la cabeza, ya que se había metido los tres últimos caramelos

juntos en la boca, y Agustín sonrió.

Caminaron hasta la esquina. Intercambiaron opiniones sobre los beneficios de tener una bicicleta nueva. Se despidieron.

Cruzó la puerta y encontró a su hermanita con los brazos extendidos y rodeados de lana. No pudo escapar. Erna lo vio y lo convocó a ayudar. Sentado y con los brazos abiertos sosteniendo la madeja, pensaba ¿y si su destino era ser el cura del pueblo? Miró a su madre, tal vez ella había rezado mucho para que él se convirtiera en cura. Y bueno, si tenía que ser cura, le iba a decir al padre Flaviano que él se las arreglaba solo con eso de sacarse el pecado de adentro. Sintió alivio. Tal vez había encontrado una solución a su pesar...

—¿En que anda usted? —preguntó Erna.

—Nada, pensando nomá.

16

—¡Agustín! ¡Agustín! Salga que están sus amigos haciendo lío afuera — gritó Erna desde el gallinero. Agustín escuchó la campanita de la bicicleta, salió corriendo.

—¡Vamos! —invitó Diego exultante.

Agustín salió admirado.

—¡Fa, loco, está súper! —dijo agarrándose la cabeza.

Diego abrió su brazo derecho como una puerta, para que pasara y se sentara en el manubrio, mientras que Marcos ya estaba parado detrás, sobre los pedalines que salían de los ejes de la rueda trasera, con ambas manos sobre los hombros de Diego. Luego de unas culebreadas, los tres salieron montados sobre la bicicleta, bienaventurados, a andar por aquí, por allá.

—¡Vamos a lo de doña Pancha! —propuso Marcos—. Tengo la radio, después podemos ir al árbol y nos manducamos las mandarinas.

Llegaron a la casa de la abuela Pancha. La viejita vivía sola. Tenía tantos años que ni ella se acordaba de cuántos. Era sorda y se pasaba el día sentada en un viejo sillón de mimbre, detrás de una ventana que daba a la calle.

Diego sujetaba la bicicleta y vigilaba, los otros dos serpenteaban como lagartijas debajo del alambrado que hacía de cerca. Estaban adentro. Pispiaron para todos lados y luego lanzaron los brazos al cielo, a cazar mandarinas.

Les costó treparse nuevamente en la bici con las remeras llenas de fruta y la radio. Se fueron directo al pie del sauce. Se instalaron. Mientras Diego revisaba las mandarinas, Marcos trataba de sintonizar música.

—¡Escuchá! —gritó—. Son los ABBA.

—No se escucha nada, solo mierda... —contestó Diego.

Marcos arrimó la pequeña radio a su oído y con la otra mano movió el dial, lentamente. Se escuchó música. Acomodó la radio en el piso. Se puso de pie, se tomó la cintura con una mano, la otra la apoyó detrás de la cabeza y comenzó a zarandear las caderas y a cantar:

—¡Dame, dame, dame amor esta noche! ¡Dame, dame, dame, amor esta noche...!

Diego y Agustín se levantaron enseguida y se pusieron a bailar a su lado.

—No dice así, escuchá. ¡Jime, jime, jime amor esta noche! —completó Diego mientras revoleaba sus brazos en alto y meneaba la cadera en círculos.

—¡Burros!, son burros, ¿eh? —dijo Agustín bailando. Parecía un pulpo, cadera dura, pies y brazos bamboleantes—. Es inglés, ¿desde cuándo saben inglés ustedes?

—¡Es la traducción, pavo! —aclaró Marcos mientras meneaba los brazos y bajaba

hacia el piso moviendo las caderas en forma sensual.

A los pocos minutos se perdió la música y otra vez la interferencia...

Agitados, se sentaron. Marcos insistía con su pequeña radio. Diego y Agustín traficaban con las mandarinas. Comían alborotadamente.

—Repartí bien, zanguango —dijo Marcos con una brizna en la boca—, la vez pasada me diste todas las podridas.

—Dale las mejores a Marcos, así no tiene que salir corriendo a comprar comida —intervino Agustín.

Diego sonrió. Tenía razón. El pobre tenía que cocinar cada día.

—Che, Agustín, ¿vos no tendrás una camisa para prestarme para las fiestas? —preguntó Marcos, avergonzado.

—Sí, pavote. Tengo y te presto. Después vamos a las casa y cuando mi mamá se descuide, te la escondés y te la llevás.

—Gracia —contestó Marcos. Hacía una semana que estaba dando vueltas con el asunto. La única camisa que tenía se le había rajado en un lugar donde el remiendo se podía ver. Su padre le dijo que no tenían dinero para comprar otra. Ya lo había solucionado. Levantó la vista del piso, miró a Agustín y le regaló una sonrisa. Se embutió media mandarina en la boca.

Siguieron conversando, ahora sobre la fiesta del pueblo. Estaban emocionados. Esos días no había escuela. Podían ver chicas, comer con libertad, gratis y hasta quedar exhaustos, usar la ropa de domingo, pasear y si tenían suerte, hasta obtener algún premio en los sorteos. El año anterior, Marcos se había ganado una torta.

—¿Se imaginan si uno de nosotros se convierte en cura? —dijo Agustín y se quedó expectante. Tenía el asunto en la punta de la lengua, quería hablar del tema, quería que sus amigos le preguntaran, contarles. Pero no se animaba.

—¡Oh, súper! El que sea cura después tiene que contar las confesiones de las chicas —agregó Marcos.

—No, pelotudo, la confesión es secreta —dijo Diego.

—Claro, es secreta —afirmó Agustín.

—¿Vos te creés que el cura cuando come asado con los amigo no les cuenta...? —insistió Marcos.

—Los curas no comen asado con los amigos —observó Diego.

Marcos se quedó pensando. Claro, los curas comen asado con la gente del pueblo, los que él mismo confiesa. Y no son sus amigos.

—Pobres, pensándolo bien, los curas no tienen amigos... —dijo Marcos.

—Los curas no necesitan amigos —concluyó Diego.

Siguieron escuchando radio. Ahora sonaba José Luis Perales. Y cada uno se quedó inmerso en sus pensamientos.

Con la fruta repartida y la radio, no pudieron sostenerse los tres sobre la bicicleta. Dividieron el camino en tramos iguales; por supuesto, el primero en hacerlo fue Diego,

el dueño.

“Mis amigos son más que mi familia, cómo quiero a estos zanguangos, pero no se los voy a decir, van a pensar que soy raro”, pensaba Agustín.

17

Los días eran diferentes. La mayor parte de la semana Agustín iba a la escuela solo, Diego con la bicicleta nueva se la pasaba haciendo mandados a cambio de algunas propinas y Marcos estaba ayudando a su padre en un trabajo en el campo.

No logró recuperar la tranquilidad. Su primer pensamiento, al igual que el último en la noche, era sobre lo que le había dicho el padre Flaviano y lo que había sucedido. Desde el miércoles comenzó a buscar excusas para faltar el sábado a la reunión de confirmación. Pero, claro, Erna jamás iba a permitir semejante situación.

Cuando llegó a la iglesia, ya estaban todos en el atrio esperando el llamado para ingresar. El grupo de los niños que tenían que tomar la comunión se fueron con Luisa y los más grandes, con el padre Flaviano. En el trayecto les adelantó que los confesaría a todos nuevamente.

—Pero el padre Pedro no nos confesaba a todos todos los sábados — protestó Vicente.

—Sabrán que cada párroco tiene su forma de ejecutar las cuestiones de la Iglesia, yo cumplo lo que está determinado, no hago lo que me parece — contestó el padre Flaviano, enojado—. ¿Y qué te parece, Vicente, si eres el primero?

Rieron. Vicente sintió que sus orejas ardían. Bajó la mirada.

El padre Flaviano puso un plato lleno de caramelos en el centro de la mesa.

—Hoy los voy a confesar en el confesionario —agregó—. Ustedes se quedan aquí y yo los voy a ir llamando de a uno. Y de paso voy a ver si realmente estudiaron el credo. ¿Vamos, Vicente?

Vicente caminó detrás del cura. Al rato regresó, pálido, transpirado. Se sentó y manoteó los caramelos. No dijo una sola palabra en toda la tarde. Solo comió caramelos sin parar.

—¡Vamos, Agustín! —dijo el padre Flaviano desde la puerta del confesionario.

Cuando Agustín llegó, el cura le hizo señas para que ingresara donde él estaba. No del otro lado, donde la gente se arrodilla a contar sus pecados.

—Ven, Agustín, siéntate aquí y cuéntame tus pecados de esta semana. — Insistió con su mano, haciendo señas para que se ubicara sobre su pierna derecha.

Agustín caminó despacio y sin ganas, se sentó con timidez sobre la punta de las rodillas, de espaldas al sacerdote. Lo primero que sintió en ese lugar tan pequeño fue claustrofobia.

—Perdón, padre, es que no me aprendí el credo. Tuve muchas pruebas en la escuela y tuve que trabajar en mi casa...

—Bueno, bueno, para el sábado próximo de memoria —respondió y acomodó a Agustín sobre su falda. Inspiró. No pudo controlar su excitación. Lo tomó por la cintura, lo volvió a acomodar a su gusto, sin preámbulos—. Perdón, Agustín, es que tengo la rodilla con mucho dolor, así está mejor. ; Estás bien? —le hablaba desde atrás.

—No.

—Confía en mí.

Agustín sentía la presión de la intimidad del padre Flaviano en los glúteos y estaba muy incómodo. Quería irse de ahí enseguida.

—¿Padre, por qué no voy del otro lado, así estamos mejor? —preguntó, al mismo tiempo que intentaba levantarse. Pero las manos del cura se lo impidieron.

—No, yo no fui quien les dio la comunión, así que tenemos que hacer la adaptación de la confesión. Ya me dijeron que el padre anterior no hizo nada de esto. ¡Qué irresponsabilidad! Bueno, vamos, así terminamos rápido —dijo mientras con sus manos presionaba a Agustín. Quería traspasarlo. Ahí mismo. Ese chico lo volvía loco. Le hacía perder los estribos. No podía controlarse, estaba muy excitado.

—Eh, contesté mal a mis padres y tuve pensamientos raros —murmuró Agustín, ya no soportaba más—. Y nada más, tuve mucho que estudiar, como le dije, por eso, no pude estudiar el credo, ¿puedo irme ahora?

—¿Y estuviste atento? ¿No sentiste ningún llamado de Dios? —le seguía preguntando. Trataba de controlar su respiración.

—Nada hasta ahora. ¿Me puedo ir? Así viene otro...

No podía dominarse, el éxtasis estaba a punto de llegar. Quería soltarse, entregarse. Quería bajar sus pantalones y penetrarlo, abrazarlo, besarlo. Triturarlo con sus manos. Pegó su frente sobre la espalda de Agustín y se soltó al placer en silencio.

—Me dio una puntada muy grande en la pierna —le susurró casi al oído—. Anda, ve y dile al resto que se vayan, que vengan mañana antes de misa. Me duele mucho. Ah, reza diez padrenuestros y diez avemarias. Se me bajó la presión, estoy muy dolorido. No más confesiones por hoy, y tú, atento, eh, creo que eres el elegido... Sucesor de San Agustín. ¿Eh? ¿Qué tal?

Agustín salió casi corriendo del cubículo de madera, pasó el mensaje y se fue, ni siquiera se despidió de sus amigos. Su pantalón estaba mojado, tal vez del miedo se le había escapado un poco de pis. Y le dolían las piernas, aún tenía los dedos del cura marcados. Mientras caminaba a su casa, se tocó y se dio cuenta de que el orín no era de él. Era del cura. Y tal vez no era orín.

Caminaba, asqueado. No podía creer lo que estaba pasando. Llegó, pasó derecho a cambiarse. Luego salió al patio, bombeó agua en una palangana de plástico y metió su pantalón adentro.

—¡En que anda, Agustín! —gritó la madre cuando lo vio con la palangana y el pantalón.

—¡Nada! Creí que era un pedo y no...

—¡Pero qué chanco! Lave eso rápido y póngalo al sol que si no mañana con qué va a ir a la misa.

Agustín se detuvo unos segundos, tal vez debería contarle a su madre. ¡No! ¡Claro que no! No lo iba a entender. Regresó a su cuarto, fijó su mirada en el póster que tenía colgado justo enfrente, pero esta vez Susana Giménez no le despertaba ninguna emoción. Su cabeza estaba en otra cosa. ¿Cómo sería el llamado de Dios? ¿Qué debería sentir? ¿Tal vez debería escuchar algo? ¿Por qué el padre Flaviano los sentaba en sus piernas? ¿Por qué si Dios lo quería a su lado, no le simplificaba las cosas? Serían las famosas pruebas que Dios pone a los mortales, esas sobre las que todo el tiempo le hablaba su madre... Fue y sacó el póster de Susana, lo dobló con mucho cuidado y lo guardó en un cajón. Aún sentía el falo del cura hincándolo. No se permitía pensar en eso. Mejor dejarlo a un costado. Las cosas eran así, punto. Cerró los ojos y otra vez las imágenes del cura manoseándolo. Lo turbaba. Sacudió la cabeza. Se sentía un perverso. Trataba de cambiar el pensamiento, pero no, enseguida volvía la imagen.

¿Acaso lo pensaba porque en algún rincón de él le gustaba? ¡No!, ¡claro que no!, qué ambigüedad. ¿Qué diablos le estaba pasando? Definitivamente no quería ser cura. Le iba a decir al padre Flaviano que le cedía el lugar a otro, que su sueño era ser médico, así, tal vez, lo dejaba en paz...

18

Los días para Agustín ya no eran lo mismo. Distráido. Distante. Asustado y, sobre todo, solo, muy solo. Tal vez, en su interior, sabía que el padre Flaviano estaba haciendo algo incorrecto, pero no se atrevía ni a pensarlo. ¿Decirles a sus padres?, jamás, Erna lo castigaría por blasfemar al sacerdote... Se llenaba la boca con lo grandioso que era el cura nuevo.

El domingo, luego de la misa, Agustín se quedó esperando a los chicos en el atrio de la iglesia, y la vio salir. Era Catalina, habían compartido toda la escuela primaria. Ahora ella estudiaba en la ciudad, se iba durante la semana y regresaba los viernes. Era tan hermosa. Todos los chicos del pueblo suspiraban al verla .

—Hola, Agustín —lo saludó cuando pasó a su lado.

—¡Hola! —Fue lo único que le salió a Agustín de la boca. Sentía las orejas arder y un calor que le subía por el pecho. Si algún día Catalina se detenía y le hablaba, caería frito de un ataque al corazón. Tan hermosa, tan lejana para él, y para sus amigos también. Ya todos sabían o bien suponían que seguro se casaría con Leonardo, el hijo del jefe comunal.

—¡Me saludó! ¡A mí! —dijo Agustín a Marcos—. ¡Yo me fijé y no había nadie más, era a mí! Si no me equivoco, ¡hasta dijo Agustín y todo!

—Bueno, cálmate, te vas a desmayar —contestó Marcos.

—Bueno, es muy obvio que me prefiere a mí, ¿no?, me saludó solo a mí.

—¡Uh!, cagamos, este se nos agrandó —agregó Diego.

En el medio de la conversación, apareció el padre Flaviano, aún ataviado en su indumentaria eclesiástica.

—¡Agustín! Acércate, por favor —gritó.

Agustín caminó. La emoción que le había regalado la presencia de Catalina acababa de esfumarse. Su madre, orgullosa, lo observaba.

—Sí, padre. Me tengo que ir justo ahora.

El padre Flaviano se acercó al oído de Agustín y le dijo:

—Quería disculparme. Y pedirte si podías no contar nada sobre lo que pasó ayer...

—¡Claro, padre, es nuestro secreto, a cualquiera le puede pasar, y más con su dolor de pierna! —respondió Agustín con una sonrisa fingida y tratando de zafarse de la situación lo antes posible.

El padre Flaviano lo miró, sorprendido.

—¡Claro!, pero, bueno, entonces no vas a decir nada...

—¡Claro que no, cómo voy a andar chismeando que se le escapó el orín! —mintió,

arrugado de ceño.

El rostro del padre Flaviano se relajó, sonrió y le batió la cabeza con la palma de la mano.

—¡Gracias, hijo! Vaya y... —Antes de que terminara la frase, vio a doña Erna parada detrás de Agustín. Afanosa. Frente alta. Manos enjarro.

—¡Padre Flaviano! Si usted quiere, el próximo domingo puede venir a comer con nosotros, mi esposo va a preparar una cabeza de vaca al pozo, la cabeza guateada. Su especialidad.

—¡Muchas gracias, doña...! Erna —completó con el pecho henchido—. ¡Claro que voy y bien temprano! Escuché hablar de la famosa cabeza de vaca al pozo, y es mi oportunidad para aprender, muchas gracias por la invitación, doña Erna. —Luego se dirigió a Agustín—: Dile a los chicos que hoy no hay fútbol, me duelen mucho las rodillas. —Saludó y se fue.

Erna asió del brazo a Agustín y le dijo con rigor:

—¡Vaya, hijo! Ayude al padre Flaviano en lo que necesite, lo esperamos en las casa.

Agustín, con desgano, obedeció a su madre, avisó que el fútbol se había suspendido y luego caminó despacio y mustio hacia la sacristía, pero se detuvo. El padre Flaviano estaba conversando con Diego y sus padres. ¿Qué les estaría diciendo? Lo que fuera era bueno para el pobre de Diego. Se volvió sonriendo. No tenía que ayudarlo. Buscó a Marcos para paverse un rato y, como no lo encontró, alcanzó a su familia que regresaba a la casa. Erna estaba presa de la emoción, radiante. Tenía seis días para organizar el almuerzo para el padre Flaviano. Sonreía. Se colgó del brazo de don Luis y le dijo:

—¡Viste, viejo!, el padre Flaviano va a ir a comer a las casa. Más bendición que eso... Vas a ver, viejo, a partir de ahora todo va a mejorar...

19

Dolores había logrado que Carlos la acompañara a la iglesia. Quería ahuyentar todos los fantasmas que existían en la cabeza de su esposo. Carlos escuchó atentamente los consejos del cura y terminó de aceptarlo cuando le dijo que Diego tenía cualidades para ingresar al seminario y convertirse en sacerdote.

—Lo esperamos en la casa, ayude al padre ahora —dijo Carlos, saliendo del brazo de su esposa. Esa imagen quedó grabada en la retina de Diego. Sonrió.

—¡Vamos, Diego, como les dije a tus padres, estoy seguro de que tienes la vocación por ahí dando vueltas, la puedo ver! —Lo tomó de los hombros y lo guio hacia el interior de la parroquia.

Llegaron a la sacristía y Diego enseguida se acercó, levantó la sotana desde el piso y le ayudó a sacársela. Había sido monaguillo del padre Pedro muchas veces, sabía cómo era todo entre bambalinas.

—¡Eres un buen muchacho, Diego! —continuó mientras con las manos le pedía que le quitara los pantalones.

—¡Gracia, padre!

—¡Tus padres van a estar bien! Hablé con ellos, les pedí que no dejen de venir a la iglesia. Les va a servir con este problemita que tienen...

Cuando el cura quedó en calzoncillos, Diego giró y fijó sus ojos en la pared.

—Me dijo tu madre que tu padre está muy poco con ustedes, y todos saben que tiene serios problemas con el alcohol, ¿no?

—Sí, padre —respondió Diego aún de espaldas.

El padre Flaviano se sentó en la cama y lo llamó.

—Ven, acércate —dijo aún en calzoncillos mientras con la palma de la mano le indicaba que se sentara a su lado.

Diego obedeció. No lo miraba.

—Me preocupa que tu padre no esté contigo, como padre. Los jóvenes de tu edad necesitan un padre que los oriente —agregó mientras tomaba la mano de Diego y la posaba sobre su intimidad—. ¿Hablaron de esto?

—¿De qué, padre? —dijo Diego y retiró la mano, la sacudió.

—De que a tu edad llegan las transformaciones físicas y todo lo que eso implica. Todo eso es fundamental que un padre se lo cuente a su hijo. ¿Tu padre te habló de esto? ¿De lo que pasa cuando te frotas y después...? ¿Del pecado sucio...?

Diego se puso colorado, claro que su padre no le había dicho nada, nunca hablaban, de nada y menos de esas cosas.

—No, padre... —contestó y se paró. El padre Flaviano lo tomó del brazo y lo regresó a la cama.

—¡Bueno! Yo te voy a enseñar, voy a hacer de cuenta que soy tu papá, pero vos no digas nada porque ya vi que acá son todos muy celosos y voy a tener más hijos que los Peralta.

Diego soltó una sonrisa, los Peralta tenían trece hijos.

—Gracia, padre —dijo Diego un poco confundido. No sabía que los curas se ocupaban de eso también.

—Cuando te frotas así... —Tomó la mano de Diego y la posó sobre su intimidad. Comenzó a fregarse. Le costaba controlarse.

Diego quiso retirar la mano, pero el padre lo detuvo y continuó. Con la otra mano presionó sobre el pantalón de Diego. Pero ¿qué estaba pasando? ¿Se estaban tocando? ¿Eso estaba bien? Claro que no. Diego saltó para atrás, dejando al padre Flaviano expuesto en su vergüenza.

—¿Ves? A todos nos pasa lo mismo —le dijo y lo tomó del brazo, obligándolo a acercarse—. No es fácil controlar el pecado sucio. ¿Te das cuenta, Diego? Te lo muestro en mí. —Trataba de confundirlo.

—Sí, ya entendí, ¿me puedo ir?

El padre Flaviano manipulaba a su merced la mano del joven sobre su intimidad. Antes de que Diego reaccionara, se arrodilló frente a él. Le abrió la bragueta, introdujo su boca. Diego se desconcertó. ¡Era una locura!

—¡Salga! —gritó y lo empujó.

El padre Flaviano cayó sentado en el piso, se levantó, se volvió a sentar en la cama. Estaba poseído por el poder del deseo.

—¿Viste?, bueno, esta es la primera lección. Y no les cuentes a tus amigos. Todos van a querer lo mismo. Y hay una sola beca para estudiar cura. Voy a tener que elegir muy bien...

—Sí —dijo Diego y caminó hacia la puerta.

—¿Estás bien? Siempre pasa la primera vez. La próxima me dejas que yo te lo haga, así te purificas. Y te puedo sacar el pecado sucio. No te asustes.

—Sí —respondió y no alcanzó a llegar a la puerta, el vómito salió de su boca como un chorro de agua. Le dolía el estómago. Sin poder controlar las arcadas, caminó hasta el baño, dejando charcos esporádicos de vómito. Se tiró agua en el rostro con ambas manos. Quería lavarse lo que había pasado. Irse urgente de ese lugar. Mareado, confundido, salió del baño.

—Bueno, entonces, anda tranquilo. Ya estás purificado. Y acuérdate, no digas nada, es nuestro secreto. Sabes que puedes contar conmigo siempre, ¿no?

—Gracia, padre —dijo Diego y luego se esfumo. Corrió.

Caminaba despacio, aún le dolía la panza. Fruncido de ceño, se refregaba las palmas sobre el pantalón. Otro asunto comenzó a acuciar su mente. ¿Los padres qué

hacían por sus hijos...? No le quedó claro. ¿Los padres hacían eso con los hijos? Se imaginó a don Luis haciéndolo con Agustín... Enseguida barrió la imagen de su cabeza, no se sentía para nada agradable ni paternal. Le costaba creer que los padres tuvieran ese tipo de intimidad con sus hijos, pero, bueno, él justamente no tenía el padre ejemplar. Hizo muecas. Eso no estaba bien. No, no... ¿Quería ser cura? Tal vez, pero ¿tenía que pasar por eso? Aturdido, caminó por las calles del pueblo rumbo a su casa. Cada tanto se frotaba las manos en el pantalón. ¡Qué asco! ¡Qué degenerado!

20

Los tres, acompasados en el asiento del sulky al ritmo del trote, iban a Las Chuñas. Marcos había abandonado sus estudios oficialmente. Diego seguía en el intento.

—¡Fa, loco!, todo el pueblo está hablando de la visita que vas a tener el domingo — dijo Marcos mientras le pegaba al lomo de la yegua con la fusta.

—¡Sí, mi mamá está insoportable! Pero, bueno, que el cura vaya a comer a las casa es importante para ella. Ese cura, igual, no es como el padre Pedro, creo.

—¡Mirá, una vizcacha! —interrumpió Marcos señalando con el dedo índice un zigzagueo al costado del camino—. ¡Tenemos que vení a cazar!

—Sí, Marcos, pero no tenemos más que las gomeras —respondió Diego—. A mí tampoco me gusta el cura este, se hace el que lo sabe todo...

—Yo le puedo robar la escopeta de dos caños a mi papá, desde que murió mi mamá no fue nunca más a cazar —contestó Marcos.

—Sí, vengamos. O mejor, traé la escopeta mañana y a la vuelta cazamos —agregó Diego.

—Sí. Bueno y le pedimos a don Luis que nos ayude a prepararlas al escabeche. Ah, se me hace agua la boca. Podemos venir el sábado después de la reunión, también. ¿Nos vamos a anotar para el campeonato de bochas? —preguntó Marcos, ansioso, mezclando todos los temas.

—Yo quiero jugar a la taba. Ya me anoté con don Peregrino —agregó Diego.

—Yo no sé, creo que a la taba también —dijo Agustín.

—Ah, me dejaron solo, eh. Bueno, yo también voy por la taba. Entiendo, están julepeados con las bochas, le arrimo al bochín mejor que ustedes dos juntos... —exageró Marcos.

—Calíate vos, a tu bochín hay que ir a buscarlo al campo de don Pérez. ¿Qué opinan del cura? ¿Vieron que le gusta el fútbol? Dice que va a hacer una colecta especial para comprar un televisor para ver los partidos en la iglesia —dijo Diego cambiando el tema, expectante. Necesitaba saber la opinión de sus amigos, que alguien dijera algo sobre ese hombre...

—Me gusta el padre Flaviano, es moderno, bueno, es medio raro por ahí, ¿vieron que nos trata del che? El padre Pedro nos trataba del usté... —contestó Marcos sin sacar la vista del camino—. ¡Agustín!, invítanos a comer a tu casa el domingo, la cabeza al pozo, ¿sabés cuánto hace que no manducamos eso...?

—Sí, Agustín, dale, súbale el lomo a tu madre para que nos invite —agregó Diego. La cabeza al pozo que cocinaba Luis era conocida en todo el pueblo.

—Bueno —contestó Agustín, pero no les aseguro nada, viene el cura y mi madre se pone insoportable. Aunque si están ustedes... Listo, yo me encargo.

Marcos se quedó paveando por el pueblo. Diego se fue al aula y Agustín, cuidando que no lo vieran sus compañeros, se acercó a la recién inaugurada biblioteca. Cruzó la puerta y quedó preso del aroma de los libros, las historias, las aventuras. Sonrió.

En el viaje de regreso, Agustín miraba de reojo su portafolio, lo tenía calzado entre las rodillas. No les había contado a sus amigos que había ido a la biblioteca y que se había asociado, seguro le iban a decir que eso era cosa de chicas. Últimamente no podía dormir bien y le pareció buena idea leer algo que le durara más que la revista D'artagnan, que cada tanto le llegaba de la mano de su padre.

Llegaron al pueblo y, antes de guardar el sulky y la yegua, pasaron por el club a tomar una Crush.

Agustín, luego de la cena, se fue a la cama. Se llevó el libro. Esa noche encontró un nuevo amigo, Tom Sawyer, lo mantuvo entretenido hasta que sus ojos se cerraron y cuando se volvieron a abrir, era la mañana.

—¿Pueden venir mis amigos el domingo a comer? —preguntó Agustín.

—¡Claro que no! Viene el padre Flaviano, ¿cómo se le ocurre invitar a esos dos tarambanas? Sabe que no me gusta esa junta suya —contestó Erna iracunda.

—Padre, por favor, dígale que son mis amigos, están desesperados por venir a comer la cabeza —imploró Agustín ahora dirigiéndose a su padre.

—¡Dele, vieja, deje que los chicos vengan, de paso me dan una mano!

Erna frunció el ceño y no contestó, eso era un sí en la jerga familiar. A ella no le gustaba que su hijo se juntara con Diego porque el padre era un borracho y un golpeador, ni con Marcos, porque era huérfano de madre y andaba solo todo el día. No eran buena influencia para su hijo. Esos chicos vivían en el pecado...

Era miércoles y, cuando Agustín regresaba de la escuela a caballo, lo interceptaron Diego y Marcos. Habían conseguido una changa para el jueves. Salvatierra los había contratado para limpiar un potrero.

—¿Nos contrató a los tres? —preguntó Agustín.

—Sí, chambón, a los tres —dijo Marcos con orgullo.

—Mañana a las siete en la plaza —agregó Diego mientras despedía a sus amigos—. Salvatierra nos pasa a buscar por ahí.

El sol apenas asomaba tiñendo el horizonte de naranja cuando la camioneta de Salvatierra se perdía en el camino con los tres muchachos sentados en la caja, aferrados a sus herramientas. Eran los encargados de limpiar el predio que había cedido Salvatierra para que se hiciera la Fiesta Patronal.

Transpirados, sucios y cansados, casi con la llegada del crepúsculo, miraron para atrás y disfrutaron del excelente trabajo que habían hecho. Valió la pena faltar a la

escuela.

Eran tres sombras dibujadas en el horizonte. Los rastrillos descansaban en sus hombros. Los sombreros con agujeros. Los rostros embarrados. Las manos callosas.

—¿En qué podemos gastá la plata que nos va a pagar don Salvatierra? — preguntó Marcos.

—Podríamos comprarnos un caballo. Tendríamos nuestro propio caballo — propuso Agustín.

—Podríamos comprarnos un grabador — sugirió Diego.

—Un grabador. Me gustaría un grabador. Lo tenemos una semana cada uno — dijo Marcos.

—¿Nos alcanzará para un grabador? — dijo Diego.

—Preguntemo — agregó Marcos—. También podría ser una radio más grande. La mía ya no sirve. Así podemos estar atentos. Anoche me dormí pensando que, cuando llegue el fin del mundo en el dos mil, tenemos que estar comunicados. Aunque ya vamos a se viejos, tenemos que saber — dijo Marcos

—Yo en el dos mil voy a ser un viejo — afirmó Agustín.

—Sí, ¿cómo será el fin del mundo, no...?

—Va a explotar todo — exageró Diego—. Bueno, falta mucho para eso. Pensemos. Podemos comprar una radio nueva.

Llegaron a la esquina y se despidieron con el ritual de siempre, pero en silencio. Extenuados.

21

Agustín abrió los ojos y cuando quiso levantarse de la cama, un dolor intenso recorrió su cuerpo. Era el recordatorio del trabajo del día anterior. Le iba a preguntar a Erna si lo dejaba tomarse una Bayaspirina. Había mucho por hacer. Rumbo a la cocina, sintió las voces de Marcos y Diego, ¡ya estaban ahí! Salió enseguida, antes de que su madre se pusiera nerviosa y los sacara zumbando. Pero Erna, lejos de echarlos, les rezaba todas las indicaciones que había dejado Luis.

Lo primero que hicieron fue calcular cuánto tenía que cavar cada uno para armar el pozo. Empezaba Marcos, luego seguía Diego y por último, Agustín (eso lo resolvieron entre ellos jugando a la taba). El pozo debía tener las medidas exactas que había pedido Luis.

Cuando terminaron, cansados, Erna les preparó agua con granadina. Hicieron un recreo. Juntaron un poco de fuerza y tomaron la carretilla para traer la leña.

Ya tenían casi todo listo cuando se dieron cuenta de que les faltaba la chapa para tapar el pozo, había que ir a buscarla al aserradero. Salieron los tres. Cuando regresaron, Erna les había preparado un mate cocido con leche y tortas fritas. Agustín no lo podía creer, con lo adusta que era su madre. Pero, antes de que se arrepintiera, invitó a sus amigos a la palangana a lavarse las manos y luego a la mesa. Sobre el mantel de plástico con flores multicolores estaban las tres tazas humeantes. Se devoraron todo. Desde el rincón, Erna los miraba, en el fondo del corazón le daba lástima la vida que les había tocado a Diego y a Marcos, pero prevalecía su hijo. Sonrió al verlos comer con tanto gusto.

—¡Bueno, bueno! A ver si dejan el mantel por lo menos, ¿eh? —les dijo arrimándose a la mesa.

—¡Mucha gracia, doña Erna! ¿Sabe cuánto hace que no tomo una leche como esta? —respondió Marcos emocionado, sobándose el estómago.

—Gracia, doña Erna —agregó Diego—. Me duele todo el lomo, ¿a ustedes no?

—Sí, a mí también, es por ayer, le dimos al rastrillo todo el día —dijo Marcos.

Era casi de noche cuando Agustín acompañó a sus amigos hasta la esquina. Durante la cena prestó atención a las nuevas indicaciones de su padre para el día siguiente y luego se fue a dormir. Otra vez el desvelo. Al buscar el libro se dio cuenta de que la vela se había terminado la noche anterior y no había ido a comprar al almacén. Escuchaba los ronquidos de su hermanita en la cama de al lado y más se despabilaba. Algo lo incomodaba, no se sentía como siempre. Daba vueltas en la oscuridad. Era el padre Flaviano, no le gustaba, no le cerraba. No podía borrar esas imágenes de su

cabeza. Tenía culpa por sentir eso. El padre Flaviano lo había seleccionado a él sobre todos los chicos. Fue muy amable, y él era un desagradecido. ¿Era normal eso? No lo sabía, cómo averiguarlo. Sus amigos nunca dijeron nada raro sobre el padre. Tal vez era lo que debía hacer para poder ser un cura. Tal vez así eran las cosas y el desubicado era él...

El gallo cacareó y lo despertó varias veces. Amaneció.

22

Luis había pedido permiso en el aserradero para salir temprano. Salvatierra ya sabía por su mujer que el domingo tenía que servir en la mesa la cabeza guateada al cura, así que se lo concedió.

Erna estaba insoportable, Agustín y su hermanita corrían para todos lados.

—¡La levadura! —gritó Erna y Agustín caminó otra vez al almacén.

Después de ayudar a su madre a amasar el pan, dejar listas las tortillas, poner al sol el resto de la grasa para que se ablandara y picar perejil y ajo, se acordó de que tenía que ir a buscar la cabeza de la vaca a la carnicería. Agarró la carretilla y salió casi corriendo, era lo más importante de todo. Luis lo mataba si llegaba y no había cabeza. Serpenteando y dejando la marca de sangre sobre la tierra espumosa de la calle, trajo la cabeza de la vaca sobre la carretilla, escoltada por todos los perros del pueblo. Con la ayuda de Erna y de Rosana, la pusieron sobre una mesita en el patio y su madre la cubrió con un lienzo. Tenían que lavarla bien.

Cuando terminaron, Erna le preparó a Agustín una tortilla de pan y un vaso de leche para que comiera y se fuera a la iglesia. Era sábado, tenía reunión de confirmación.

—No voy hoy, total el padre Flaviano sabe que estoy ocupado ayudando a cocinar para su visita de mañana y hoy jugaban al fútbol, casi que ni hay reunión... —aventuró Agustín.

—¿Usted enloqueció? Claro que va, ahora, ya mismo. Y no me llega tarde, ¿eh?

Zapateando la tierra, cabizbajo, fue. Diego y Marcos lo estaban esperando en el atrio.

—Gracia por la ayuda, eh, ¡los esperé toda la mañana, zanguangos! — dijo Agustín.

—¡Fa!, vení que te pego un mordiscón —le respondió Marcos olfateando el olor a ajo que lo precedía.

—No nos pediste que fuéramos —comentó Diego—. Tomá, te traje las bolsas de harina que pidió don Luis.

—¡Salí, mamerto! No sé cómo sacarme este olorazo de las manos. Gracia. Es para envolver la cabeza.

Sus amigos rieron y, tomándolo de los hombros, lo guiaron para ingresar a la iglesia, la reunión estaba a punto de comenzar.

En la nave, el padre Flaviano les impartió las instrucciones a los más pequeños, que ya estaban al mando de Luisa, y, luego, se llevó a la sacristía al grupo de la confirmación. Conversaron entre todos sobre lo que significaba este sacramento,

tomaron mate con torta que alguien había llevado, repasaron los preparativos para la Fiesta Patronal y cuando Vicente preguntó sobre ser cura, el padre Flaviano evadió la pregunta. Agustín se sintió feliz, al igual que Diego, ambos pensaron que el lugar estaba reservado para ellos, aunque no habían conversado entre sí. Nunca. Respetaron al pie de la letra el mandato del padre Flaviano.

La reunión fue bastante tranquila, no hubo confesiones ni se habló sobre el seminario de formación para sacerdote, la mayor parte del tiempo lo cargaron a Agustín por el olor a ajo que tenía impregnado. Fueron a la parte trasera de la iglesia, las chicas se lucieron con sus pastelitos, tortas y mates, y los chicos disfrutaron de un partido de fútbol.

Se despidieron del grupo y los tres muchachos fueron directamente a la casa de Agustín.

—Qué lindo lo pasamos hoy, ¿no? —dijo Maros.

—Sí, todos juntos. Como cuando estaba el padre Pedro —agregó Agustín—. Aunque este no tiene idea de la taba, ni hablar de las bochas...

—Bueno, pero por lo menos le pone voluntad. Al fútbol ni la ondea —terminó Diego.

Cuando llegaron, Luis ya estaba acomodando la leña dentro del pozo para prender el fuego, había hecho los cálculos y más o menos a las tres de la mañana tenía que poner la cabeza de la vaca y tajarla.

Admirados, los tres caminaban pegados a los talones de Luis.

—Ustedes dejen de perseguirme como moscas y a ver si me alcanzan el tarrito amarillo, allá.

—¿Qué le pone don Luis? —preguntó Marcos.

—Perejil, ajo, pimientos, ají, sal, pimienta. Y acá, ves, en la quijada, ponemos ajos enteros.

—Qué rico —contestó tragando saliva.

—Vaya, m'hijo, traiga las bolsas de harina mojadas. La vamos a envolver. Y el alambre que traje ayer, está arriba de la caja de herramientas.

Agustín salió disparado y se perdió en la oscuridad. Cuando regresaba, ver a su padre y a sus dos amigos conversando debajo de la luz de la portátil le robó una sonrisa.

—Acá están —dijo.

Luis y los tres jóvenes maniobraron con la cabeza hasta que lograron empaquetarla en las bolsas de papel madera. Luego la amarraron bien.

—Ahora hay que embarrarla —dijo Luis.

—Esta es la parte que más me gusta —comentó Diego.

Los tres metieron la cabeza envuelta en el piso donde el barro ya estaba preparado. La cubrieron bien y con cuidado para que no se rompiera el papel.

—Bueno, ahora a esperar —agregó Luis mientras se lavaba las manos y los tres

jóvenes aguardaban su turno detrás.

Los cuatro, aledaños a la llama que asomaba del pozo, cual ritual indio, frotaban sus manos. Luis con un vaso de vino y los chicos con un vaso de granadina cada uno apostado al costado.

— ¡Don Luis! ¿Por qué no nos cuenta bien lo que pasó cuando se murió el General? Mi padre dice que estamos a punto de entrar en una guerra — escudriñó Marcos.

Luis lo observó en la penumbra.

— La verdad es que algo comparto, hijo. Se viene una época difícil, de mucha, cómo decirle, inseguridad... Con el General muerto, Isabelita mal acompañada, puede terminar en cualquier cosa. Ya no es lo mismo, Isabelita no es Evita.

— ¿Y ahora, con la muerte del General, se acabó el partido peronista? — preguntó Diego.

— Claro que no, pero que son chambones ustedes. ¿Cómo se va a acabar el partido? Lo que pasa ahora es que al no estar más el General, debería haber alguien que siga llevando su bandera, con los colores del socialismo. Pero eso es lo que no creo que suceda con Isabelita al frente.

— ¿Y qué es el socialismo? — preguntó Agustín.

— Ah, el socialismo digamos que es la ley o parecido que nos presta atención a nosotros, los pobres.

Las chiribitas que asomaban del pozo rompían el silencio.

Agustín se sentía orgulloso de su padre. Les estaba dando una lección de política...

— ¿Y qué va a pasar ahora, con el General muerto y esa señora que usted dice...? — preguntó Diego.

— Ese es el problema, puede pasar cualquier cosa.

— ¡Ah, qué lindo sería viví en la Capital! — dijo Marcos con anhelo.

— No sé, Marcos, acá las cosas nos pasan lejos, pero allá no, les pega en el pecho. Por ahí, es mejor estar perdidos en el medio del monte... — aclaró Luis.

— Si yo viviera en la Capital, me anotarían para la guerra — comentó Diego con orgullo—, porque si se pelean, hay guerra.

— ¡Pero que estás chanfleao, eh! — dijo Marcos—. No te das cuenta que no es una guerra, es peor, se pelea el pueblo contra el pueblo, ¿no, don Lui?

Luis, sorprendido:

— ¡Así es, Marcos! Lo peor para un país es cuando el pueblo se pelea entre ellos mismos. Si lo decía el Martín Fierro...

— ¿Y ese quién es? — preguntó Marcos.

— Pero qué burro, ¿no te acordás?, el que estudiamos en la escuela — aclaró Agustín.

— Sí, me suena, ¿te acordás de Platero y yol Cuando tenga mi propio caballo le voy a poner Platero — terminó Marcos.

— Pero Platero era un burro, ¡burro!

—¡Ya sé! Pero yo voy a tener un caballo, no un burro, ¡burro!

Luis ahora los escuchaba a ellos, sonreía. Estaba un poco borracho y no se dio cuenta de que los chicos, cuando se acabó la granadina, cargaron los vasos con vino y soda.

Llegó la hora acordada y los tres, sumidos en una bruma especial producida por el cansancio y el alcohol, se levantaron y ayudaron a Luis a vaciar el pozo, poner la cabeza y volver a cubrirlo. Ahora había que esperar.

—A dormir, mañana nos vemos.

23

Empezó a clarear y Erna, vocinglera, los despertó a todos. Había llegado el glorioso día. Luis, apenas se levantó, pasó derecho al fondo del patio a controlar el pozo. Agustín amaneció con un fuerte dolor de cabeza.

—Agustín, llene el pingüino con el vino de la damajuana —pidió Erna.

Obedeció enseguida. Cuando sacó el corcho, el aroma le llegó hasta las visceras, salió corriendo. Vomitó todo lo que tenía en el estómago.

Luego de correteos, gritos y mucho nerviosismo, la familia ya estaba en el primer banco de la iglesia, menos Luis, que se había quedado a terminar la cabeza guateada.

Agustín estaba pálido, ubicado entre su madre y su hermana, concentrada en un moco endurecido que no lograba desprender de sus fosas nasales.

Erna, con la cabeza cubierta por la mantilla y el rosario enrollado en las manos, sonreía.

Cuando terminó la misa, Agustín salió raudo, sentía que se descomponía, aún no había visto a los chicos. Marcos caminaba hacia él, su rostro también lucía demacrado.

—Es el Diego —dijo.

—¿Qué pasó? —preguntó Agustín con pesadumbre.

—Su padre, ya sabés, y no quiere venir —contestó con tristeza.

Agustín lo alejó un poco de la gente y le pidió que le contara.

—Anoche cuando salimos de tu casa, lo acompañé a la suya —decía Marcos atribulado—. Estaba la luz prendida y eso no era buena señal. Su padre estaba golpeando a la madre y Diego, que estaba machao, se metió enseguida y lo trompeó al padre... imagínate el resto. Yo me fui. Me fui... no lo pude soportar.

—¿Cómo están?

—Él tiene el ojo derecho machucado, por eso no quiso venir, ¿le puedo llevar un poco después, digo, de la cabeza? Y la madre bien, creo...

—Sí, vamos los dos y le llevamos. ¡Qué yeta, pobre Diego!

Caminaron en procesión por el medio de la calle, escoltando al padre Flaviano a modo de trofeo mayor. Llegaron a la casa y, luego de ingresar, pasaron al patio a ver la obra maestra, que ya estaba crocante y humeante sobre la mesa. Luis no la quería trozar hasta que el padre no la viera.

El frío ayudó para que no hubiera tantas moscas. Alrededor de la mesa, el mantel con flores hacía juego con los vasos. Impecable, la ensalada, el pan casero. El padre Flaviano preguntó tres veces el proceso para cocinar la cabeza, le gustó tanto que ya

quería repetir el domingo siguiente.

—¡Ojo, padre!, que esto pega directo al hígado, ¿eh? —dijo Luis que tenía experiencia en el asunto.

—Bueno, pero entonces el domingo podríamos hacer otro asado de algo que se le ocurra, don Luis.

—Sí, podemos asar algún bicho de por acá.

Rieron todos.

Terminaron de almorzar y Agustín se fue con Marcos a buscar a Diego con una buena porción de cabeza envuelta en papel de diario viejo.

Diego estaba sentado afuera, sobre un ladrillo hueco, apoyado contra la pared y con la cabeza hundida entre las rodillas.

—¡Te trajimos, mirá, mucho, eh! —dijo Agustín tocándole el hombro.

—No tengo hambre —respondió Diego y levantó la cabeza, todos los colores del planeta estaban rodeando su ojo y también su mejilla.

—¿Y tu mamá? —preguntó Marcos.

—¡Es una pelotuda! Se deja agarrar por ese machao...

—¿Y ella está bien? —insistió Marcos.

—No, ¡qué va a estar bien!, pero no dice nada. Solo dice que hay que aguantar, la verdad es que me quisiera ir lejos, muy lejos, donde nadie me conozca, buscar un trabajo y salir de esta desgracia. Ya no aguanto más...

Se quedaron sentados al lado de su amigo angustiado, con el pedazo de cabeza apoyado en el suelo, rodeado de las primeras moscas que llegaban al banquete.

Diego sentía que no había salida. ¿Por qué si realmente los quería y no podía controlarse —como decía su madre—, no los abandonaba? Ellos podrían vivir muy bien, dejaba de estudiar y le pedía trabajo a Salvatierra, que seguro algo le daba, fantaseaba...

Era tan hermosa cuando sonreía, pero, claro, siempre tenía el rostro con moretones, hinchado. ¿Por qué el comisario no venía y lo encerraba en el calabozo durante un mes? Tal vez si se quedaba sin beber un largo tiempo, lo dejaba.

Diego alzó el paquete del piso y se despidió de sus amigos. No tenía ganas de nada...

Esa semana la familia de Agustín estuvo en boca de todos, y ellos, felices.

El pueblo también se enteró de la nueva golpiza que Carlos les había propinado a su mujer y a su hijo. Todos se apenaban y comentaban, pero nadie, como siempre, se arribaba a ayudar.

No hubo cabeza guateada para Diego. Solo el abrazo de Agustín y Marcos. Eran su sosiego. ¿Hasta cuándo iba a tolerar a su padre? ¿Qué tipo de castigo estaba recibiendo? ¿Por qué?

Marcos estaba sentado en el segundo banco de la iglesia vacía. El padre Flaviano lo había convocado. Sacó un pequeño peine negro del bolsillo y se estiró el cabello para atrás. Quería estar presentable.

El cura lo espiaba desde la puerta de la sacristía. Era el tercero de ese grupo que le quitaba el sueño. Tan inocente, tan tierno... Se había prometido a sí mismo que esta vez se iba a sosegar. Uno, y ya era suficiente. Pero Marcos... Había algo en el chico que le despertaba el gusto por poseerlo y disfrutar de su desconcierto, de su miedo, de su vulnerabilidad.

—Hola, Marcos, pasa, seguro que no desayunaste así que vamos a la cocina —dijo el padre Flaviano, afable.

—La verdad es que no, padre, mis tripas están cantando.

—No las hagamos esperar entonces.

Ingresaron a la cocina. La taza de mate cocido y los tres panes de leche llegaron al estómago de Marcos con el aroma.

Cuando le anunciaron el inminente traslado por su oscura conducta, Flaviano se angustió mucho. Él vivía feliz en el internado con los niños. Solo uno se quejó, pero fue suficiente. Aunque todo pasa por algo, aquí las posibilidades eran mucho mayores. Nadie lo tenía en la mira, los chicos andaban sueltos por todos lados. Diego era pan comido. Agustín le iba a costar un poco más por la metida de la madre. Vicente no, no lo atraía. Y Marcos, sí, estaba siempre en sus pensamientos, reflexionaba mientras lo observaba.

—Rico, ¿no?, come, todos.

—¡Gracia, padre!

Marcos deglutía sin respiro.

—Yo también perdí a mi madre cuando era chico. Es muy doloroso y triste. Me salvó un cura, que casi me adoptó. Se convirtió en mi padre, me enseñó todos los secretos. Y bueno, acá estoy. —Tomó su mano—. ¿Te interesa ingresar al mundo sacerdotal?

—No sé, padre, creo que no. A mí me gustan las chicas y esas cosas, no me veo como un cura —contestó con la boca llena, dejando al padre Flaviano boquiabierto, no esperaba esa respuesta.

—Me parecía... —dijo azorado. Tenía que llegar al joven por otro lado —. ¿Y cómo es la relación con tu padre desde que tu madre se fue al cielo?

En mi caso fue muy triste, pero, gracias al padre Zocolo, pude salir adelante.

—Mi papá se fue con mi mamá... Él está, pero no está, ¿me entiende?

—Claro que lo entiendo. Aún recuerdo cuando tuve mi iniciación como hombre, si no fuera por el padre Zocolo, que me ayudó, ah, no sé qué sería yo hoy.

—Ah.

—¿Tu padre ya te hizo la iniciación?

Marcos lo miró atónito.

—¿Qué cosa? No, mi papá ni se acuerda que yo ando por ahí. Pero no me molesta, eh, yo me las arreglo. Sólito nomá.

—Pobre Marcos —dijo el cura y le acarició la cabeza—. Yo te voy a ayudar con la iniciación.

—¡Gracia, padre! —contestó sin saber a qué se refería—. No es necesario.

—¿Estuviste con chicas, hiciste muchos pecados sucios? —preguntó sin preámbulos.

Marcos ruborizado, miró para abajo.

—¡Pero no, padre, qué voy a estar con chicas! Todavía soy soltero y ni me miran, soy más fiero que el viejo del ferrocarril de Las Chuñas. No sé qué es el pecado sucio, el padre Pedro no nos habló nunca d'eso. Sí, ando sucio, pero abajo estoy limpito. Por ahí no me lavo tan seguido la ropa. Pero yo sí me lavo.

El padre Flaviano sonrió.

—Está bien lo que hizo el padre Pedro, porque el pecado sucio empieza justo a tu edad. ¿Te tocaste?

Marcos levantó la vista, se ruborizó y apretó las piernas. Como si el cura hubiera visto sus pensamientos más privados.

—Bueno, algunas veces...

—Eso es el pecado sucio, ¿cómo lo hiciste?

—¿Cómo?, ¿qué?, no entiendo.

El padre Flaviano se sentó a su lado y por debajo de la mesa pasó la mano y la puso sobre la intimidad de Marcos.

—¿Así? —preguntó.

—Más o menos —contestó Marcos y enseguida le sacó la mano.

—Ven, vamos al dormitorio y lo repasamos bien, no tengas miedo, yo voy a ser tu padre a partir de hoy —le dijo y lo ayudó a levantarse, lo obligó.

—No se moleste, padre, está bien. Nos quedemos por acá, nomá — respondió Marcos inquieto.

—¿Qué pasa? ¿No confías en mí? —dijo el padre Flaviano tomándolo de los hombros y mirándolo a los ojos. Cada vez se excitaba más. Tenía que controlarse. Tener paciencia. Marcos lo estaba volviendo loco, y eso no era bueno, nada bueno.

—No, digo sí, claro que sí, padre...

—Bueno, vamos que te voy a enseñar. Y si a ti te gustan las chicas, con más razón tienes que estar iniciado. Y si tu padre no se preocupa, yo sí.

Marcos observaba, nunca había llegado hasta el dormitorio del cura. No le gustaba para nada lo que estaba sucediendo y tampoco lo entendía muy bien.

El padre Flaviano se sentó en la cama y lo paró delante de él. Le desabrochó el

pantalón y luego le metió la mano en el calzoncillo y comenzó a masajear su intimidad. Todo tan rápido que Marcos no tuvo tiempo de reaccionar.

—¿Así? ¿Te tocabas así?

Cuando se excitaba, no había vuelta atrás, ya no podía controlarse, o no quería controlarse. Quería penetrar a ese chico. Ahora mismo... Un escalofrío recorrió su cuerpo. El poder del deseo lo absorbió. Y, entonces, ya no importaba nada...

—No... —dijo Marcos turbado y le sacó la mano con fuerza.

Con un giro brusco y antes de que el joven reaccionara, lo sentó en la cama y comenzó a desvestirlo. Marcos cerró los ojos. Ahora, inmóvil.

—Yo te voy a iniciar, así ya estás preparado para las chicas. Tranquilo, todos los padres hacen esto con sus hijos la primera vez.

—No importa el inicio. Para mí está bien, ¿eh? —respondió Marcos sin abrir los ojos, tieso.

—Confía en mí.

—Me tengo que ir —agregó Marcos y trató de zafarse. Pero el sacerdote lo detuvo con fuerza.

Marcos sentía cómo las manos del cura lo despojaban de todas sus prendas. Desde que había muerto su madre, nunca nadie lo había vuelto a tocar, solo alguna que otra palmada en la espalda. Se sentía muy incómodo y avergonzado.

—Pero, padre, no importa. Yo puedo esperar y aprender de a poco — insistía.

—No tengas miedo. Tu padre nunca lo va a hacer contigo. Alguien lo tiene que hacer, yo me voy a sacrificar, Marcos, porque tú eres un ser muy especial. La primera vez te parecerá raro, pero después te vas a acostumbrar, como todo —le decía mientras se sacaba la ropa con rapidez. Estaba ansioso, quería al joven en la cama. Había aguantado hasta ahora, pero ya no podía más, lo necesitaba como el aire para respirar. Necesitaba poseer a Marcos más que nada en el mundo. Nada importaba ahora, solo eso. El temor en su rostro le desbocaba aún más el deseo. Necesitaba tener una relación carnal. Y lo había elegido a Marcos.

Marcos, nervioso, confundido, desnudo, tapado con la sábana en la cama del cura, jamás se imaginó vivir algo parecido. ¿Por qué no salía corriendo? Estaba paralizado.

El cura se acostó a su lado. Le temblaba el cuerpo de la excitación que lo poseía. Lo tomó de los hombros y lo obligó a ponerse de espaldas a él.

—Padre Flaviano, no estoy seguro de esto. Me gustaría hacerlo con mi padre si usted prefiere... —dijo Marcos gorjeando.

El sacerdote ya no lo escuchaba.

Marcos pensaba que nunca habían hablado con sus amigos de esa tarea de los padres, tal vez porque eran temas que no se conversaban. Tal vez no se animaron a decirle nada a él porque sabían que su padre no lo haría nunca.

—Mejor me voy —dijo Marcos intentando levantarse.

—Tienes que confiar en mí. Y sobre todo si tú no vas a ser cura, tienes que saber

bien qué hacer con las mujeres. Lo primero, no confiar en ellas, son como las víboras, te pican y te matan. Las tienes que agarrar así, ¿ves? —seguía el padre Flaviano mientras con las dos manos tomaba la cadera del joven y con el falo buscaba hacerse lugar.

Marcos lo escuchaba y se corría a medida de que el cura se le iba encima.

—Mira, es así —insistía y le indicaba con sus manos, con su cuerpo—. Las mujeres son malvadas, a ellas les gusta hacerlo por adelante, para embarazarse. Pero hay que hacerlo así, por atrás, hasta que uno se case, ¿entiendes?

Marcos no quería que el cura siguiera avanzando.

—¡Está bien, padre! ¡Ya entendí! —dijo acurrucado—. Me voy, mejor me voy.

—No te pongas nervioso que es peor, relájate. No te voy a hacer daño, vamos, relájate.

El aliento tibio del cura en la nuca lo ponía nervioso, lo perturbaba. “Ojalá fuera un sueño y ahora despertara, ya mismo”, pensaba mientras luchaba con el cura en la cama.

—¡Basta, padre, ya entendí! Ahora me tendría que ir...

El padre Flaviano estaba tan excitado que ya no le prestaba atención. Hizo lo suyo sin reparos. Marcos gritó y las lágrimas se escaparon de sus ojos. El cura no pudo sostener el placer que sentía y se entregó a su perverso deseo, sin importarle el dolor del joven.

—No te preocupes, hijo, la primera vez duele, pero después no duele más, sino esas putas no lo harían a cada rato —dijo acariciando su cabeza—. Todos los padres hacen esto con sus hijos. No digas nada, sino voy a tener que hacerlo con todos. ¿Sabes? Y no quiero tener tantos hijos como los Peralta.

Marcos no contestó, tenía el rostro húmedo por las lágrimas y el cuerpo dolorido. Salió de la cama, como pudo, juntó su ropa en el piso y corrió a la puerta sin mirar atrás.

—¡No digas nada, Marcos! Solo contigo porque eres especial —alcanzó a decir antes de que el joven desapareciera de su vista.

El padre Flaviano suspiró, abrió el cajón de la mesita que estaba al costado, sacó un cigarrillo y una caja de fósforos, lo encendió y sonrió. Ese pueblo no estaba mal. Era el lugar justo para él. Miró la hora, tenía que dar la misa de la tarde, aún tenía un rato para disfrutar y relajarse.

Marcos se vistió detrás de la puerta, salió a la calle. El mismo paisaje ya no era igual, se veía diferente, gris, apagado. Se secó las lágrimas y como pudo, tolerando el dolor, caminó a su casa. Detrás de sus pisadas, una que otra gota de sangre iba dejando la huella del horror sobre la tierra, huella de dolor, de desazón, de injusticia, de locura. Lloraba.

El dolor en el cuerpo y en el corazón lo martirizaban. No creyó ninguna de las mentiras que le dijo el sacerdote. Lo había lastimado.

Llegó a su hogar, ingresó y esa fue una de las pocas veces que agradeció estar solo. Se desvaneció en la cama. Se tapó el rostro con la almohada y gritó con todas sus fuerzas. Lloró en la más absoluta soledad. Y pensó en su madre. Si estuviera, seguro eso

no le habría pasado. Y pensó en Dios, ¿dónde estaba cuando se murió su madre?, ¿dónde estaba cuando el cura lo metió en su cama? ¿Qué iba a hacer ahora? No podía contárselo a nadie, sino todos pensarían que era un desviado. ¿Por qué el padre Flaviano le había hecho eso? ¿Habría pensado que a él le gustaban los hombres? Acostado en posición fetal, trató de llenarse de la memoria de su madre, para sentir un poco de alivio, pero no lo logró. La oscuridad lo envolvió sin piedad.

25

Hacía varios días que no salía de su casa. Se excusó con sus amigos, dijo que estaba mal de la panza, que tenía diarrea. No quería salir, no tenía ganas de nada, solo quería desaparecer, esparcirse por el aire como si fuera polvo.

Su padre le encargó que fuera hasta el almacén a comprar algunas cosas. Salió con tanta mala suerte que lo primero que se le cruzó fue el padre Flaviano con su sotana y su ridículo gorro gris.

—¡Marcos! ¿Qué haces por acá, no tendrías que estar en la escuela...?

—Hola, padre, no fui, me sentía mal.

—Ven, vamos que te preparo un té.

—No, gracia, ya estoy bien.

El padre Flaviano lo rodeó con su brazo y lo obligó a caminar hacia la parroquia.

—¡Vamos! No seas tímido, un buen té te va a cambiar el ánimo. Vas a ver...

Marcos quería huir de ese lugar, de ese abrazo, pero no, obedecía la orden del padre Flaviano. ¿Por qué no salía corriendo, ahora mismo? ¿Acaso no se animaba?

Ingresaron por la parte trasera, Luisa estaba terminando de limpiar. Sintió alivio. Estando ella, estaba a salvo.

Caminaron hasta la cocina, le preparó un té y pan untado con arropo de chañar. Marcos no probó bocado.

El padre Flaviano vio el miedo en sus ojos, temblaba. Tenía que ser cuidadoso, no podía excederse, ya sabía lo que pasaba cuando se dejaba llevar. Debía calmarse... Tal vez, tenía que conquistarlo, eso era, conquistarlo

—No me tengas miedo, Marcos, yo te quiero de verdad. Come, eso te va a hacer bien. Ya pasó lo peor. Ya vas a ver.

Marcos lo miraba de reojo, mientras se paraba para irse.

—¡No te vayas! —gritó.

Marcos se asustó con el grito del cura y se sentó enseguida.

El sacerdote, sin preámbulos, se paró al lado del joven, le tomó la mano y con una pequeña maniobra se la metió debajo de la sotana, “un poquito nomás”, pensó y dejó que su perversidad fluyera, mandara.

—No te asustes, Marcos. No te voy a hacer nada, hoy me lo haces vos a mí, ¿quieres?, vas a ver que después se lo vas a hacer a las chicas igual.

Marcos no contestaba. Dejó que el cura le llevara la mano debajo de la sotana y se toqueteara. Miraba el piso. Tratava de no pensar. Se sentía húmedo, pegajoso, oloroso, asqueroso, repugnante. Retiró la mano, se la refregó en la camisa y salió corriendo hacia

la calle. Luego corrió hasta su casa, entró y se metió debajo de la cama. Se quedó ahí. No quería salir más, nunca más.

Esa tardecita sus amigos lo buscaron por todos lados en la bicicleta de Diego. Fueron a su casa. Aplaudieron afuera un rato, como nadie salía, decidieron ingresar. Cuando Marcos los escuchó salió enseguida, no quería que lo vieran debajo de la cama llorando.

—¿Qué te pasa a vos? —preguntó Agustín preocupado.

—Estoy podrido de la vida que me toca —dijo, así nomás.

Diego lo miró, claro que lo entendía, salvando las distancias, sus hogares eran verdaderos infiernos.

—¡Vamos al club! Yo invito una Coca para los tres y de paso vemos algo por televisión —propuso Agustín.

—¿Y desde cuándo tenés plata vos? —dijo Diego.

—Una changuita que me debía don Pepino.

—No, vayan, yo estoy cansado —contestó Marcos.

—No nos vamos sin vos, así que dale, te esperamos afuera —sentenció Diego.

Marcos, con todo el dolor en su cuerpo y en su corazón, salió al patio, se lavó las manos y la cara en la palangana. Se cambió la camisa y luego se unió a sus amigos, en silencio.

—A vos te pasa algo... —insistió Diego mientras iban al club.

—¡La vida me pasa! —contestó Marcos, no quería llorar, no quería contar—. Me quisiera morir.

—¡Pero, che, loco, dejá de decir pavadas! —agregó Diego—. No te amargué que todo pasa, te lo digo yo...

Llegaron a la plaza, cruzaron e ingresaron al club, se sentaron en una mesa y pidieron una Coca chica con tres vasos.

Agustín puso los vasos en hilera y luego, con sumo cuidado, repartió el líquido en partes iguales.

—Don Leopoldo, ¿nos pone la novela en el televisor? —pidió Diego y los tres giraron sus sillas. Un recreo, eso era.

Aunque con la mirada fija en la pantalla, ninguno prestó atención a la novela ese día. Cada uno tenía su propio calvario.

—¡Esa maestra es una mentira, las maestras no son así! —dijo Leopoldo cuando se dio cuenta de que los jóvenes estaban raros, ensimismados.

—A lo mejor en la ciudad sí —contestó Diego—. ¿Te imaginás si nos hubiera tocado una señorita Jacinta en vez de la doña Eulalia?

Ante la comparación, rieron.

—¿Estás mejor ahora? —preguntó Agustín mirando a Marcos.

—No, no tengo más ganas de vivir.

—¡Pero qué decís, pelotudo! —intervino Diego.

—¿Para qué vivir?

—Ya va a pasar, loco —dijo Agustín

Marcos no pudo aguantar las lágrimas. Se paró y salió del bar, solo faltaba que lo vieran llorar. Corrió con todas sus fuerzas y se perdió por el camino.

Agustín y Diego se quedaron en la puerta del club mirando desconcertados.

—Esta vez le agarró fuerte, ¿qué hacemos? —preguntó Agustín.

—Lo dejemos solo, pobre Marcos, ya se le va a pasar. Es injusta la vida. Fulera nos tocó a Marcos y a mí —dijo Diego—. Bueno, a vos también, pero dentro de todo tu mamá te cocina, tu papá no te caga a trompada. Lo tuyo termina siendo un paraíso pa'nosotros. No te enojés, pero es así.

Diego empezó a caminar hacia su casa y Agustín se quedó parado, mirando la nada, solo. ¿Lo suyo era un paraíso? Cada uno tiene su propio infierno, ¿no?

26

Agustín acudía a la escuela solo. Diego y Marcos habían abandonado, era oficial. Ya no se veían como antes. Tal vez se estaban convirtiendo en adultos. Extrañaba a sus amigos, mucho.

Volvió cansado, ir solo a la escuela lo estresaba, se sentía expuesto ante todos. Dejó a Lola en el fondo de la casa.

—¡Al fin llegó! Rápido, vaya a comprar harina y lleve la libreta para que lo anote —gritó Erna desde la ventana.

Agustín dejó el guardapolvo sobre la silla y volvió a salir, caminó inmerso en sus pensamientos y preocupado por sus amigos. Había ido a buscarlos varias veces, pero siempre estaban trabajando.

Ingresó al almacén y allí se encontró con el padre Flaviano, que estaba comprando yerba. Conversaron un rato y luego, cuando el padre salía con el paquete en la mano, giró el cuello y dijo:

—Agustín, vamos, te espero y pasamos por la iglesia así le mando unas estampitas a tu madre.

Sabía que Agustín le podía traer problemas, Erna estaba todo el día husmeando en la iglesia. Pero no le importó, lo extrañaba.

—Bueno —respondió Agustín.

Caminaron juntos hasta la iglesia, ingresaron por la parte de atrás. El padre Flaviano fue por las estampitas y regresó con una botella de vino moscato y dos copas pequeñas de vidrio tallado. Las llenó del líquido dulce.

—¿Qué pasó el sábado pasado que faltaste a la reunión? Te perdiste el truco.

—Es que estuve engripado. No me podía levantar de la cama —mintió.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracia.

—No lo dije el sábado, pero te lo cuento a ti. El que termine seleccionado para estudiar en el seminario tiene que viajar a Italia conmigo.

—¿A Italia? —preguntó Agustín.

—Sí, para ser cura hay que viajar a Italia.

—Ah, qué bien...

—¿Y si te toca a ti...?

Agustín levantó la vista.

—¿Yo?

—Sí. ¿Vendrías conmigo a Italia?

Agustín se sintió desconcertado. No esperaba recibir semejante propuesta.

—Pero, padre, yo creo que no escuché ningún llamado...

—Tranquilo, Agustín, yo lo veo en tus ojos, ya te va a llegar, no digas nada, porque ahora todos quieren ser curas en este pueblo...

—Sí, la mamá de Vicente dice que su hijo se despierta todas las noches a las tres de la mañana y se pone a rezar el rosario. Bueno, yendo al caso, yo no sé ni rezar el rosario, solo repetir lo que dicen al último.

El padre Flaviano sonrió, lo miró y le dijo:

—¡Toma! Brindemos por adelantado. Tranquilo, nadie se va a enterar que tomaste vino de misa.

Agustín miró asombrado. El aroma fuerte y dulzón impregnó sus fosas nasales. Estaba a punto de tomar el vino del cura. Muchas veces habían ido con los chicos con todas las intenciones de sacar un poquito para probarlo. Ninguno se animó a robar en la casa de Dios. El Jesús de la cruz los seguía con la mirada, siempre terminaban saliendo aterrados y corriendo a toda velocidad.

—¿Seguro? Gracia —dijo y lo bebió todo—. Es rico, muy rico.

El padre Flaviano le sirvió otra copita y otra y otra. Lo observaba beber, lo escuchaba conversar como un depredador esperando que la presa estuviera lista.

—Pero ¿cuánto tomaste?, ¿no puedes caminar!

Agustín se moría de la risa y serpenteaba hacia la puerta. El alcohol había llegado a su cabeza, estaba completamente borracho.

—Te voy a llevar a descansar un rato, así no llegas ni a la esquina —le dijo mientras lo trasladaba hasta el dormitorio. Lo acostó sobre la cama. Fue a cerrar todas las puertas y, cuando regresó, el joven estaba completamente dormido. Lo despojó de sus prendas. Lo acomodó boca arriba, lo acarició. Cada tanto Agustín emitía algún sonido. Se desnudó. Dejó en libertad todos sus deseos perversos. Luego lo giró. Agustín ahogó un grito de dolor y el padre Flaviano le tapó la boca con la mano. Estaba tan excitado que no podía detenerse. Cuando terminó. Se retiró. Se vistió. Agustín quedó tendido sobre

la cama boca abajo, inmovilizado. Desmayado. Encendió un cigarrillo y se sirvió otra copa de vino. El Pueblito le había devuelto la libertad, la felicidad...

Agustín abrió los ojos. Le dolía todo el cuerpo. ¡Estaba en su cama! ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Qué había pasado? Recordaba hasta que entró a la iglesia con el padre Flaviano y probó el vino y luego nada. Dolorido. ¿Se habría caído?

Lento y con esfuerzo caminó hasta la cocina donde estaban su hermana y su madre.

—¡Ah!, ahí aparece el señorito. ¡Vergüenza me da! ¡Papelón que me hizo pasar con don Gómez, que lo tuvo que traer en la carretilla, desmayado! ¡Y borracho! ¡Y borracho! —repetía Erna iracunda, avergonzada.

—Pero no, yo salí a comprar la harina...

—Sí, pero parece que en vez de harina se compró ginebra. ¡Uno los educa y después le hacen esto! ¿Qué le hice yo para que usted me haga esto? ¿Qué le hice?

Se acercó y le estampó una cachetada en la mejilla derecha que lo obligó a girar la cabeza. Agustín, más confundido, se tomó la mejilla granate con la mano y antes de que las lágrimas lo inundaran se fue, mientras su madre agarraba la cuchara de madera. Maldita cuchara, él mismo la había hecho en la escuela para el día de la madre, y llevaba una colección de moretones ocasionados por los golpes que le daba con ese regalo.

—¡Venga para acá si es hombre! —le gritaba Erna mientras lo corría blandiendo el arma de madera.

Cada vez se sentía más aturdido. Recordaba que había estado en el almacén, que había comprado harina y que había salido con el padre Flaviano hasta la iglesia, y de allí en adelante todo era borroso. ¿Será que compró la ginebra y se la tomó? No podía ser, iría a visitar a Gómez y le preguntaría desde dónde lo trajo. Pero antes se fue a buscar a Marcos y le pidió que lo acompañara. Gómez le dijo que lo había encontrado tirado en la calle, con una botella de ginebra vacía al costado. Eso terminó de confundir a Agustín. Nunca había bebido ginebra. Marcos comenzó a reírse.

—¡Te machaste! Pero ¿por qué solo?, ¿por qué no nos invitaste? —dijo Marcos burlón.

—Tenés que creerme, te lo juro. Yo me acuerdo todo, me acuerdo que llegué, compré harina y me encontré con el padre Flaviano, salimos juntos, llegamos a la iglesia y ahí me pierdo...

Marcos se quedó en silencio, mustio.

—¿Qué te pasa ahora a vos? —preguntó Agustín asombrado por la reacción de su amigo.

—Nada —dijo y luego agregó—: Y bueno, habrás salido de la iglesia y seguro el

cura te dio plata y te fuiste a comprar la ginebra. —Tomó aire—. Vamos a buscar a Diego, está en el taller, y después investigamos qué carajo hiciste. El padre Flaviano, ¿no recordás que hiciste con él? ¿Te hizo algo...?

—Sí, fuimos hasta la iglesia, probé el vino. Y nada más.

Marcos no se animó a indagar, pero lo asaltaron las dudas. Si estaba el cura maldito en el medio, algo raro había. Era un ser siniestro, pensaba.

Agustín no dijo nada sobre sus dolores. Cuando descubriera qué le había pasado, sabría por qué le dolía tanto...

Diego se les unió. Luego de reírse de la situación, Agustín les pidió que lo acompañaran a ver al padre Flaviano, él seguro sabía algo. Diego y Marcos se quedaron callados mirando el piso.

—¿Qué les pasa a ustedes ahora?, ¿vamos? —dijo Agustín.

—¡No!, mejor no, vas a quedar mal ante el cura, ¿no? —contestó Marcos.

Caminaron los tres en silencio. Muchas veces las cosas solo suceden, uno no las puede planear. Levantaron la vista y lo encontraron, de frente. Cuando el padre Flaviano los vio, palideció. Dejó que hablaran ellos primero.

—¡Padre, qué justo!, ¿sabe que ayer terminé borracho, tirado en la calle, luego de que lo crucé a usted en el almacén, se acuerda? —inició la conversación Agustín, venciendo la vergüenza y la timidez.

—Claro que me acuerdo, salimos del almacén y cuando pasamos por la iglesia, te di las estampitas para doña Erna y ahí me pediste si podías probar un poco de vino de misa, te dije que no, pero como insististe tanto te di a probar y te fuiste. Eso es todo. ¿Por qué, pasó algo?

—Me llevó a la casa don Gómez, que me encontró tirado en el piso, machao y con una botella de ginebra.

El padre Flaviano se largó a reír y comenzó a cargarlo.

—Es serio, padre, cuando se entere don Luis, lo va a marcar con el látigo —dijo Diego, siempre mirando el piso, sin levantar la vista.

—Tranquilo, Agustín, que yo voy a ir a hablar con tu madre.

Que el padre Flaviano hablara con Erna era más que suficiente, eso la pondría feliz. Pero igual no se salvaría de varias palizas. Todas las veces que su madre recordase el incidente, lo iba a castigar con lo que tuviera al alcance de la mano.

—¿Quieren jugar a las cartas? Les puedo ofrecer una copita de vino de misa —bromeó el padre Flaviano con arrogancia impostada.

—¡No! —respondió Marcos también mirando el piso. No quería verle la cara.

—Bueno, que Dios los bendiga. Marcos, después llégate, tengo una changuita para ti.

Marcos no contestó. Los chicos no notaron su incomodidad.

Los tres caminaron por la calle. En silencio. Agustín sentía un dolor profundo en la cola. No quería dar detalles. Algo le había pasado ahí. Pero no se podía ni imaginar qué.

¿Qué le había sucedido? ¿Qué le habían hecho? ¿Quién? ¿Tal vez no quisiera saber o sí...?

—No me gusta este cura —vociferó Marcos mirando el piso.

—Se preocupa por nosotros... —dijo Diego.

—Digo, me parece un... es como si... se aprovechara de nosotros — agregó Marcos.

—¿Por qué decís eso? —preguntó Diego, serio.

—Porque nos hace arreglarle las cosas, ayudarlo a limpiar, qué se yo — mintió.

—Sí, puede ser. Es raro... —dijo Diego.

—A mí tampoco me gusta del todo. Es como si escondiera algo siempre — reflexionó Agustín—. No es buena persona...

—¡Eso! ¡Eso! Esconde algo, pa' mí también esconde algo — agregó Marcos.

—Bueno, bueno, tan malo no es, che... ¿Por qué no vamos a practicar un poco a la taba que llega el campeonato y les quiero ganar a todos? El premio es plata —propuso Diego cambiando el tono y el tema de la conversación.

Marcos suspiró y se puso a caminar al lado de sus amigos. No iría a la casa del cura. “¡Que se joda, viejo degenerado!”, pensó.

28

Salieron del club social. Caminaban en silencio. Marcos debía tomar una decisión, ir o no ir. ¿Y si no iba y el cura se enojaba con él? ¿Y si le contaba a todo el pueblo lo que habían hecho? Tuvo miedo, miedo a la vergüenza, a ser humillado ante todos, tenía que ir, iría a ver de qué se trataba la changa.

Aunque sabía en el fondo que no había tal changa... Seguro quería hacerle esas cosas de nuevo. Se agarró la cabeza con ambas manos, como si quiera sostenerla para que no explotara. ¿Iba o no iba...?

—¿Qué te pasa? —preguntó Diego.

—Nada, nada. Mejor voy ahora a ver qué quiere el cura y después les cuento —contestó Marcos y corrió, asustado, inseguro.

—A Marcos le pasa algo —dijo Agustín.

—Extraña a la madre —contestó Diego.

Arrastrando sus pies, su cuerpo, su alma olvidada, caminó hacia la iglesia. ¿Por qué estaba yendo si él no quería hacerlo? ¿Por qué no podía obedecerse a sí mismo?

Entró y se dirigió a la sacristía. Allí estaba el padre Flaviano. Era un depredador con la boca abierta salivando de placer, su presa había llegado. Lo llevó directamente a la pieza. Lo desvistió y luego le dijo:

—Para que no te sientas mal, hoy me lo haces tú a mí. ¿Qué te parece? —le propuso mientras se sacaba la ropa. Marcos se quedó paralizado, no hizo nada. En pocos minutos estaba en la cama desnudo con el cura, ¡otra vez!

—Ah, tengo que hacer todo yo —dijo y comenzó a manosearlo.

Luego, como pudo, se acomodó delante de Marcos.

—¡Dale, chico, ahora!

Marcos lo agarró por la cadera y lo caló con toda su fuerza. Queriendo herirlo, que sufriera, pero el herido otra vez era él. Gritó, gritó de dolor, de amargura, de furia. Lloraba. Se levantó, tomó sus cosas y corrió desnudo por la iglesia mientras se iba vistiendo. El padre Flaviano abrió el cajón de su mesita de luz, buscó un cigarrillo y luego, desnudo, fue a servirse una copita de licor mientras tarareaba un fragmento de la misa criolla.

Marcos llegó a su casa. Bombeó agua con todas sus fuerzas, llenó el fuentón de lata y lo arrastró hacia el fondo. Se sacó la ropa y se sumergió dejando los brazos y las piernas colgando. Comenzó a refregarse. Y lloraba, lloraba. La soledad lo abrazó, el frío lo estremeció. Todo se veía oscuro. Solo quería morir, ir con su madre al cielo. Cerraba los ojos y pensaba que ella lo tomaba en brazos, lo acunaba, le besaba la frente, y

lloraba, lloraba. Sacudió la cabeza, su madre se avergonzaría de ver lo que acababa de hacer. Miró el techo, deseó que se le cayera encima, que lo matara y todo terminara ahí nomás.

Luego de varias horas y con mucho esfuerzo, se levantó, le dolía todo el cuerpo y su cabeza estaba a punto de estallar. Jugaría su última carta, hablaría con su padre. El cura nuevo era todo un fraude, era un degenerado y estaba abusando de él.

Con los ojos irritados por el llanto, limpió y preparó el mate con varias hojas de burro, como le gustaba a su papá. Lo esperó.

—¿Puedo hablar con usted?

—¿Qué pasa? —contestó el padre sin darse cuenta de lo demacrado que estaba su hijo.

—Yo quería contarle que me gusta trabajar con usted.

—Ah, bueno, su madre debe estar feliz en el cielo.

—Y que voy a la iglesia, pero... el cura...

—Hace muy bien ir a la iglesia, su madre siempre lo decía. Vaya y compre una botella de Toro, un picadillo y un poco de pan, que lo anote en la libreta. Estoy muy cansado hoy.

Marcos salió sin palabras. Caminó sin rumbo. Sabía que su padre estaría durmiendo a su regreso. El pan y la lata de picadillo eran para él, no había comida en la casa. “Qué vida de mierda”, pensaba. Se sentía acorralado. Sentía que hasta Dios lo había abandonado al poner a ese cura en su camino. Las lágrimas corrían sobre sus mejillas, la nariz se le tapaba y le costaba respirar. No quería llorar, no quería llorar más. Estaba tan cansado. No sabía qué hacer, a quién recurrir. ¿A sus amigos? No, cómo les iba a contar algo así. ¿Y si no le creían? ¡Al comisario! ¡No! Recordó cuando Diego fue a decirle que su padre estaba matando a golpes a su madre y lo envió de regreso. No había solución. ¿Hasta cuándo tendría que aguantar que el padre Flaviano abusara de él? Comenzó a correr por el camino hacia el campo. Corrió hasta que se quedó sin aire. Se sentó en la tierra, en el medio de la calle, bajo la luz del crepúsculo. Lloró. Lloró su vida, su desgracia, el dolor de su vergüenza, el dolor en su cuerpo, la ausencia de su madre, lo invisible que era él para su padre... Su sueño de formar una familia, de tener muchos hijos, todo se esfumó. Ahora era un torcido, un degenerado. Lloró hasta que se quedó sin lágrimas. Deshabitado.

29

La Fiesta Patronal se había apoderado de la voluntad del pueblo. Corrían de acá para allá. El tiempo se agotaba y todo tenía que estar listo. La virgen, los caballos para los domadores, los guitarreros, los puestos de comida, los trofeos para los campeonatos de bochas, de taba, la pista para la carrera de galgos...

Marcos esquivaba cualquier encuentro con Diego y Agustín. Se pasaba la mayor parte del día encerrado en su casa. Como siempre, ellos respetaron su decisión. “Extraña a la madre”, decían. Agustín, desde que sus amigos no fueron más a las reuniones de confirmación, tampoco lo hizo. Le mentía a su madre y se escondía por ahí a pasar el tiempo.

Volvió a ver al padre Flaviano en la iglesia el día que comenzó la Fiesta Patronal. Los feligreses caminaban detrás del cura, los monaguillos, las autoridades... Aprovechó y se corrió de su familia, fue en busca de Diego. Y luego ambos en busca de Marcos. No lo encontraron.

—¿Qué pasa con Marcos? —preguntó Agustín.

—Desde que el padre le prohibió ir a la escuela, no anda bien —dijo Diego.

—Vamos a buscarlo —insistió Agustín.

Caminaron por todos lados, lo encontraron en el árbol donde solían juntarse los tres...

—Marcos, ¿estás llorando? ¿Qué pasa, amigo? —dijo Agustín.

—No, nada, ¿qué hacen acá?

—Somos tus amigos, te buscamos por todos lados —dijo Diego.

—No sé, no sé, es que todo está mal, muy mal.

—No jodás, Marcos, todo pasa, esto también, vas a ver —agregó Agustín.

—Soy un fracasao. Extraño a mi mamá, tal vez ella sí pudiera decirme qué hacer o dónde ir... Estoy un poco confundido —contó sin poder controlar el llanto, ver a sus amigos lo emocionó.

—Vamos, amigo, yo también vivo en un infierno. A la tardecita me da ganas de que baje un ovni y me lleve hasta el día siguiente, así no veo cómo mi papá, machao, nos maltrata. Es la vida que nos toca, tenemos que seguir adelante. —Diego trataba de consolarlo—. Ahora que estás con el padre Flaviano, ¿no te sentís mejor?, ¿no te ofreció ser cura?

—¡Nunca voy a ser un cura! —gritó.

—¡Bueno! Era una idea. No te encabronés así.

Marcos se paró, se sacudió y comenzó a caminar.

—Marcos, ¿qué te pasa? —imploró Diego andando a su lado—. Vamos a recorrer los puestos. Regalan choripanes, en serio.

—Nada, quiero estar solo, ya se va a pasar —dijo y siguió caminando bajo la mirada absorta de Diego y Agustín.

—Dejalo, extraña a su madre, ya se le va a pasar —intervino Diego.

—Nunca estuvo así. Estoy preocupado —agregó Agustín.

—¿Vamos?, aunque no es lo mismo sin el Marcos —terminó Diego.

—Vamos —contestó Agustín, y ambos se internaron en el predio especialmente preparado para ese día. Luego de recorrer todos los puestos, se sentaron en una mesa a esperar la doma de caballos y la música en vivo. Sin hablar, estaban tristes. Los dos perdieron en el campeonato de taba y excusaron a Marcos. No quisieron ir a ver el campeonato de bochas ni la carrera de galgos. La tristeza de Marcos los había enlazado, tumbado.

30

Marcos estaba cada vez más acorralado. Había intentado varias veces conversar con su papá, sin éxito. El padre Llaviano abusaba de él cuando se le daba la gana. Le quedaba una única salida... Hablar con sus amigos. Lo habían perseguido a sol y sombra ofreciéndole ayuda. Tal vez para eso están los amigos. ¿Qué hacer? ¿Y si contarles fuese un error? ¿Y si lo dejaban de lado por ser un perverso? ¿Y si los perdía...?

No soportaba más el aliento fétido del cura en la espalda. Sus manos retorciendo su carne. Sus amenazas. ¡No más! No podía seguir... Hablaría con sus amigos.

Los buscó y los encontró. A Diego, en su casa, y juntos interceptaron a Agustín cuando regresaba de la escuela.

—¿Qué pasa, Marcos! —dijo Agustín—, estamos preocupados por vos.

—Tengo que hablar con ustedes —contestó Marcos. Les iba a contar. Sí, esta vez lo iba a hacer.

—¡Vamos, desembuché, carajo! —insistió Diego, impaciente.

Marcos apostó los codos en las rodillas, abrazó su cabeza y se quedó mirando el piso. No sabía por dónde empezar.

—¿Qué está pasando, Marcos? —le dijo Agustín, posando un brazo sobre su espalda—. ¿Acaso extrañas a tu mamá?, es normal extrañarla, y más aún si era buena con vos.

Marcos levantó la cabeza. Tenía los ojos irritados, trataba de contener el llanto.

—Tengo que contarles algo que me pasó y no sé qué hacer. No sé qué hacer —repitió.

—¡Desembuché! —sentenció Agustín—, nosotros somos tus amigos, tus hermanos.

—Se trata... del... padre Flaviano...

—¿Qué pasa con el padre Flaviano? —preguntó Agustín, fruncido de ceño.

—Él me..., no sé cómo decirlo —dijo mirando el piso—. Me tocó ahí...

Los tres se quedaron en silencio. Agustín se paró de golpe y comenzó a golpearse la cabeza con los nudillos.

—¡Mierda! ¡Carajo! ¡Soy un pelotudo! ¡Es un hijo de la gran puta!

Diego seguía sentado sin hablar. Agustín lo miró.

—¿A vos también, Diego? ¿No?

Diego no contestó.

—¡El hijueputa! —dijo Agustín y abrazó su cabeza con las manos.

—Me lo hizo, eso... —agregó Marcos sin levantar la vista.

—Es un monstruo —dijo Diego.

—Es un monstruo —repitió Agustín—, ahora entiendo todo, todo... Fue él que hizo todo, él me emborrachó. Él me hizo todo. Todavía me duele... —Calló.

El silencio habló, las palabras no fueron necesarias. Nadie quería contar ni escuchar los detalles. Marcos suspiró. No sabía bien por qué, pero el hecho de que sus amigos estuvieran en la misma situación que él no lo dejaba solo, era un alivio en tanta tragedia. Sintió que había tomado una buena decisión al conversar con ellos.

—¡Tenemos que matarlo! —dijo Marcos recobrando el aliento.

—No podemos matarlo, iríamos presos para siempre —reflexionó Agustín con tristeza, el cumplir las reglas muchas veces lo dejaba fuera de lo que realmente quería hacer. Y a él, particularmente, le costaba mucho romperlas—. No podemos decir nada a nadie. Nadie nos creería —agregó.

—¡Claro que no! —exclamó Diego.

—¿Y la vergüenza de que este hijueputa nos rompiera el culo? —dijo Marcos—. Ahora somos todos invertidos. ¿A vos también...? —preguntó a Diego.

Asintió con la cabeza.

—¿Y a vos...? —le preguntó a Agustín.

—Sí —contestó sin dejar de mirar el piso—. Me emborrachó y me violó. Fue él...

—¡La puta que lo parió, cura hijueputa! Tenemos que denunciarlo. ¡No! El comisario nos va a poner presos a nosotros por balines —dijo Marcos.

—No podemos denunciarlo, no —agregó Diego.

Se quedaron en silencio otra vez.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Agustín.

—Hagamos un pacto, de silencio, digo. Nadie puede saber lo que nos hace ese perverso —propuso Diego.

—¡Qué pacto ni pacto! Matémoslo —insistía Marcos—. Yo tengo la escopeta.

Agustín veía que Marcos no soportaría mucho más esa situación, él tampoco. Así que decidió apoyar la idea de matar al cura. Al menos con esa ilusión las cosas serían más llevaderas para los tres.

—Bueno, matémoslo, pero lo tenemos que planificar bien. Mientras tanto tratemos de ir juntos a la iglesia. A los tres juntos no nos va a agarrar ese viejo sucio —completó Agustín.

—¡Cómo no está el padre Pedro acá! —se lamentó Marcos.

Quedaron en guardar el secreto y estar atentos, en ayudarse a soportarlo hasta que encontraran una solución. Tenían que hallar la manera de matarlo sin ser ellos los asesinos, para evitar ir presos. Y terminar con el infierno que los abrazaba sin descanso.

—Vamos a matar al cura —cerró Diego.

31

Agustín repasó el día de la borrachera y entendió todo. Pero ¿qué le pasaba a ese cura? ¿Y era cura? ¿Y si era un farsante que estaba utilizando la iglesia y el nombre de Dios para destruir? No, no podía ser. Fue el reemplazo del padre Pedro. Llegó de la mano de la Iglesia. Un farsante no llega así, legalmente. ¿Qué placer le podía producir a cualquier ser humano abusar de un chico, destruirle la vida para siempre? ¿Y por qué Dios no actuaba? Los abusaba a los tres, ¿habrá más chicos del pueblo en la misma condición que ellos? Nunca lo sabrían, ya que nunca, jamás, contarían su secreto. Habían conocido el sexo de la forma más horrorosa, más espantosa y más asquerosa que pudiera existir. Tan lejos del amor, pensaba y pensaba.

Llegó el sábado y, luego de muchos planes y estrategias, concluyeron que irían los tres juntos a la iglesia, tenían que volver a las clases de confirmación para no despertar sospechas. Y el padre Flaviano no podía enterarse de que habían hablado del tema entre ellos, no tenía que sospechar nada. Debían actuar normal, como antes...

El padre los vio llegar. No les dijo nada. Cuando terminaron la reunión, se acercó y tomó a Marcos del brazo.

—Quédate un rato que tengo algo para darte —le dijo y sin esperar respuesta acompañó al resto hasta la puerta. Diego y Agustín caminaban empujados por las palmas del padre Flaviano, mirando hacia atrás el rostro de Marcos, paralizado, quieto.

Agustín se zafó del brazo del cura y corrió a buscar a Marcos.

—Vamos, Marcos, mi madre nos está esperando a los tres, ¿te acordás? —dijo desesperado.

—¡Vayan ustedes! Marcos se tiene que quedar un ratito, nada más. Avísale a doña Erna que ya los alcanza —respondió el padre Flaviano, volviendo a empujar a Agustín hacia la puerta. Marcos le hizo un gesto con la cara para que Agustín se fuera. El cura no podía sospechar nada.

El padre regresó.

—Siéntate —le dijo y le acarició la cabeza.

Marcos obedeció, flojo y mustio.

—Ya sé que no quieres ser sacerdote. No te preocupes, vamos a encontrar una salida. ¿Sabes que te quiero mucho?

Marcos lo observaba en silencio. Era tan repulsivo.

—Te voy a contar algo, pero es secreto. Tus amigos vinieron a hablar conmigo. Me pidieron que no te diga nada. Me dijeron que no estás bien de la cabeza últimamente. Yo pensé que te gustaba estar conmigo. Que me querías tanto como yo te quiero.

—¡Esas son mentiras! —gritó fatídico.

—¿Ah, sí? ¿Diego te contó que quiere ser sacerdote y que por eso está practicando conmigo, para no entusiasmarse con las mujeres? ¡Madura, Marcos! Las mujeres solo traen problemas. ¿Y Agustín te contó que no le gustan las mujeres, pero que no se anima a decírselo a nadie? Agustín me pide que se lo haga casi todas las semanas y a Diego, bueno, a él le gusta...

—¡Basta, pervertido, mentiroso! —volvió a gritar Marcos.

El padre Flaviano se levantó y fue hasta la puerta de madera maciza, giró la llave ante la mirada atónita de Marcos.

—¿Por qué no tomamos un café y programamos algo que te guste? ¿Qué te gustaría, viajar? ¿Quieres venir conmigo en el próximo viaje a Italia?

Marcos levantó la mirada inyectada de ira. Se lanzó sobre el cura y comenzó a pegarle. El padre Flaviano lo abrazó con todas sus fuerzas, inmovilizándolo. Marcos se sintió vencido. Su cuerpo temblaba, débil. Se dejó caer. El cura lo levantó y lo llevó al dormitorio... Marcos arrastraba los pies, otra vez quería salir corriendo, pero su cuerpo no respondía. Se odiaba por eso. Tenía la voluntad tomada. Su mente ordenaba, pero su cuerpo no obedecía. ¿Cómo se sale de eso? ¿Cómo se recupera la voluntad? Lloró mientras el padre Flaviano saciaba sus más bajos instintos.

Marcos salió de la iglesia con una bolsa entre las manos. Como lechuzas aparecieron Diego y Agustín, que lo estaban esperando en la plaza detrás de los arbustos.

—¿Qué pasó? —preguntó Agustín—. Te hizo algo.

Marcos los miró.

—No, nada. Me dio esto para mi casa, es comida.

—Marcos, ¿estás bien vos?

—Sí, estoy cansado, me voy a las casa.

Agustín y Diego se quedaron viendo cómo Marcos se alejaba. ¿Qué había pasado? ¿Y el trato que habían hecho? Claro que algo había sucedido, se le notaba en el rostro, en la mirada, en el cuerpo...

Diego caminaba delante de Agustín, sin hablar. Sintieron un ruidito. Ambos se acercaron y se agacharon, venía del interior de un arbusto. Eran tres gatitos recién nacidos. Mientras Agustín se agachaba para recogerlos, Diego los desparramó con un puntapié.

—¡Qué te pasa, Diego! —exclamó Agustín.

—¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa? —gritaba mientras sus ojos se abrían, inyectados de furia—. ¿Quieres saber qué me pasa? Estoy cansado. El mundo es una mierda, la vida es una mierda, Dios es una mierda, todo es una mierda —dijo y se tapó la cara con las manos para que Agustín no lo viera llorar.

Agustín enseguida se apostó a su lado y lo abrazó.

—¡Pero qué culpa tienen los pobres gatitos!

—¡Qué me importan los gatos de mierda! ¡Que se mueran! ¡Que se mueran todos!
Agustín no sabía muy bien qué hacer. Marcos se había ido a su casa. Y Diego se había vuelto loco.

—¡Vamos, Diego!

—¿Adonde quieres que vaya? No puedo ver más cómo mi padre caga a trompadas a mi madre, no puedo más... El cura me rompió el culo, me prometió un montón de cosas y ahora me abandonó. Todo se lo da a Marcos...

Agustín se quedó paralizado.

—¿Qué?

—¡Nada! —dijo y salió corriendo.

Agustín se quedó pensando. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso Diego estaba celoso de Marcos? No entendía. Cómo se les habían escapado las cosas de las manos. Todo se mezclaba cada vez más... ¿Qué le pasaba a Diego? Sintió con disgusto que desconocía a sus amigos, que la barrera de la confianza se había roto, que cada uno había girado para un lugar diferente. ¿Qué podía hacer? ¿Tenía que hacer algo? Lo único que quedaba claro era que la culpa de todo la tenía el cura nuevo. Se sintió solo, muy solo. Advirtió cómo el miedo se apoderaba de todo su ser.

32

Los golpes en la puerta paralizaron a Marcos. Nadie los visitaba. Nunca. Sus amigos aplaudían afuera hasta que él salía. ¿Quién era? Tal vez venían a avisar algo del trabajo de su padre. Caminó los pocos pasos que lo separaban de la entrada. Abrió la puerta... ¡y la cerró! ¿Qué hacía ahí? ¿Acaso se había vuelto loco...? Apoyó la espalda y afirmó los pies en el piso. La puerta comenzó a abrirse lentamente mientras su cuerpo cedía.

—Voy a entrar, me pidió tu padre que te diera una vueltita, no le gusta que estés tanto tiempo solo —mintió, cerrando la puerta detrás de él. Era el padre Llaviano.

—¡Mi padre no le pidió nada a usted!

—¿Qué te pasa? Encima que me tomo el trabajo que tu padre no hace, vengo hasta tu casa, te doy comida, te cuido... ¿Y así me lo pagas?

—Usted no es mi padre.

—Ah, veo por dónde venimos. Me parece bien que aclaremos las cosas enseguida así no tengo que andar con tantas vueltas. Vas a hacer todo lo que yo diga, si no voy a decirle a tu padre que eres rarito, que viniste a la iglesia a pedirme consejo, que te gustan los hombres, que sé yo... También le puedo decir que estás enamorado de tu amigo, ¿Diego? ¿Agustín? ¿Qué te parece? ¿Cuál te gusta más?

Incrédulo de lo que estaba escuchando, Marcos trató de salir corriendo. Ese hombre estaba completamente loco.

El padre Flaviano lo agarró del brazo, lo puso de espalda y lo aplastó contra la pared con su propio cuerpo. Le dijo al oído:

—¿Quieres que mañana amanezcan tus amigos colgados del árbol de la plaza? ¿Quieres que mueran? ¡Contesta, mierda! ¿Quieres que todos sepan que lo hacemos?

—No —bisbiseó.

—Bueno, entonces, bájate los pantalones, dale, no tengo todo el día.

El padre Flaviano salió de la casa de Marcos, acomodó su gorra y caminó por la calle, recibiendo el cariño de toda la población que se cruzaba para saludarlo.

Esa misma noche, mientras Diego veía cómo su padre abusaba de su madre, Marcos lloraba en silencio metido debajo de la cama para que su papá no lo escuchara. Agustín observaba a sus padres sentados alrededor de la mesa, su hermanita ya se había ido a dormir.

—Mami, usted sabe que el padre de Diego le pega a su madre, ¿no?

—Pero ¿cómo se le ocurre semejante imprudencia? Cada uno soluciona las cosas detrás de la puerta de su hogar. ¡Qué, ahora es chimentero!

—Y usted, papá, ¿qué opina? —dijo Agustín buscando el diálogo con don Luis.

—Lo que dice su madre. No hay que meterse.

Agustín se quedó pensando: su amigo y la mamá vivían en un infierno a la vista de todo el mundo. Nadie podía ayudarlos, o nadie quería ayudarlos. Todo era una gran contradicción, su madre se la pasaba rezando, diciendo que hay que ayudar, y mientras tanto, cuando había que ayudar, no lo hacía. El cura se divertía con ellos a su antojo, y nadie se daba cuenta. No había escapatoria, nadie veía lo que estaba pasando. ¿Quién podría ayudarlos?

—El cura nuevo es mala persona —dijo Agustín. Dos segundos más tarde, la cuchara de madera le golpeó la cabeza.

—¡Se lava la boca con creolina antes de hablar así del padre Flaviano! — dijo Erna enfurecida.

—¡Padre! ¡Es verdad! —gritó Agustín tomándose la cabeza con una mano y suplicando con la otra.

—Por su bien, hijo, no siga diciendo pavadas.

Agustín terminó en la cama con un terrible dolor de cabeza y el corazón destrozado. Su propia familia defendía al monstruo que los estaba devorando ferozmente. Esa noche se dio cuenta de que él tampoco tenía familia. Que todo era una farsa. Que estaba tan solo como sus amigos.

Marcos salió de su casa como siempre lo hacía. Caminó sin rumbo hasta que llegó a la plaza y se sentó en un banco frente a la iglesia. Mientras la observaba, las lágrimas recorrían sus mejillas. ¿Cómo Dios podía permitir que alguien sufriera todo lo que él sufría? ¿No era que Dios primero ayudaba a los débiles, a los ancianos? ¡Mentiras! ¡Puras mentiras! Dios era un verso que todos se creían, pensaba mientras por la puerta del costado salía el padre Flaviano. Saltó como una ardilla y se ocultó detrás del banco. No estaba solo, ¡estaba con Diego! ¿Qué hacía ahí? Vio cómo el padre Flaviano lo despedía. Marcos se secó las lágrimas y caminó al encuentro de su amigo.

—¿Qué hacías ahí? —le preguntó sin preámbulos.

—Nada, anoche mi padre le pegó tanto a mi madre que tuvieron que llamar al doctor. Y el padre Flaviano me trajo hasta acá, me dio comida y me dijo que él personalmente iba a hablar con el comisario para que metan preso a mi padre.

Marcos no se esperaba semejante respuesta. Le pasó el brazo por el hombro mientras seguían caminando.

—Salí, che, van a creer que somos de esos —dijo Diego.

—¿No te molestó el cura? —le preguntó inseguro.

—No.

—Ah.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa?

—No.

—Bueno, chau.

—Chau.

Marcos se quedó parado viendo cómo Diego se marchaba. Sabía que todo era mentira. Lo percibió en su mirada. Inspiraba angustia, soledad, miedo. El cura pudo más que la amistad que los unía. Ya nada era como antes. Caminó hacia su casa, rendido, agobiado. No podía seguir viviendo así. No, no podía. Y no quería.

33

Agustín continuó yendo a la escuela. Solo. Iba a la biblioteca, devolvía un libro y se llevaba otro, y así la lectura se convirtió en su refugio, en su escape, en su compañía.

El vacío, la tristeza. Las ansias de saber. ¿Por qué?

Volvió a colgar el póster de Susana Giménez en su cuarto. Ya no quería ser cura. Ni médico, ni nada. Estaba enojado, decepcionado, triste.

Una tarde llegó a su casa, entró como todos los días. Erna lo estaba esperando parada al costado de la mesa.

—Tuvimos una reunión de padres. La maestra está preocupada porque dice que sus amigos abandonaron la escuela y que usted está rarito. ¡Yo sabía que no eran buena influencia! ¡Justo se tuvo que hacer amigo de esos dos, uno, casi huérfano y el otro, hijo del borracho del pueblo! —gritaba Erna—. Y ahora no se me junta más con esos chicos. ¡Yo no voy a ir otra vez a pasar vergüenza a su escuela porque usted se la pasa meando fuera del tarro! ¿Pero qué le hicimos nosotros para que nos haga esto? Todo el sacrificio que hace su pobre padre para que usted sea un estudiao y ¿así lo paga?

—Pero, mami, son mis amigos, desde siempre —contestó.

Erna no sabía que los muchachos ya no se juntaban todo el tiempo.

—¡Basta! El padre Flaviano también me dijo que esta amistad no llevaba a ningún buen camino. ¡Y tenía razón!

Cuando Agustín escuchó eso, la sangre le comenzó a borbotear en las venas.

—¡Qué sabe ese viejo pervertido! —chilló, al mismo tiempo que sintió el sopapo de su madre en la mejilla, que no lo tumbó al piso porque estaba con las piernas abiertas y se pudo sostener.

—¡Jamás se le ocurra hablar así de un mandatario de Dios! ¡Hereje, en eso se está convirtiendo!

—¡Pero, mami, el padre Flaviano no es buena persona! —dijo furibundo y tomándose la mejilla con la palma de la mano.

—¡Se me calla la boca! ¡A dormir sin comer! ¡Pídale perdón a Dios por hablar de esa forma! ¡Pero puede ser! ¡Cómo se le ocurre hablar así del padre Flaviano, que es Dios en la Tierra! ¡Usted está poseído por el demonio! ¡Con el sacrificio que hace uno pa' criarlo y darle lo mejor, y así me lo paga! No se me vuelve a juntar con esos dos, ¿estamos? El padre Flaviano tiene razón, hay que separarlos. ¡Válgame Dios que no vaya a tener que llevarlo a que le saquen el demonio del cuerpo!

Agustín entendió que no había salida. Su madre jamás le daría la razón sobre el padre Flaviano. Jamás le creería nada. Y si seguía insistiendo, sabía que lo llevaría a lo

de Rosalinda, primero, y luego a la iglesia a hacerle el exorcismo. La última vez que fue a la curandera estuvo tomando té de ruda una semana seguida, casi se muere. ¿Y ahora, qué iba a hacer?

Erna lo castigó con la penitencia de no salir de su casa, solo podía ir a la escuela y recibir al padre Flaviano para que le ayudara a acomodar las ideas. Cada visita era un calvario. El cura le pedía a Erna que los dejara rezar solos en el cuarto y luego, con una cortina de por medio, lo abusaba. Una sola vez Agustín trató de gritar, pedir auxilio, el padre Flaviano le tapó la boca y le dijo al oído:

—¿Quieres que llame a tu mamá? ¿Piensas que te va a creer todo lo que le digas? Y encima yo haciendo sacrificio por ti. ¿Te parece, Agustín? Ven, ven. —Mientras lo empujaba hacia la cama con arrogancia impostada.

—Dios lo va a castigar a usted —volvió a hablar Agustín mientras el sacerdote le bajaba los pantalones.

—Si no te callas la boca, no puedo terminar con esto rápido. Una palabra más y llamo a tu madre.

La radio de doña Erna sonaba, Agustín padecía...

El padre Flaviano salió. Agustín se volvió a acostar. Lo escuchaba cómo conversaba animadamente con su mamá. ¿Cómo ella no se daba cuenta de lo que le pasaba? Ni siquiera ingresó al cuarto para ver cómo estaba. Lo único que le importaba era conversar con ese degenerado. Esa misma tarde, en ese preciso instante, comenzó el odio de Agustín hacia Erna. A su propia madre... La entregadora.

Un día las cosas cambian para siempre. Y la pregunta recurrente, ¿cómo pasó? ¿Es uno el que ocasiona el cambio? ¿Acaso cada uno tiene un destino escrito que cumplir?

Encarcelado y abusado, en su propia casa... Entregado por su propia familia... Agustín lloraba en silencio, avergonzado, dolorido, abatido...

34

Salió disparado como un rayo. Los días de encierro habían alimentado su furia, su odio a todos. Quería una única cosa, ver a sus amigos. Solo eso. El resto no importaba. Corría, con todas sus fuerzas. Era temprano, el pueblo estaba despertando. Las cuadras ahora eran largas, interminables. Y corría. Una esquina, otra esquina, allá, la plaza. Había que hablar, ¡cómo no se dio cuenta antes! Tenían que poner todo sobre la mesa. Sin miedos, sin secretos. ¿Por qué les costaba tanto hablar? ¡Marcos tenía razón! ¡Había que matar al cura! Era la única manera de salir de ese infierno. Las lágrimas surcaban su rostro. ¿Por qué llegaron hasta ahí? No podían dejarse vencer por ese degenerado. Era él, los había engañado, separado, enfrentado y abusado.

Llegó a la plaza. Descansó un minuto, agarrando sus rodillas con las manos y dejando colgar la cabeza. Se repuso, levantó la mirada para seguir corriendo y lo vio venir. Era Diego. Como si lo hubiera escuchado. Caminó a su encuentro. A la altura de la iglesia, algo llamó su atención. Se detuvo y volvió a mirar. Cayó de rodillas. Una vez más miró para arriba y sí, no había dudas, era él. Pendía del frondoso árbol, colgando de una sogá. Los brazos caían tiesos al costado, le faltaba una zapatilla, duro, blanco, frío, muerto.

Diego continuó caminando. Llegó hasta donde estaba Agustín arrodillado, sosteniendo su cabeza con ambas manos, le tocó el hombro y le dijo:

— ¿Te enteraste...? Mi mamá murió.

35

“Marcos, ¿por qué lo hiciste? Pobrecito. Cómo no pude evitarlo, soy un pelotudo... Podría haberlo evitado”, pensaba Agustín, llorando, tirado en su cama boca abajo y con la cabeza tapada con la almohada.

¿Y Diego? El padre al fin lo había logrado, había matado a golpes a Dolores. ¡Y no estaba preso!, caminaba y recibía el consuelo de la gente por la muerte de su esposa. ¿Acaso el mundo estaba al revés? ¿Los malos andan por la calle y se mezclan con los buenos...? Definitivamente, ese pueblo estaba maldito. Y él también.

Salió de la cama, tenía que despedirse de su amigo querido. No soportaba la imagen de Marcos colgado de la soga, sus piernas tiesas, las manos rígidas cayendo al costado y su carita blanca, mirando para arriba. ¡Basta!, se pegaba en la cabeza con los nudillos, pero la imagen seguía ahí, fija, clara, ¿acaso quería decirle algo? Claro que quería decir, ¡mucho más! Se había colgado frente a la iglesia. No pudo soportar el abuso del cura siniestro.

—Agustín, ¿está bien usted?, ¿vio que a su amigo no lo pueden pasar por la iglesia porque se suicidó? Eso Dios no lo permite —dijo Erna muy preocupada por las formas.

Agustín, fruncido de ceño, apretó los puños. ¿Cómo podía ser que esa mujer no entendiera nada? ¿Cómo podía estar tan ciega? Tanto amor y respeto que siempre le tuvo, tantas veces se sintió culpable por tener una madre tan buena y él ser tan malo, ¡era una bruja! Siguió caminando como si ella no existiera y salió. Anduvo con la mirada fija, los ojos inyectados de furia, apuró el paso. Estaba dominado por una fuerza superior que venía del más allá, que maniobraba su voluntad. Llegó a la iglesia y pasó directamente por la puerta trasera, sabía muy bien dónde encontrarlo. Lo vio con sus ridículos pantalones sostenidos por tiradores, un verdadero payaso en decadencia. Se paró justo enfrente.

—¡Mirá, hijo de remilputa, si no dejás que el pobre padre de Marcos pueda despedir a su hijo en esta maldita iglesia, cuento todo, no me importa nada, y después te mato, total, yo ya estoy muerto! —Sin esperar respuesta salió, iracundo, compungido.

Caminó desorientado. Regresó a su casa, en ese estado no podía ir al velorio, a ninguno de los dos velorios. Llegó y pasó derecho al cuarto. Se enrolló en posición fetal. Sin llanto, sin pensamiento, sin nada. Ahí. ¿Una, dos, cinco, diez horas...?

Su madre fue a despertarlo.

—¡Vamos, Agustín! Ah, gracia a Dios que existe el padre Flaviano. Va a realizar un doble velorio, ha pedido una dispensa especial para que Marcos pase por la iglesia a pesar de que se quitó la vida. ¿Sabe qué dijo? Que una madre se va con un hijo,

acompañados. Marcos y la mamá de Diego. ¿No es un santo este cura que Dios nos regaló?

Apenas si podía abrir los ojos, las puntadas en la sien no se lo permitían. Su madre era cómplice del cura, y su padre también, por no involucrarse en las cosas de su hijo. Los odiaba, a los dos, a todos. Tiró el gastado cubrecama hacia atrás, se levantó y fue al patio. Su madre lo seguía, hablando sin parar. Caminó hasta la bomba de agua, refrescó su rostro y salió de su casa, iría a buscar a Diego. Por primera vez y con una gran tristeza en el pecho, sintió la libertad, esa que a fuerza del dolor alivia. Se movía sin ver, sin oír, sin pensar.

Su madre lo observaba, boquiabierta, tal vez nunca imaginó que Agustín le faltara el respeto de esa manera, pero también notó la pena en el rostro de su hijo. Lo dejó ir. “Ya se le va a pasar”, pensó.

Desde la esquina divisó el grupo de personas que desbordaba la casa de Diego. Un frío intenso recorrió sus visceras. Tragó saliva y siguió caminando. Llegó, se hizo espacio entre la gente. A Dolores la estaban velando en el comedor, el féretro en el centro con una cruz en la cabecera, algunas sillas apoyadas en la pared y una única corona, del jefe comunal, a un costado. Diego, con las manos apostadas sobre el tul blanco que sobresalía del cajón. Los ojos, abotagados y enrojecidos. Agustín se acercó despacio y le acarició el espinazo.

—Pobre doña Dolores —rumió con muecas, sosteniendo las lágrimas.

Antes de darle el pésame, vio que ingresaba el padre de Diego escoltado por dos personas, con un pañuelo escurriendo sus lágrimas, cual actor de telenovela. Agustín, sin pensarlo, tomó de los hombros a su amigo y le dijo:

—Vamos, tenemos un rato antes de que la lleven a la iglesia.

Sabía que cuando viera a su padre se lanzaría sobre él como león sobre su presa. Diego lo miró y a pesar de su angustia esbozó una sonrisa, no preguntó nada, solo se deslizó al lado de Agustín entre la gente. Sin hablar, caminaron por el medio de la calle hacia la casa de Marcos. El pueblo estaba dividido entre los dos velorios. Llegaron. Ingresaron. Cuando vieron el féretro con su amigo adentro, ambos se rindieron al dolor y se abrazaron en un solo llanto. Se acercaron a saludar al padre de Marcos. Lo que quedaba de él. Un hombre derrotado por la vida. Con la mirada en la nada, esperando dormir para siempre junto a sus queridos. Su esposa y su único hijo.

Diego, con la voz trémula, se acercó a Agustín y musitó:

—Me contó que quería irse con su madre, pero yo no lo tomé en serio. Soy un pelotudo.

—¡No! No es tu culpa, no pudo seguir aguantando. ¡Pobrecito! Ahora debe estar con su mamá, ¿te imaginás lo feliz que debe estar tanto que la extrañaba...? —dijo Agustín compungido.

Diego lo miró a los ojos.

—Yo también quiero ir con mi mamá, ya no quiero estar más acá. Creo que sé lo

que sintió Marcos... Yo también me quiero ir, Agustín. Ayúdame a irme. Por favor, amigo. Ayúdame...

Agustín no esperaba escuchar esas palabras, jamás.

—¡Pero qué decís, pelotudo! ¡Vamos! ¡Vení!, vamos a saludar a Marcos y a prometerle venganza, y nos vamos de acá.

Abrazados, parados frente al féretro de su amigo, sin importar las miradas, posaron las manos sobre el pecho de Marcos. Bisbisearon algo y luego salieron.

Otra vez caminaron por el medio de las calles empolvadas de un pueblo condenado. Llegaron al bar del club social. Ingresaron.

—Hola, don Leopoldo, ¿tendrá algo pa'nosotros? —imploró Agustín.

Leopoldo los miró. Eran casi unos niños, enflaquecidos, el dolor hablaba en sus rostros. Uno acababa de perder a su madre y ambos a su amigo. Metió la mano debajo de la mesada, sacó una petaca de licor y la puso sobre el mostrador. Necesitaban algo fuerte.

—Guarde esa plata, va de regalo. Pero se la toman lejos de acá —dijo mirando hacia todos lados para asegurarse de que nadie lo viera.

Salieron, caminaron justo hasta el lugar donde se había colgado Marcos y bebieron. “Por nuestro amigo Marcos, al cual vamos a vengar”, prometieron, borrachos.

—¡Vamos a matar al cura hijueputa ese! —gritaba Agustín.

—¡Vamos a matar al hijueputa de mi padre! —gritaba Diego.

36

Salvatierra pasaba por ahí y los vio. Algo andaba mal, estaban los dos acostados en el piso, boca arriba, gritando y gesticulando. Frenó, se bajó y fue a averiguar qué ocurría.

—¡Vamos!, vengan, ¡Pero si están borrachos! —dijo y los ayudó a levantarse.

—Nos vamos a nuestras casas —respondió Agustín temeroso de que los acompañara y ahí sí, Erna lo mataría a golpes.

Salvatierra no los escuchó, los subió a la camioneta y los llevó a su propia casa. Le pidió a su esposa que lo ayudara a recomponerlos. Tenían que regresar a los velorios, pero no en ese estado. ¡Pobres chicos!

Bebieron café, se lavaron y luego se quedaron dormidos en el sillón, uno al lado del otro.

Cuando Diego despertó, le llevó unos minutos recordar y darse cuenta de dónde estaba. Enseguida codeó en las costillas a Agustín.

—¡Despertaron! —dijo la señora Salvatierra.

Era una mujer interesante y amable, hablaba suavemente.

—Vengan, les hice la leche. No se vayan todavía.

Diego se levantó y mientras seguía a la señora miró a Agustín que caminaba a su lado.

—Qué suerte tiene Catalina —murmuró.

—Lamento mucho lo de tu mamá y lo de Marcos, pobrecito. Diego, quiero que sepas que podés venir a mi casa las veces que quieras, que necesites, a comer, a pasear, a conversar —dijo la señora Salvatierra mientras Diego tomaba el café con leche y hacía esfuerzos para contener el llanto. No tenía apetito, pero no quería quedar como un irrespetuoso.

Cuando terminaron de merendar, aparecieron Catalina y sus hermanos. Agustín y Diego sintieron vergüenza de estar ahí, pero antes de que pudieran seguir construyendo más pensamientos tétricos, la joven se adelantó y, luego de saludarlos, los abrazó.

—Lo lamento mucho, chicos.

“¡Y claro, con una madre así, la hija no puede salir mal!”, pensó Agustín.

—¡Vamos, deben estar todos ya en la iglesia! —dijo Salvatierra.

Llegaron. Desde la puerta divisaron los dos féretros: Dolores y Marcos. A Diego se le aflojaron las piernas, Agustín lo abrazó. Caminaron por el medio de la nave. Las voces se silenciaron, las miradas se posaron sobre Agustín y Diego, y el cotilleo era la música de fondo: ¿Qué hacen? ¿Adonde van? ¡Pobres chicos!

Agustín se quedó unos pasos detrás. Diego se paró entre los féretros, y del otro lado, el cura. No lo pudo contener, agrio, subió desde sus visceras y salió disparado por su boca, rociando los ataúdes y la sotana del sacerdote. Se dobló a la mitad, abrazando su estómago. Agustín, presuroso, le tomó la frente con la palma de una mano y con la otra le acarició la espalda hasta que vació el estómago. El charco de vómito debajo de los dos ataúdes hablaba del dolor más que las palabras.

Silencio.

—¡Vamos, Diego! Ni tu mamá ni Marcos están acá. Ojalá le estén llevando el mensaje a Dios y caiga una piedra arriba del hijueputa de tu padre y del cura.

Salieron de la iglesia, abrazados, bajo la mirada atónita de todos, por supuesto que nadie los frenó, ni les habló, ni los abrazó... Y siguieron y siguieron. Deambularon por las calles del pueblo.

Llegaron al árbol y se sentaron bajo su sombra. La procesión con los féretros tenía que pasar por ahí para ir al cementerio, pero no se quedaron a esperarla.

—Vení, vamos a mi casa —dijo Agustín. Diego no podía regresar con su padre, eso podía terminar en otra tragedia.

—No puedo, tu mamá no me quiere ni ver —contestó.

—¡Vamos! Ella va a entender, hoy enterraron a tu madre. ¡Vení! ¡Vamos! Y si no entiende, no importa.

—Antes quiero ir a buscar unas cosas a mi casa, no voy a volver nunca más ahí. Si vuelvo, lo mato. No entiendo por qué no está preso si él la mató. Dijo que se había golpeado sola, pero todos sabemos que la mató. ¡Ojalá se muera ya mismo! —dijo Diego acongojado.

—Esperemos, cuando todo se calme, vamos y los matamos a los dos, al cura y a tu padre. Tenemos que planearlo bien, como si tu padre se hubiera suicidado, y al otro hijueputa le podemos poner veneno en la comida, yo puedo conseguir veneno para ratas. Y después nos escapamos del pueblo para siempre. Nos vamos a la Capital, buscamos trabajo y listo. Empezamos una vida nueva. Solos.

Diego lo miró, le sonrió. Esas palabras eran una puerta, una salida, un tal vez...

—Esta semana lo planeamos y el sábado matamos a mi padre y el domingo le dejamos la comida envenenada. El pueblo ya está maldito, siguen las muertes, nadie va a sospechar. Esperamos un mes y nos mandamos a mudar. ¿A vos no te apena dejar a tu familia? Doña Erna y don Luis son buenas personas... —contestó Diego.

—Mi familia está tan podrida o maldita como todo en este pueblo. ¡Nos vamos a la mierda!

—Bueno.

—¡Vamos antes de que vengan! ¿O vos querés ir al cementerio?

—¡No! No quiero ver cómo la encierra ahí, ni loco, no lo voy a poder soportar, ¡vamos!

Fueron hasta la casa de Diego. Buscó una bolsa y metió adentro algunas

pertenencias de su madre, fotos y algo de ropa. Salieron y caminaron despacio. Se quedaron sentados un rato en un banco de la plaza. Ya no quedaba nadie en la iglesia, el pueblo estaba silencioso, solitario, estaba de luto.

Agustín insistió en que pasaran por la casa de Marcos. Quería sacar la escopeta de su padre. La iban a necesitar para asesinar al cura y a Carlos.

Ingresaron por la parte de atrás. Se detuvieron en el cuarto de Marcos, olía a él y al calvario en el que había vivido. Diego tomó sus revistas y su radio. Agustín tomó la foto que tenía con su madre, estaba tan gastada que había que imaginarse los rostros. Revisaron cada rincón hasta que encontraron encima del ropero la escopeta junto con la caja de balas. Guardaron todo en la bolsa y salieron. Angustiados. Tristes. Desconsolados.

Caminaban acompasados. ¿En qué momento sus vidas se torcieron tanto? ¿Por qué?

Llegaron a la casa de Agustín, ingresaron, se quedaron atónitos, con los brazos caídos, boquiabiertos. Rodeando la mesa estaban su padre, su madre, su hermanita y el padre Flaviano. Como si los hubieran estado esperando. Como si supieran que iban a cruzar la puerta en ese minuto.

Agustín tuvo el impulso de lanzarse sobre el cura. Diego lo detuvo del brazo adivinando su intención.

—¡Ahí están! —dijo su madre—. Los estábamos esperando. Pasen, el padre Flaviano tuvo una gran idea. Ofreció hacerse cargo de Dieguito por unos días hasta que su padre se pueda acomodar, con toda esta tragedia, pobre don Carlos...

El cura se levantó ágilmente y tomó a Diego por los hombros.

—En la parroquia hay un dormitorio, comida y Dios, que te va a dar consuelo. ¡Vamos, hijo! Ya hablamos con tu padre y estuvo de acuerdo — agregó.

Diego miró a Agustín y le hizo una seña para que se quedara quieto. Salió caminando detrás del cura. Agustín, estupefacto. No podía entender lo que acababa de pasar. Sus propios padres habían puesto en manos del abusador a su amigo. ¡No! ¡No podía ser! Es que sus padres no entendían que todo, todo, era culpa del cura degenerado... Que ese hombre los había dañado para siempre...

¿Qué hacer? Diego se había ido con el execrable por sus propios medios. ¿Y si lo hacía porque no tenía a donde ir y no quería volver a su casa? ¿Y si él no hacía nada y mañana Diego aparecía colgado del mismo árbol? Se revolcaba en la cama, lloraba, se agarraba la cabeza, no sabía qué hacer, ¿qué hacer...?

Agustín esperó que Diego volviera, que lo buscara, tenían que seguir con el plan, asesinar al cura y luego a Carlos. La escopeta se la había llevado en la bolsa. ¿Y si el cura la descubría?

Diego nunca regresó.

No aguantó más, juntó coraje y cuando salió de la escuela, dejó la yegua en su casa y caminó directo a la iglesia. La bicicleta de Diego estaba apoyada en la pared al costado de la puerta rasera. Asomó la cabeza despacio y lo vio sentado en la mesa, con un tazón humeante y una canasta llena de panes. Tal vez no esperaba encontrar eso. Tal vez esperaba verlo angustiado, pero sonreía...

—¡Agustín! Justo iba a buscarte, pasá —dijo mientras se metía en la boca media rebanada de pan untada con arropo.

Agustín lo miró fruncido de ceño. Estaba bien, su rostro tenía color, y comía como un orangután.

—¿Vos estás bien? —preguntó, inseguro.

—Sí, muy bien. ¿Querés un poco?

—No, gracia. Vine para que siguiéramos con el plan, ¿te acordás? —dijo vacilante. No encontraba la complicidad en la mirada de su amigo.

Diego se quedó callado, buscando en su mente, elaborando una respuesta.

—Ya no hace falta, ya entré en razones, Agustín. No nos vamos a convertir en asesinos. El padre Flaviano es muy bueno conmigo. Y me hizo entender que no podemos matarlo. Nos descubrirían y nos meterían presos...

—¿Le contaste nuestro plan al cura? —preguntó iracundo.

—Le conté que quería matar a mi padre, no le dije que vos también. Y no le dije que lo queríamos matar a él... Ya le devolvió la escopeta al papá de Marcos.

—¡El enfermo te pudrió la cabeza! —dijo Agustín frustrado.

—No, no lo arruínés, es la primera vez en mi vida que me siento tranquilo, él no me molesta con eso... me pidió disculpas y ahora es un buen cura —respondió Diego implorando.

—Bah, es tu vida, si estás bien... Es mejor.

Agustín no entendía lo que estaba pasando. Seguro todo era un engaño, pero Diego se veía muy bien. Y eso era bueno, lo único que era bueno.

—No te dejé chamuyar por este sinvergüenza.

—Nunca viví mejor, el me cuida, me quiere, se preocupa por mí. Y ya no me hace nada de lo otro... ¡Estoy bien!, ¡estoy bien! En serio.

—Bueno, pero cualquier cosa vení a las casa. Mi madre dice que te podés quedar todo el tiempo que quieras, que no hay problema —mintió—. Nos vemos, entonces.

Salió casi corriendo, confundido, aturdido, cansado. ¿Qué estaba pasando? No comprendía nada, nada.

Pasó un día, luego otro, otro y otro, pasaron meses... Agustín ya no asistía los sábados a las reuniones, había renunciado a la confirmación a pesar de las amenazas de Erna. Si iba a la iglesia algún que otro domingo, era solo para ver a Diego y asegurarse de que estuviera bien. Nada más.

Sabía por sus padres que no había regresado a su casa. Se había quedado a vivir con el padre Flaviano. Todo el pueblo, por un tiempo, habló del gran corazón del sacerdote, luego, se olvidaron de lo ocurrido y cada uno siguió con sus cosas.

Agustín nunca dejó de insistir con Diego, lo buscaba, lo esperaba, pero siempre recibía la misma respuesta.

—Estoy bien, por primera vez en mi vida vivo tranquilo, no te preocupes...

Agustín sospechaba el precio de esa comodidad, pero Diego no daba pie para conversar sobre el asunto. Lo esquivaba. Tal vez no quería contarle, pero ¿por qué? Después de lo que había pasado con Marcos. No podía entender la maraña de su destino. Cada mañana cuando abría los ojos, su triste realidad lo abrazaba, no sabía qué hacer, cómo seguir viviendo con tanta información que lo llenaba de dolor...

Un día, el padre Flaviano salió con una valija en una mano y la otra en el hombro de Diego. El jefe comunal los llevó hasta la terminal de ómnibus, y se fueron. Nunca más se volvió a saber de ellos.

Nuevo cura, nueva vida para todos, menos para Agustín. Boyaba por el pueblo, sin rumbo. No encontraba razón para seguir viviendo. No podía terminar de entender lo que había pasado con sus amigos. Cómo un día cualquiera llegó un hombre de falsa moral y les cambió la vida para siempre.

Afuera el crepúsculo enmarcaba el horizonte. Agustín, como cada tarde cuando terminaba sus actividades, fue al club social, solo. No se dio cuenta en qué momento se sentó Leopoldo a su lado.

—Usted anda medio perdido, mi amigo —le dijo y destapó una botella de Coca-Cola—. Invitación de la casa.

—Mucha gracia, don Leopoldo.

—¿Cómo anda la escuela?

—No estoy yendo mucho...

—Mire, Agustín, perdone que me meta, pero si usted no sigue estudiando, se va a terminar pudriendo en este pueblo. Pero si estudia, se puede ir y seguir estudiando. ¿No era usted el que siempre decía que iba a ir a la universidad?

Agustín levantó la mirada. Se había olvidado que tenía anhelos. Se había olvidado

de vivir.

—No, yo no puedo ni ir hasta la esquina. Estoy meado por los perros.

—¡Claro que no! Pasaron cosas malas, muy malas, pero usted tiene una salida. No sea tonto, no la desaproveche, estudie y mandese a mudar de este pueblo.

Las palabras de Leopoldo fueron como un farol que se prendió luego de estar apagado mucho tiempo.

—Tiene razón, don Leopoldo, tendría que terminar el secundario, y luego, irme...

—¡Claro m'hijo! Si yo fuera estudiao, qué va, ya estaría bien lejos —dijo Leopoldo. Se levantó y regresó con una revista y un diario.

—Se los regalo, para que se vaya metiendo en el mundo de la ciudad.

—Gracia, don Leopoldo. Gracia...

Agustín se lamió el dedo índice y comenzó a pasar las hojas. Unas palabras en el momento justo, el sabor dulzón, fresco y efervescente de la gaseosa en su boca, la revista llena de vidas felices, mujeres lindas, hombres interesantes. Todo, en un instante, hizo que su sueño dormido despertara.

Tenía que terminar la escuela. Ese certificado era el pasaje a la libertad. A irse para siempre de ese pueblo maldito. A ser un médico. A ser feliz. ¿Podría ser feliz alguna vez...? Miró hacia arriba, sonrió. "Gracia, Marcos", rumió.

Segunda parte

*La soberbia es
una discapacidad
que afecta a pobres
infelices mortales
que se encuentran de
golpe con una
miserable cuota de poder.*

SAN MARTÍN

1

Agustín se concentró en conseguir el certificado del secundario. Ese pedazo de papel le abría las puertas hacia la libertad. A pesar de su familia, sobre todo de su madre, quien nunca pudo superar la idea de que su primogénito no fuera más a la iglesia y que no estuviera confirmado, que la ignorara todo el tiempo, que quisiera irse del pueblo...

Consagrada con el cura nuevo, un señor mayor a quien no se le entendía nada cuando hablaba —había creado su propio idioma mezclando italiano con español—, le pedía que conversara con Agustín, que lo aconsejara, que lo invitara a participar de las actividades. Él nunca regresó a la iglesia.

Ema no se detuvo, deambuló con una foto de su hijo, a escondidas, por todas las curanderas conocidas de la zona. Insistía en que le habían hecho un daño, por eso había cambiado tanto. Entre los santos, los gualichos y las súplicas de su madre, Agustín estudiaba y la ignoraba.

Cuando el tiempo acompañaba, se iba a estudiar debajo del árbol, y llevaba la radio de Marcos. Pensaba en sus amigos, en su vida. Muchas fueron las veces que lloró sin consuelo. Y estudiaba, estudiaba.

Llegó fin de año y Agustín recibió su certificado. Estaba listo para irse.

Su padre lo esperaba para darle la gran noticia. Había hablado con Salvatierra para que le diera un trabajo en “los escritorios” ahora que se había recibido. Pero Agustín tenía otros planes.

—Me voy a estudiar para ser médico —anunció.

—Pero ¿qué dice? Usté no se va a ningún lado, su padre le consiguió un trabajo que nadie tiene en el pueblo, un futuro decente para estudiados — dijo Ema.

—Escuchemos —mitigó Luis.

—Me voy a estudiar Medicina, ya hice las averiguaciones. Y con el dinero que ahorré me voy a hacer la inscripción. Tiene que ser en diciembre.

Ema comenzó a llorar, Luis asintió con la cabeza y Rosana comenzó a aplaudir. Agustín se levantó, acarició a su hermana y salió.

Caminaba por el medio de la calle, iba a ver a Leopoldo, a contarle que lo había logrado, y que se iría del pueblo, ojalá para siempre.

Sonrió, después de tanto tiempo, abrió sus brazos en cruz y miró hacia arriba. Todo el cielo era el rostro de Marcos, su amigo querido. “Lo logré, Marcos, por los dos, ahora me voy a ir para siempre”, decía, lloraba y sonreía.

La libertad, esa que está atrapada en uno, que puja por salir y son pocas las veces que lo consigue, Agustín acababa de abrirle las puertas...

2

Raro, inseguro, culpable, así se sentía Agustín parado en la terminal de ómnibus. Su hermanita le encargaba regalos. Su madre lo encomendaba a Dios y no paraba de masticar rezos y de santiguarse. Su padre solo hablaba del golpe militar y sus consecuencias. “No se meta en problemas”, “matan a las personas”, “los militares no perdonan”, repetía.

¿Qué podía ser más tremendo que lo que él ya había vivido? Solo quería irse, llegar a la ciudad de Santiago, buscar un trabajo y estudiar. Olvidar. Sus sentimientos convergían entre el odio y el amor. Le apenaba su madre. Odiaba a su madre. Se quería ir. Y no volver. Nunca.

—Cuando crezcas, me buscás —fueron las últimas palabras de Agustín y fueron para su hermanita, que ahora lloraba a moco tendido.

Repantigado en el asiento del micro, comenzó a paladear el gusto de la libertad. ¿La libertad dolía? Porque tenía una presión en el pecho. Apoyó la cabeza contra el vidrio y mientras veía pasar los postes, observaba las diapositivas de su vida, su hermanita Rosana, su madre, su padre, Marcos, Diego, los días felices, el dolor, la muerte. Nunca se había imaginado irse del pueblo, ni de paseo. Tal vez su destino era partir. Pero ¿tan alto era el costo? Marcos estaba muerto. Diego, perdido con un perverso. Y él, violado, vejado por el padre Flaviano. Se acomodó en el asiento, el solo pensarlo le molestaba en todo el cuerpo. Ojalá pudiera olvidar. Ojalá todo eso quedara en el pueblo. ¿Puede uno dejar lo vivido en algún lugar y volver a empezar? ¿Borrón y cuenta nueva?. ¿Así de fácil? Ojalá. Ojalá. Bueno, al menos, ya no contaba los postes.

Abrumado, libre y asustado. El taxi lo dejó frente a la pensión, que había conseguido por medio de Salvatierra. Tocó el timbre de lo que sería su nuevo hogar, expectante. La puerta se abrió.

—Hola, pasá. ¿Sos el nuevo? Al fondo te está esperando el encargado — dijo un joven y lo dejó entrar.

Todo era mejor de lo que había imaginado. ¿Por qué siempre pensaba que todo le saldría mal, que nadie lo querría, que lo iban a molestar...? No, esta vez no.

Compartía la habitación con tres muchachos. El espacio que ocupaba su cama era su lugar en el mundo. Iba a cada rato al cuarto de baño, ¡tenía ducha! La primera vez que estuvo debajo del chorro climatizado de agua, cerró los ojos y se emocionó hasta las lágrimas. “Los milagros existen”, pensó.

Mientras Agustín empezaba una nueva vida, con esperanzas, con expectativas,

Jorge Rafael Videla y las Fuerzas Armadas apuñalaban al país en el centro del pecho. El golpe militar ya tenía voz. El interventor había tomado la provincia como propia, dejando al libre albedrío su perversa forma de administrar. Un dirigente había sido secuestrado en la plaza de Independencia y Alsina, con testigos y todo. Nunca más apareció.

No le dio mayor importancia. Pensó que tal cual le había recomendado su padre, si no se metía en problemas, podría estar tranquilo. Él ya era su propio problema. Y este era su momento feliz.

Salía a la calle cada vez que escuchaba el ruido de los colectivos. Se quedaba parado y boquiabierto viéndolos pasar. Corría unos metros y observaba la garita. La gente subía, la gente bajaba. Regresaba, miraba los taxis, eran muchos.

Se integró enseguida. Uno de los muchachos, Oscar, le consiguió trabajo de ayudante de albañil.

Cada día se levantaba con la ilusión, esa que estremece, que enaltece, que enorgullece. Cada mañana era una bocanada de aire fresco. Andaba por la vereda sonriendo, se mezclaba con las personas, se sentía único en el anonimato.

Con la albañilería no tuvo problemas, le sobraba actitud y conocía el oficio de hacer lo que hubiera que hacer. El capataz lo puso enseguida entre sus preferidos, esos que trabajan sin preguntar, sin quejarse y que no faltan nunca.

Los domingos se levantaba temprano y salía a caminar. Era una ciudad calurosa. Contaba las cuadras para no perderse. Disfrutaba de la libertad de estar ahí. De ser dueño de su vida. De crear sus propios mandamientos. Aún sentía la omnipresencia de Dios, pero ahora tenía excusas para obviarlas. Dios lo había abandonado, a él y a sus amigos. Cuando la sentencia de Dios aparecía, sacudía la cabeza y listo. A seguir adelante. Marcos era ahora su ángel invisible, su santo personal.

Averiguó la dirección de la universidad. Pediría un día en el trabajo para ir a anotarse. No lo podía creer. Estaba a un paso de convertirse en estudiante de Medicina. Pero ¿y si no le daba la cabeza? ¿Y si no era lo suficientemente inteligente para entender todo lo que implicaba o se necesitaba para ser médico? No había pensado en eso. Otra preocupación...

3

Le temblaban las piernas. Cada tanto asomaba la cabeza desde la mitad de la fila que esperaba el colectivo. Tenía miedo de perderlo, de no saber cómo actuar ante el chofer, de no saber qué hacer. Aprendió de memoria y repitió varias veces todas las indicaciones que le dieron los muchachos de la pensión, estaba nervioso.

Cuando subió al colectivo, le pidió al chofer que le indicara dónde tenía que bajar para llegar hasta la universidad. El chofer le dijo que sí y que fuera hacia el fondo. Embutido entre las personas, sintió claustrofobia. ¿Y si se pasaba de largo? ¿Y si se perdía? ¿Y si el chofer se olvidaba de llamarlo? Giró la cabeza y le preguntó a una señora que estaba a su lado. La mujer muy amablemente le respondió que ella también se bajaba en esa parada. Eso lo tranquilizó.

Sus ojos no parpadeaban. Asombro, eso era. El edificio donde funcionaba la universidad era tan inmenso, tan majestuoso. Con la ayuda de uno, la indicación de otro, pudo terminar la inscripción. Era oficialmente un estudiante de Medicina. La emoción que sentía lo desbordaba.

Cuando decidió que debía regresar, buscó en el bolsillo el papel donde tenía anotado qué tomar. ¡No estaba! Lo había perdido, tal vez en el amontonamiento dentro del colectivo. Revisó sus bolsillos por tercera vez, pero nada. ¿Y ahora?

Caminó hacia la parada en que se había bajado. Averiguó cómo volver. Cruzó la calle y buscó la garita. Llegó el colectivo y subió. Luego de andar un rato, no veía nada que le fuera conocido. Se acercó al chofer y le preguntó si iba al centro, estaba completamente desorientado. Con el humor y la gentileza que caracterizaba a los lugareños, le dijo que no. Le indicó que, debía tomar y lo bajó en la siguiente parada. Ya no le resultaba tan placentero el viaje, se estaba poniendo nervioso, estaba perdido.

Caminaba despacio, regulado. En la garita había una sola persona esperando. Le preguntaría para corroborar la información que tenía. Un problema floreció apenas se acercó, era una joven de su edad, muy bella. Se detuvo. Inspiró el aire.

—Perdón, señorita, me perdí y tengo que tomar acá el colectivo para volver. Con que me lleve hasta la catedral, ya me ubico —dijo, tímido, con los brazos pegados al cuerpo y la mirada en el piso.

Ella lo miró, sonrió, se lo veía asustado...

—Yo también voy al centro, te indico. ¿De dónde sos?

—De El Pueblito. Seguro que ni lo conoce. De casualidad que lo conocemos nosotros.

Ella sonrió.

—Claro que lo conozco —mintió—, me llamo Soledad.

—Y yo, Agustín —dijo extendiendo la mano para saludarla.

Llegó el colectivo. Subieron. Agustín se sentía más relajado sabiendo que no tenía que preocuparse por el lugar dónde debía bajar.

Soledad Ibarra Bracamonte le contó que estaba de vacaciones y que estudiaba Abogacía, pero en la Capital. Los ojos de Agustín se agrandaron. ¡Estudiaba en la Capital! Él no contó mucho de su vida, solo su deseo de estudiar Medicina y que para poder lograrlo ya estaba trabajando.

Soledad lo miraba, parecía un buen chico, del interior, sano y de buenas intenciones. Le daría una mano. Llegaron. Bajaron.

—Estoy muy agradecido, me ayudaste a llegar —dijo Agustín—, vivo por allá.

—De nada. Y espero que te vaya muy bien —contestó Soledad.

Agustín, admirado, boquiabierto, le sonreía. Era increíble que una jovencita tan interesante y bella se hubiera fijado en él.

—¿Qué te parece si el sábado venís al centro? Nos juntamos un grupo de amigos. Te va a gustar y de paso vas conociendo, no sé.

—Si puedo voy —contestó apurado.

—Te dejo la dirección, es fácil. Te esperamos. Te van a gustar mis amigos.

Agustín la miraba, su boca se había sellado en una sonrisa. Soledad comenzó a caminar y, antes de llegar a la esquina y doblar, giró y allí estaba él, igual, con la misma sonrisa, contemplándola. Ella levantó la mano y lo saludó. Agustín respondió con el mismo gesto y luego emprendió su caminata de regreso a la pensión. Se sentía un actor de novelas. Aunque había algo que lo incomodaba, la invitación. ¿Tendría que ir? ¿O solo lo había invitado por compromiso? Se notaba que Soledad era una buena persona, y muy linda...

4

En la pensión cada uno hacía su vida. Casi todos eran mayores que él y del interior también. Estaban ahí por trabajo. Compartían las horas comunes, se saludaban con respeto, acordaban el uso del baño y la cocina y se pasaban el diario del día anterior. Él lo recibía último, así leía tranquilo, todas las secciones, subrayaba los términos que no conocía. Se había propuesto hablar bien, un médico no podía cortar las palabras por la mitad. Su vida había cambiado rotundamente. Lo disfrutaba.

La semana avanzaba y Agustín no cesaba de maravillarse con todo, desde la cena con sus compañeros hasta el viaje en la caja de madera del flamante Rastrojera de Aníbal, el capataz.

Un día, la seguridad lo inundaba y hacía planes para el sábado. Otro día, el miedo lo amenazaba y cancelaba todo. Conversó con Oscar.

—Pero no seas chambón, el sábado te sacamos a patadas de acá. Claro que vas a ir a divertirme un rato.

—La verdad es que no conozco a nadie —contestó Agustín—, ¿y si llego y nadie me lleva el apunte?

—Te tomás algo y te volvés cantando bajito.

Oscar tenía razón. Iría.

El sábado se despertó antes de que saliera el sol. Estaba intranquilo, nervioso, expectante. Desayunó en silencio. Fueron a trabajar. Cuando regresaron esperó su turno para bañarse. Uno le prestó una camisa estampada y al cuerpo, otro, un poco de colonia, y luego de pedir las indicaciones correspondientes para llegar al centro y volver, se propuso aventurarse.

Bajó del colectivo. Se acomodó la camisa dentro del pantalón y caminó de acuerdo al plano que le habían dibujado. Le temblaban las piernas. Se sentía incómodo y al mismo tiempo le gustaba verse en el reflejo de las vidrieras con esa camisa tan moderna, el cabello revuelto, el cinturón de Oscar... No parecía él.

Cuando llegó al lugar, había tantos jóvenes juntos que se conmocionó. Todos muy festivos, coloridos, modernos, conversando, algunos fumando. De fondo sonaba Raffaella Carra. ¿Y ahora? Era imposible encontrar a Soledad en esa multitud, pensó.

—¡Eh, Agustín! —gritó alguien.

La vio, ahí estaba, rodeada de chicas y chicos, que le hacían señas. ¿A él? ¡Sí! ¡Lo llamaba a él! Caminó despacio hacia Soledad. Ella enseguida vino a su encuentro.

—Él es Agustín, del que les hablé —dijo—. Ella es Fedra, Vero, Pau, Marce, Rodolfo, Raúl y Matías.

Agustín saludó a cada uno con vergüenza y entusiasmo. Hacía esfuerzos por recordar sus nombres. Eran muchos.

Como en un cuento, viviendo una vida que no era la suya, se entregó, se mezcló con el grupo como si fuera uno más. Sonaba "Rasguña las piedras", de Sui Géneris. Sonreía. Observaba. Disfrutaba.

Gastó todo el dinero que tenía, el que había ahorrado para la universidad y el que había cobrado por la semana trabajada. Estaba tan entusiasmado y agradecido que invitó bebidas para el grupo entero. Era como si un ser alegre, divertido, feliz habitara su cuerpo.

Regresó a la pensión en un Fiat 125, era de Raúl, ¡lo llevaron! Ese había sido el mejor día de su vida.

Ingresó a la habitación en puntas de pie, a oscuras, sin hacer ruido. Se acurrucó en la cama y el primer sentimiento que lo invadió fue la culpa. Sí, culpa, por disfrutar y por olvidarse de todo por un rato, de quién era, de quién fue. Culpa por estar vivo y Marcos muerto. Culpa por ser feliz, libre, lo que habían soñado los tres. Culpa por abandonar a su hermanita. Culpa por no extrañar a sus padres, a su pueblo. Culpa, culpa, culpa.

5

El domingo se levantó con la radio en el bolsillo, tarareaba los temas. Mientras tomaba mate repasaba cada segundo del día anterior, cada palabra, cada bebida, cada canción. Lo revivía en su mente y disfrutaba de la emoción que eso le producía en todo el cuerpo. Una y otra vez. La culpa había quedado atrapada en la noche.

Soledad y sus amigos eran de familias acomodadas. Pero eso a Agustín no le importó, al contrario, se sintió agradecido de poder estar con ellos.

Mientras sonaba "Celia", de Leo Dan, Agustín entonaba la canción un domingo... y hablamos de pasión... Cerró los ojos y con un montón de emociones nuevas en el estómago se imaginó cantando para todas las chicas que había conocido en el bar. Un galán.

Estaba alborotado, tenía tanta energía en el cuerpo que no sabía qué hacer con ella. Salió a caminar hasta la esquina. Quería agradecerle a Marcos, pero enseguida se arrepentía, porque en ese mismo momento la culpa regresaba. Agradecer lo bien que la estaba pasando, mientras su querido amigo yacía en el cementerio. Esas incongruencias lo alteraban.

Esa noche se fue a dormir temprano. En realidad, se fue a la cama para cerrar los ojos y revivir el sábado. Fedra, qué linda era. Tenía una delantera tan prominente que no pudo dejar de mirarla y ahora de recordarla. El solo pensar en sus pechos lo incomodó. Sintió un cosquilleo en la entrepierna. Abrió los ojos. Se había excitado. Apoyó la mano sobre su intimidad y desaparecieron los pechos de Fedra, en cambio, apareció el rostro del cura abusador, el padre Flaviano. Cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza, como si eso ayudara a borrarlo para siempre de su pensamiento. ¿Las situaciones sexuales se relacionarían en el futuro con el padre Flaviano? En ese momento entendió que hay cosas que no se pueden dejar, que nos acompañan en silencio y para siempre, como si fueran un órgano de nuestro cuerpo, necesario para vivir.

Se levantó y fue directo al cuarto de baño. Dejó que la ducha caliente calmara su cuerpo. Ojalá el agua pudiera limpiar los recuerdos. Borrar las huellas invisibles pero dolorosas.

Esa parte de su historia estaba ahí, presente. ¡Qué desgracia! Pensó en Diego, en qué sería de su vida al lado del cura degenerado. ¿Sería feliz? Recordó a Marcos. La tristeza copó cualquier indicio de felicidad que hubieran podido dejar Soledad y sus amigos. Con sus fantasmas prendidos en el cuerpo, se tumbó en la cama. Tal vez la felicidad le estaba negada.

6

Poco a poco se fue integrando al grupo de amigos de Soledad. Le costó organizarse con el dinero, con su trabajo. Varios lunes tuvo que pedirle un préstamo a Oscar.

En la pensión aprendió a fumar cigarrillos armados, a tomar bebidas con alcohol sin arrugar la cara. Le gustaba escuchar a León Gieco. Fue la motivación para que, con mucho esfuerzo, se comprara una armónica. Los primeros días la tocaba solo y en el baño. Al tiempo parecía un doble de Gieco, se sabía todas sus canciones. Cada noche luego de la cena, cantaba y tocaba la armónica a pedido de sus compañeros. La música, al igual que la lectura, lo liberaron de largas horas de insomnio.

Ese joven tímido y cauteloso se fue convirtiendo poco a poco en un hombre amable, inteligente y divertido.

Soledad le contó que se iba de vacaciones con sus padres y que cuando regresara, en pocos días más, volvería a Buenos Aires. Noticia que entristeció mucho a Agustín, ya que no solo Soledad se marchaba, sus amigos también estudiaban en la Capital. De solo pensar los días sin ellos, sintió un vacío recorrer todo su cuerpo.

—¡Venite a estudiar a la Capital! —gritó Soledad—. Claro, cómo no me di cuenta antes. Te venís con nosotros. ¿Qué decís, Agustín? ¿Te animás? Estar acá, estar allá...

Agustín se sorprendió. Esa nunca había sido una opción en su vida.

—¿Cómo a la Capital? ¡No! Ni me ubico acá, imaginate en la Capital. Y no tengo el dinero para ir, ni para vivir, nada. No, no, dejá de decí pavadas, Sole —dijo iracundo y sin poder controlar su dicción, en la que tanto trabajaba.

—Qué pavada ni pavada. ¡Yo me ocupo! ¡Te venís con nosotros! Te conseguimos una pensión y trabajo allá, bueno, si querés, ¿no te gustaría?

—¡Sí! ¡Claro que me gustaría! Solo mido mis posibilidades y hasta dónde puedo llegar. Hoy no tengo ahorrado ni pa' una Mirinda.

—Lo mismo que hacés acá, lo hacés allá. —dijo Soledad—. Bueno, es tu decisión. Pero si te interesa, nosotros te ayudamos a instalarte. Raúl tiene unos compañeros que viven en una pensión. ¿No, Raúl?

—¡Sí! ¡Yo puedo hablar con Felipe! ¡Dale, Agustín! Te va a encantar la Capital —completó Raúl.

—Bueno, vemos —contestó Agustín.

—Pensalo, allá también podés estudiar y estarías con nosotros —terminó Raúl.

Agustín sospechaba que Soledad y sus amigos estaban en algún movimiento político. Nunca dijeron nada, nunca lo involucraron con nada. Pero él se daba cuenta porque muchas veces discutían sobre los sucesos de actualidad, de una manera muy

especial, ¿apasionada? Comentaban sobre las reuniones que mantenían durante la semana. Proyectaban ideas para cuando estuvieran en la Capital. Las palabras de su padre rebotaban en su cabeza, ¡ojo con los revolucionarios! Pero estos no tenían pinta de revolucionar nada, eran más buenos que el pan, pensaba.

Seguía los pasos del gobierno militar por la radio y por el diario, pero aun así no lo sentía como algo propio, como tal vez lo sentían sus amigos. Era una especie de novela que veía por televisión. Allá lejos.

Desde el mismísimo día que Soledad le propuso ir a la Capital, la tranquilidad desapareció de su vida. Le costaba conciliar el sueño. Lo tentaba irse, lo abrumaba irse, lo paralizaba irse y soñaba con irse. Pensaba y pensaba, daba vueltas las cosas y volvía a pensar. Se complicaba tanto a la hora de tomar decisiones... Nunca estaba seguro de qué era lo correcto. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si perdía la oportunidad de su vida? Lo que no sabía Agustín era que podía irse cuantas veces quisiera, podía escaparse de sus padres, mudarse de ciudad, pero de lo que no podía huir era de él, de su vida, de sus recuerdos.

7

Llegaron las fiestas de fin de año. Agustín, con la excusa de ganar algún dinero extra, cubrió a sus compañeros, a uno, a otro, trabajó hasta el cansancio. No quería regresar al pueblo. La Navidad ya no era lo mismo para él. El veinticuatro a la noche cenó y brindó con los que quedaban en la pensión y luego se fue a dormir. El primer día del año se prometió ser feliz. Olvidar y volver a empezar.

Pensó mucho en la propuesta de Soledad. Conversó algunas veces con Raúl. Tenía dudas, tenía miedos, tenía ganas de ir. El saberse acompañado para comenzar una vez más le brindaba un poco de tranquilidad. Qué difícil se le hacía comandar su vida.

Soledad regresó de las vacaciones y organizó una juntada con todos. Era la despedida. Agustín aprovechó para conversar con ellos, sacarse algunas dudas sobre cómo subsistir en la Capital. Y tomó una decisión.

Pasó la lengua por la goma del sobre y se lo entregó al señor del correo. Esa carta era para sus padres, ahí les contaba que había surgido una gran oportunidad y que se iba a estudiar Medicina a Buenos Aires. Punto. Se iba. Se fue.

8

Parecía que estaba metido en un sueño que no terminaba nunca. Con un bolso pequeño y la armónica en el bolsillo de la camisa se trepó al ómnibus que lo llevaría hasta la Capital. Fue el viaje más largo, más lindo, más caluroso y más inquietante que había experimentado hasta el momento.

Con la frente pegada al vidrio husmeaba lo grande que era la ciudad. Hacía mucho tiempo que habían ingresado a la zona urbana y nunca se acababa, nunca llegaban a la terminal. Esa inmensidad le produjo cosquillas en las vísceras. Lo abrumaba. Lo desafiaba.

Llegaron. El micro frenó. Dejó que todos bajaran primero. Agachado espiaba por la ventanilla, quería ver a Raúl, necesitaba verlo antes de bajar los escalones. Le dio vértigo la cantidad de personas revoloteando en ese lugar.

—¡Fa, loco! Esto es impresionante, ¿de dónde sale tanta gente? —le dijo a Raúl, feliz de encontrarlo.

Raúl le palmeó la espalda, se había encariñado con Agustín: era honesto, solidario, buena persona y tenía esa capacidad de disfrutar a pleno las cosas simples y sencillas de la vida.

—¿Viste? Y esperá que conozcas un poco más. Bueno, vamos, tenemos que tomar el colectivo para ir al centro, ahí tomamos otro que nos lleva hasta el lugar donde vas a vivir.

Agustín sonrió. Ya estaba tranquilo, como cuando un niño se encuentra con su padre. Raúl lo acompañaría, y él disfrutaría de esa gran ciudad que lo estaba recibiendo.

¡Estaba en la Capital! Un colectivo. Gente, mucha gente. Empujones. Bocinazos. Otro colectivo. Ya no disfrutaba del paseo. Estaba agobiado, iban a gran velocidad para su gusto y parecía que chocarían en cada esquina. Tenía la sensación de que la puerta lo iba aplastar, o que el chofer arrancararía antes de que él bajara. Era gracioso verlo descender, salía disparado.

—¡Che!, ¿falta mucho?

—No, ya estamos —contestó Raúl.

Llegaron. La puerta estaba abierta. Raúl ingresó primero, avanzó por una galería larga. Era una casa chorizo. Los brazos del jazmín se entrelazaban con los de la bignonia para envolver las columnas del lugar. Un hálito verde.

—¡Hola! ¿Es que no hay nadie en esta casa? —vociferaba Raúl mientras caminaba con Agustín pegado a la espalda. En un momento le pisó la zapatilla dejándolo descalzo.

—¡Cuidado, che! Me vas a aplastar.

—Bueno, perdoné.

La vio venir. El delantal le cubría casi toda la parte delantera, los rulos prolijamente enganchados, un colorido pañuelo los contenía, y una sonrisa grande, maternal. Era Clara, la dueña de la pensión.

—¡Hola, muchachos! Antes de irse Felipe me recomendó mil veces que los esperara, y acá están, pasen, vengan que les preparo algo fresco, deben estar cansados.

Agustín sonrió, esa mujer era perfecta. Era bueno estar ahí.

Cuando Raúl se despidió, el rostro de Agustín se marchitó. Clara se colgó de su brazo y, acompañados, le mostró toda la pensión, el baño, los cuartos, el asador del fondo, por supuesto con todas las reglas pertinentes. Algunas, incluso, estaban escritas en papel y pegadas en la pared o en las puertas, por ejemplo, una decía “no fumar en el baño”.

Agustín le contó cómo lo habían ayudado sus amigos y que ahora tenía que conseguir un trabajo para poder mantenerse. Enseguida conquistó el corazón de Clara, su tonada, su sonrisa, su amabilidad, las palabras “permiso” y “gracias” no faltaban en su vocabulario.

Ella le comentó que tenía un amigo, Miguel, dueño de varias rotiserías que siempre le pedía que le recomendara chicos.

Agustín se quedó solo en su nuevo cuarto, el que compartiría con Felipe. La incertidumbre lo abrazó. Allí estaba, en la Capital, lo había logrado. Sonrió. Sintió una brisa que lo achuchó, era Marcos, su ángel amigo que estaba ahí, junto a él... Las lágrimas escaparon de sus ojos, se las enjugó, no quería que nadie lo viera llorando. Se imaginó con Diego y Marcos, allí sentados, los tres. Los extrañaba, mucho, mucho...

9

Felipe, amigo de Raúl, ahora compañero de techo de Agustín, era de Bahía Blanca. Un joven entusiasta. Estudiaba Filosofía y Letras y tocaba la guitarra. Agustín se quedaba boquiabierto escuchándolo mientras le cebaba mate, era un gran orador. Su vida se iba transformando a cada segundo. Nuevos amigos, nuevas vivencias, nuevas emociones.

Clara le extendió una nota con una recomendación y una dirección.

—Andá que te esperan, es cerca.

Otra vez caminaba hacia lo desconocido. Expectante. El lugar era uno más de la cuadra, pero, para Agustín, era un palacio que estaba a punto de abrirle sus puertas.

El dueño era un hombre de abdomen abultado y gestos amables. Luego de entrevistarlos, le dijo que lo contrataba para limpiar y lavar platos, en principio, y si andaba bien, lo ascendía.

Agustín salió del lugar y no pudo caminar, corrió. Estaba ansioso por llegar y contarles a todos que ya tenía trabajo. Sonreía. Acababa de cambiar la pala y la mezcla de cal y arena por una escoba y detergente. Todo un logro. Miró el cielo, agradeció a Marcos, su ángel. Luego le pidió perdón por no haber impedido que se suicidara. Ya era un ritual. De memoria.

Cada mañana cuando se despertaba, le costaba unos segundos entender que su nueva vida era real, no un sueño. Con la parsimonia que lo caracterizaba, tenía paciencia para todo y nunca llegaba tarde. Así transitaba sus días, con culpa, tristeza, por la muerte de Marcos, por haber dejado que Diego se fuera con el cura, por odiar a sus padres, por abandonar a su hermanita... y había más. Era un especialista en las cuestiones de la culpa. Cada vez que escuchaba en la radio “Cuando un amigo se va” se quedaba callado, la sonrisa desaparecía de su rostro. Esa canción lo demolía. El espacio estaba vacío.

10

Soledad y Raúl lo acompañaron a la facultad de Medicina a hacer los trámites para inscribirse. Se lo habían prometido.

Nada era como lo había imaginado. Las inscripciones debían hacerse en diciembre, llegó tarde. Soledad habló con uno, con otro, y consiguieron que pudiera presentar sus papeles para rendir el examen de ingreso.

Largas filas para solicitar un formulario, para que no sirviera en la próxima ventanilla y otra vez volver a empezar. No logró terminar con los trámites porque le faltó llevar el certificado de buena conducta emitido por la policía. Cada papel costaba dinero. Debía rendir un examen de ingreso que no tenía nada que ver con la medicina (eso le contaron algunos de los chicos que estaban en su misma situación). Y se enteró ahí mientras esperaba que, de dos mil seiscientos alumnos, habían entrado solo mil cuatrocientos.

Callado. ¿Arrepentido? Transitó el camino de regreso. Soledad y Raúl lo acompañaron hasta la pensión.

—¡Agustín! ¿Ya sos un estudiante de Medicina? —gritó Felipe apenas los vio ingresar.

Silencio. El mate y un atado de Jockey Club sobre la mesa...

—Agustín, las cosas son así ahora. En todos lados. —dijo Soledad, angustiada y culpable. Ella lo había incentivado a que fuera a la Capital.

Felipe se dio cuenta de lo que había pasado y enseguida interrumpió, mientras buscaba la caja de fósforos para prender un cigarrillo.

—Ah, Agustín. Bienvenido al Proceso de Reorganización Nacional — intervino sarcástico—. Dicen que van a limpiar de idealistas las universidades, de las malas influencias. Que las van a reorganizar, regionalizar y redimensionar. Hoy para estudiar tenés que ser un robot que no piensa, no habla, solo escucha los diez mandamientos del proceso.

—Nosotros también tenemos que sacar el certificado para anotarnos este año. Me dijo el Chaqueño que tengamos cuidado porque en la policía están los listados. Y si estás en la lista, quedás detenido. Esto se está yendo al carajo —comentó Raúl—. Pensé que las cosas iban a estar un poco más tranquilas, pero no... Cada vez va peor.

—¿Y por qué estarían en las listas? —preguntó Agustín.

—Porque según estos analfabetos, somos instigadores, idealistas, anarquistas, la basura que quieren sacar.

—Pero ¿por qué? —insistió Agustín.

—Porque participamos en el centro de estudiantes, que, dicho sea de paso, este año no existe más. Porque colaboramos con una parroquia y ayudamos a los pobres. ¿Cómo? Sole enseña a leer y escribir. Raúl y la prima dan talleres de lectura y cada quince días traemos a algunos hasta la parroquia a ver una película en el proyector. Por eso somos comunistas, revolucionarios —dijo Felipe—. ¿Vos nos ves pinta de comunistas a nosotros, Agustín?

—Claro que no —contestó sin saber muy bien cómo era un comunista. Y no quiso seguir preguntando, le dio vergüenza no saber.

—¡No lo asustes!, no es tan así —aclaró Soledad.

—Es la realidad, ¿no, Agustín? —dijo Raúl.

—Claro, es la realidad que vivimos —agregó Agustín—, ya sabía que todo puede suceder. No se preocupen, ya estoy en camino y eso es lo importante.

—¡Esa es la actitud, mi amigo! —dijo Felipe.

Soledad le prometió seguir ayudándolo con sus papeles y también a estudiar para poder ingresar, ya que la fecha era casi inmediata.

Esa noche el sueño lo atrapó pensando: ¿había tomado la decisión correcta? Ser un estudiante de Medicina era todo un desafío. Seguro que no lo lograría. Con la cantidad de chicos mucho más inteligentes que él que había de todo el país... ¿Qué haría en la Capital si no entraba a la facultad? Por supuesto que regresar no era una opción. Nunca más.

11

Llegó a la pensión cansado, el trabajo se había duplicado ese día porque faltaron dos de sus compañeros. Caminó directo a la cocina por un vaso de agua y vio un pollo encima de la mesada. Clara estaba picando cebolla.

—¡Eh, Agustín! ¿Nunca viste un pollo?

—Sí, doña Clara, ¡claro que vi muchos pollos! En casa teníamos gallinero. Lo que me gusta es verlo ahí, listo. Y no tener que degollarlo y quemarme las manos con agua hirviendo para desplumarlo. Y después destriparlo. Lo único que me gustaba era sacarle el buche. Siempre estaba lleno y calentito —contestó Agustín y dejó de hablar cuando vio la cara de asco de Clara—. ¿Necesita ayuda? A mí me gusta la panza, el corazón y los sesos. Por las dudas, digo.

—No, querido, andá a descansar un rato que te llamo cuando la cena esté lista.

Bebió agua, miró el pollo por última vez y se fue pensando qué diferente se vivía en El Pueblito. No extrañaba nada. Bueno, un poco a su hermanita.

Esa noche tomó la decisión de seguir adelante con la inscripción en la universidad. Solicitaría permiso para ir a la policía a sacar el certificado de buena conducta. Le pediría a Felipe que lo acompañara. Con el dinero que tenía compraría los libros y se pondría a estudiar. Para eso había ido a la Capital. Se convertiría en médico. Al menos lo iba a intentar. No podía bajar los brazos después de todo lo vivido. Tenía que seguir...

Cada mañana renacía, empezaba el día despabilado. Disfrutaba el viaje, el trabajo, sus compañeros. Y también disfrutaba estar en la pensión. Era su lugar en el mundo. Sobre la mesa de la cocina siempre había un mate, cigarrillos, diarios, libros y una fuente con tortitas, medialunas, sacramentos.

Le gustaba escuchar a sus compañeros, eran inteligentes, osados, libres y comprometidos con sus ideales.

Fueron a sacar el certificado de buena conducta a la policía. Agustín lo obtuvo. Felipe no se animó a realizar el trámite. Estaba seguro de que estaba en la lista. Sin certificado no podía seguir cursando. Algo iba a tener que hacer. Ya vería.

Soledad y Paula lo acompañaron a completar la inscripción. Esta vez lo lograron. Compraron los apuntes para estudiar. Agustín se asustó cuando vio todo lo que tenía que aprender en tan poco tiempo.

—No te preocupes, todos te vamos a ayudar. Vas a ver, te va a ir bien.

Agustín contestó con una mueca y suspiró.

Felipe le había prestado *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano. Tuvo un antes y un después de ese libro. Fue Raúl quien respondió todas las

inquietudes producidas por la lectura. Pero ahora ya no tenía más tiempo para leer, debía estudiar.

Cada minuto que pasaba, se enamoraba más de lo que significaba ser un médico. No le costaba retener toda la información que leía. Eso sí, dormitaba por toda la casa con sus libros a cualquier hora. Estudiar también lo alivió de estar lidiando con los fantasmas que lo visitaban por las noches. Se dormía antes de que su rostro llegara a posarse sobre la almohada. Su vocabulario fue creciendo al igual que sus conocimientos, y su dicción mejoraba. “Voy a lograrlo, voy a ser un médico”, pensó y se durmió.

12

Después del comunicado con el que Videla había anunciado que el país quedaba bajo el control operacional de la junta de comandancia general de las Fuerzas Armadas —el Proceso de Reorganización Nacional—, decretó a su antojo las mayores atrocidades en contra de los derechos humanos.

Agustín ahora sí sentía en carne propia lo que eso significaba. Estaba en el medio de la tormenta política. Y eso no era nada bueno.

Le costaba comprender la deshonestidad, la falta de moral, de responsabilidad. Muchos políticos que caminaban de la mano de la democracia luego apoyaron al dictador. Personalidades, artistas, medios de comunicación también habían girado su discurso. ¿Por ignorancia? ¿Por comodidad? ¿Por dinero? ¿Para sobrevivir? Más conocía lo que pasaba en el país, más se decepcionaba. Fue la universidad la que terminó de ponerlo frente a la realidad.

Llegaba de trabajar y estudiaba. Cenaba y mientras los otros se quedaban viendo televisión, él estudiaba. Estudiaba y estudiaba.

Agustín había ingresado a la universidad, pero sus amigos no habían logrado el certificado de buena conducta para continuar con sus estudios. Raúl contó que el Chaqueño, su compañero, el único que se animó a solicitar el certificado y cuyo gran delito había sido ser presidente del centro de estudiantes, quedó detenido e incomunicado. Eso los asustó mucho.

Cuando comenzó la cursada, Agustín tuvo que acomodar su horario de trabajo. Le costó aprender a manejarse solo en la ciudad, los papelitos con las indicaciones fueron de gran ayuda. Muchas veces tuvo que regresar a la pensión, ya que las clases eran interrumpidas o canceladas por los militares. Debían ser cuidadosos con lo que hablaban, con los apuntes que llevaban o con los comentarios sobre lo que leían. Agustín se quedó muy impresionado cuando le contaron sobre la quema de libros. Le costaba comprender que un libro pudiera hacer daño, para él era lo contrario.

Uno de sus compañeros de Anatomía había sido detenido porque su hermano mayor era estudiante de Filosofía. Enseguida pensó en Felipe. Un escalofrío recorrió su cuerpo. La situación era complicada. Nunca se imaginó lo que estaba viviendo. Una cosa era escucharlo por la radio y otra muy diferente era estar ahí. Ver a los militares armados. Docentes detenidos. Estudiantes desaparecidos...

13

Las sobremesas eran cada vez más largas. Estaban preocupados.

—¿Comprendés, Agustín? Proceso de Reorganización Nacional, dicen... Y mientras tanto uno ve a esas pobres mujeres que dan vueltas y vueltas en la Plaza de Mayo cada jueves con un pañuelo blanco en la cabeza, pidiendo por favor alguna noticia sobre el paradero de sus hijos, que están desaparecidos. Como el Chaqueño, que un día salió, ingresó a la comisaría a buscar un certificado de buena conducta, y no lo vimos más. No nos dicen dónde está. Y nadie sabe nada. Sus padres están desesperados —dijo Felipe—. Mi madre siempre me contaba de la Semana Trágica, ahí murió su tío, fusilado por la Liga Patriótica, era un obrero que estaba reclamando por sus derechos laborales, bueno, después fue la Triple A. Y siempre se van reencarnando. Siempre hay un pelotudo ignorante que sigue izando esa bandera. La escudan bajo la palabra progreso. Eso no es el progreso.

—La Semana Trágica. Leí sobre eso —interrumpió Agustín—. Fue una masacre.

—Sí. Mucha gente murió ahí sin saber por qué. —agregó Clara que pocas veces se inmiscuía en cuestiones políticas.

Agustín fue conociendo la historia de su propio país, la que no le enseñaron en la escuela. Los conductores de la patria no habían aprendido nada. Repetían sus errores cada vez. Después de la Semana Trágica, la Década Infame, derrocan al presidente, ¿derrocar era la palabra correcta? Sí. Comprendió muchas cosas. Que cuando el poder está en las manos equivocadas, la tragedia es inminente. Ya lo había vivido con el padre Flaviano. El poder de la religión en manos de un pederasta.

Ahora, los militares, que querían imponer su verdad a costa de lo que fuera. ¡Por Dios! ¡Qué brutalidad! ¡Qué falta de humanidad! ¡Qué falta de inteligencia! ¡Qué falta de amor! Siguió días difíciles.

Esa noche, cuando llegó a la universidad, uno de sus compañeros le avisó que otra vez habían suspendido las clases y que habían organizado una manifestación por la desaparición de una docente. Sintió miedo. No se quedó a la protesta, se trepó al colectivo y regresó a la pensión. Las cosas fueron diferentes a partir de esa noche. Del Chaqueño no se supo nada más, sus padres boyaban por todos lados preguntando. Nada. Nadie sabía nada.

Se atormentaba cada vez que Felipe salía a pintar paredes, colgar carteles, hasta que no lo escuchaba regresar no se podía dormir.

Una vez a la semana se juntaban en la pensión, todos. Intercambiaban información. Planificaban futuros encuentros. Diseñaban folletos. Clara los cubría como gallina a sus

pollitos.

Miedo. Esa sensación de incertidumbre que oprime el corazón. Todos vivían con miedo. Miedo a perder sus trabajos, miedo a opinar, miedo a morir... Agustín sabía del miedo y mucho. Emoción horrible y oscura que volvió a habitar su vida. ¡Estaba meado por un elefante! Ahora que el camino se abría para él, después de todo lo que le había pasado. Otra vez un enfermo al mando destrozaba todo a su paso, pensaba. Se lamentaba.

El domingo, mientras hacían el asado, Agustín amasó una tortilla con harina, grasa, agua y sal, que se cocinó al lado de los chorizos, las morcillas, los chinchulines trenzados, las costillas. Un verdadero banquete. Las chicas se encargaron de las ensaladas y doña Clara preparó una torta para el mate, después del almuerzo.

—¡Agustín, nos tenés que enseñar a hacer la tortilla! —exclamó Raúl mientras partía otro pedazo y se lo metía en la boca.

—Harina, grasa, agua y sal, mi papá la preparaba siempre cuando hacía el asado.

—Este es el chori más rico que comí en mi vida, con el pan de Agustín y el chimichurri del Raúl —dijo Felipe.

Cuando ya estaban en la sobremesa, la actualidad cobró vida en la conversación.

—Hablé con el padre del Chaqueño. Le pasaron el dato que puede estar en la ESMA. Se me partió el corazón al pensar que cuando River salió campeón, él, en vez de estar en la cancha viendo a su equipo de fútbol, estaba a cuerdas de ahí detenido, secuestrado, siendo torturado.

Silencio.

—Tenemos que seguir, no podemos bajar los brazos —comentó Felipe.

—Tengo miedo por ustedes —dijo Agustín—. Me asusta que les pase algo. El Chaqueño, no lo conocí mucho, pero es como nosotros, no es ningún guerrillero.

—Agustín, si nosotros no ponemos nuestro granito de arena ahora, esto va a ser peor que la Segunda Guerra Mundial, pero privada, solo para nuestro país. ¿Entendés? —explicó Felipe.

—Sí, parece una locura, otra vez estamos escribiendo nuestra historia con sangre —completó Raúl.

—¿Y los partidos políticos? —siguió preguntando Agustín.

—Ya no quedan partidos, ahora son ellos y nosotros. Estás de un lado o del otro, de los que matan o de los que mueren, de los que abusan o de los abusados... Y los que se quedan callados, los que miran pasar, los que no hacen nada, los mudos, los ciegos y los sordos. Esos son los que seguro atraviesan la historia, siempre. Los veletas. Y lo peor de todo, los que la van a contar —dijo Felipe.

—Yo me siento un cobarde. —reconoció Agustín.

—No, Agustín, qué decís., pero hay empresarios, medios de comunicación, artistas importantes que se hacen los boludos, que dejan que las cosas pasen. Ellos bien podrían ayudar, pero no lo hacen, cuidan su culo.

—Claro que entiendo. —contestó Agustín.

Esa noche, cuando ya estaba en la cama, vino a su memoria el día que todos lloraron la muerte del General en la plaza de Las Chuñas. El sulky, Marcos y Diego. Si Marcos lo viera ahora, justo en la línea de fuego. Qué felices hubieran sido los tres ahí en la pensión, estudiando, trabajando. Si no se hubiera cruzado ese cura. Pero si el padre Pedro no se hubiera ido del pueblo, tal vez, él tampoco estaría estudiando en la Capital. Pero Marcos estaría vivo.

14

El domingo siguiente, Felipe se fue temprano con Soledad y Raúl. No le avisaron a Agustín. No querían involucrarlo, la situación estaba fuera de control.

Clara le dijo que se habían ido a la parroquia y de ahí a ayudar a relevar la Villa 31, tenían que reubicar a todas las familias. El gobierno tenía planes inmediatos para levantarla. Era una mala imagen para el país, decían. Pero a nadie se le ocurrió qué hacer con ellos, estaban en ese lugar porque habían quedado fuera del sistema laboral con el golpe militar de Uriburu.

—¿Y a qué parroquia fueron? —preguntó Agustín.

Clara lo miró con cariño y le ofreció un mate.

—Tomá, tiene burrito. Fueron a la del padre Roberto, está lejos de acá. Es sobrino del cuñado de mi prima. Está a cargo de la capilla desde hace tiempo. Vive para ayudar a la gente. Me apena, porque se expone mucho. Después del asesinato de los curas en Belgrano, me preocupa que le pase algo. Él coordina toda la ayuda para la Villa 31.

Agustín hizo una mueca. No contestó. El asunto iglesia lo sacaba de su eje. Le envenenaba la sangre. Pero lo que hacían sus amigos era diferente, eran valientes, ayudaban...

—Yo también estoy preocupada por los muchachos, no me gusta que sigan yendo a la villa, pero no me hacen caso —continuó Clara con tristeza.

—Sí, yo también. Tengo miedo.

Cuando llegaron, Agustín los estaba esperando mientras estudiaba.

—Soledad se queda a dormir acá. Me parece que nos siguieron —dijo Felipe asustado.

—¿Qué pasó? Claro que sí, ya le aviso a doña Clara —respondió Agustín preocupado.

Pasaron a la cocina y Felipe contó que al salir de la villa vio un auto, un Falcón verde con tres hombres. Cuando se bajaron del colectivo y caminaron para la pensión, en la esquina estaba el mismo auto.

Cerraron todo, pusieron llave. Esa noche nadie durmió.

Agustín pensaba en los habitantes de la villa, ¿dónde ubicarían a todas esas familias? ¿Por qué el mundo estaba tan dividido? Como decía Felipe, los pobres trabajan para los ricos, mantienen sus fortunas, entonces, ¿por qué ahora nadie los ayudaba? Solo un cura y algunos estudiantes. Tenía razón su padre cuando decía que en El Pueblito se vivía con tranquilidad, protegidos por la distancia, la ignorancia. Se acordó de su hermana, “ojalá estés bien, Rosana, te extraño mucho”.

15

Caminaba, expectante, mirando para todos lados, adivinando en cuál esquina estaría el auto verde esperando. Ya no se sentía a salvo.

Llegó al trabajo, ingresó por la puerta del costado y se dirigió al cuartito a buscar su atuendo.

—Agustín, vení que tengo que hablarte un momento —gritó Miguel apenas lo escuchó entrar.

—Sí, don Miguel, me cambio y voy.

—No te cambies, Agustín, subí.

Miguel tenía varios locales dispersos por la ciudad y los manejaba desde ahí, había una pequeña oficina en el primer piso.

—Pasá, hijo. —Con la mano le indicó que se sentara frente a él.

—¿Qué pasa, don Miguel? —preguntó atribulado.

—Tenemos que hablar. Lamentablemente, te tengo que decir que ya no vas a poder seguir trabajando acá, ¿sabés?

Agustín empalideció.

—¿Pero por qué, don Miguel? ¿Hice algo mal? Lo puedo cambiar enseguida, usted sabe que yo no tengo problemas para nada.

—No me la hagas difícil. Sos un buen chico, siempre le agradezco a Clara por su recomendación... Pero es la gente con la que te juntás, tus amistades, no son muy bien vistos por la policía. El viernes me visitaron y me dejaron en claro cómo son las cosas. La pensión de Clara está marcada.

—Pero, don Miguel.

—Me vinieron a ver, sabés. —dijo mientras metía la mano en un cajón y sacaba un sobre blanco cerrado—. Tomá, esto es para que te las arregles hasta que consigas otro trabajo. Aunque si fueras mi hijo y te tuviera que dar un consejo, te diría que de acá te vayas directamente a la terminal de ómnibus y te vuelvas a tu pueblo. Ya te tienen marcado, hijo. Y estos no andan con chiquitas.

Agustín tomó el sobre, se levantó y se fue sin decir una sola palabra. Lo echaban por ser amigo de Felipe y de los muchachos. Caminó un poco confundido, no le gustaba para nada lo que acababa de pasar. No era justo. El trabajo para él era lo más importante. ¿Y ahora de dónde sacaría dinero para vivir? ¿Qué haría? Nunca se imaginó que eso podía suceder. No era una opción. Pero acababa de pasar.

Felipe, Soledad y Raúl estaban tomando mate en la cocina cuando llegó Agustín. Lo miraron asombrados.

—¿Qué hacés acá? ¿No te fuiste a laburar? —preguntó Felipe asombrado.

Agustín ingresó y directamente se dejó caer en la silla.

—Me rajaron.

—¿Qué? ¿Por qué? —agregó Soledad preocupada mientras le extendía un mate.

—Dice don Miguel que el viernes lo visitaron, y bueno, parece que la pensión está marcada. Me asusta un poco esto. ¡Qué hijos de remilputa! ¿Qué voy a hacer ahora? Me aconsejó que me vuelva a mi casa. Ni en pedo.

—Ah, ¡pero qué viejo de mierda! ¡Cagón! Enseguida te echó, ¿te das cuenta cómo son? Nadie se involucra. Ante la duda, a Agustín, que tiene menos subversión que el papa, lo echaron a la mierda —dijo Felipe gesticulando y mirando a sus amigos.

En ese mismo instante ingresó Clara, había escuchado todo.

—No te preocupes, Agustín, a partir de ahora sos el encargado del mantenimiento en la pensión por la pieza y la comida, ¿te parece?

—¡Muchas gracias, doña Clara! Ya mismo me pongo a buscar trabajo. Usted es muy buena.

—Tienen que tener mucho cuidado, traten de no salir de noche —dijo Clara mientras buscaba la bolsa con su tejido, y volvió a irse.

Agustín esperó que se fuera y luego bisbiseó:

—Doña Clara es muy buena con nosotros... Ya me veía mudándome a la villa. No es que no quiera o no me guste, pero.

—Sí, es muy generosa —agregó Felipe.

—Tengo que ir al departamento, Paula ya debe haber llegado y seguro que está preocupada. ¿Me acompañan? —interrumpió Soledad.

—Claro que te acompañamos, no te vas a ir sola. ¿Y qué hacemos esta noche?, ¿vamos a lo de Marce? —preguntó Agustín—. Yo no saldría.

—¡Claro que vamos! No vamos a escondernos de esas mierdas —dijo Soledad—. Podemos ir en taxi.

—Vamos todos juntos y regresamos todos juntos, en todo caso hoy nos amontonamos en la pensión —agregó Felipe—. Que Paula venga con nosotros si ya llegó.

—Vayan, yo me quedo a ayudar a doña Clara, me tengo que ganar la cama y la comida. Por ahí, los espero con una tortilla —dijo Agustín.

Sin trabajo, tan lejos de su hogar. Tal vez tendría que revisar la opción de regresar a El Pueblito. No, el solo hecho de pensar en volver le revolvió el estómago. Ya no era la misma persona que un día se fue, no, no regresaría, jamás.

Estaba preocupado, las palabras de Miguel retumbaban en su cabeza “la pensión está marcada”.

16

Agustín, sin darse cuenta, se fue involucrando con sus compañeros y su lucha. Los estudios los mantenía al día, así que Felipe puso otro libro en sus manos, Poesía nueva de Nicaragua. No pudo detenerse hasta terminarlo.

No consiguió trabajo. Se encargaba de todo en la pensión. No le gustaba la condición en que eso lo ponía, pero, por el momento, no le quedaba otra opción. Estaba pendiente de lo que Clara pudiera necesitar, le daba vergüenza no tener plata ni para un paquete de arroz. Ella le contó que había quedado viuda de muy jovencita, no había llegado a tener hijos. Y que con la pensión se sentía feliz porque era una especie de madre para todos. Era una mujer increíble. Todo el mundo la quería. Cuando terminaba los quehaceres domésticos, le pedía a Agustín que tocara la armónica, ella preparaba el mate y se sentaba a escucharlo. Era un recreo para ambos. Luego le enseñaba modales, completar las palabras cuando hablaba, sentarse bien, en lugar de con la silla al revés, abrazando el respaldo, comer con la boca cerrada y no limpiarse los dientes con las uñas en la mesa.

—¿Nunca te llega correspondencia de tu familia? —preguntó Clara, extendiéndole un mate.

—No, nunca les envié esta dirección.

—Pero deben estar muy preocupados.

—Sí, tal vez les escriba.

—Perfecto, mañana llevo la carta al correo —terminó Clara.

Agustín nunca más escribió a su casa. ¿Por qué? Quería castigar a sus padres por todo lo que había sufrido. Por no poder tener una vida normal. Por no disfrutar de las cosas que se disfrutaban a su edad. Los culpaba de todos sus males, otro día, sentía pena por ellos. ¿Les escribiría? Claro que no...

17

En la radio sonaba Palito Ortega y Clara cantaba sobre la letra original. Agustín barría el piso de la galería y Felipe leía. En un momento determinado, otra vez: interrupción de la transmisión con los comunicados de la junta.

—Ya no se puede ni escuchar una canción entera —dijo Clara.

Así era todo, al cine no se podía ir porque las películas buenas estaban censuradas. Había que tener cuidado con los libros que se tenía en la casa y la música había que escucharla a escondidas. Agustín interpretaba con su armónica todos los temas prohibidos de León Gieco.

¿Cómo se puede reorganizar un país bajo la censura absoluta? ¿Estará mal empleada la palabra “reorganización” y estos infelices no se dieron cuenta? ¿Hasta cuándo iban a tirar de la sogá? Lo que querían hacer era tapar el sol con la mano a costa de la humanidad. ¿Terminará esto algún día...? No podía ensayar en su mente un final feliz para la situación que estaban viviendo, pensaba Agustín.

Le había prometido a Felipe que le llevaría los folletos a la movilización que habían organizado los chicos de la universidad. No le agradaban las manifestaciones. Siempre terminaban mal, con muchos heridos y muertos. Pero entendía que eran necesarias para poder expresar lo que pensaban.

Salió de la pensión con el morral al hombro y la plata para viajar en el bolsillo. Ya se sentía molesto. Incómodo. ¿Intuición?

Se bajó del colectivo y comenzó a caminar, no le hizo falta saber dónde era, vio la multitud, las banderas. Apelotonamiento. Un escalofrío subió desde el centro de su estómago hasta su garganta. Tragó saliva. Respiró. Con la mirada recorría todo, tenía que encontrar a Felipe o a Raúl o a alguna de las chicas, todos estaban ahí, en algún lugar de ese embutido humano. Debía darles el paquete que tenía en el morral con los folletos.

Sin darse cuenta ya estaba en el medio del tumulto. La marea de personas empezó a menearlo. Empujones, cánticos, bombos y cuando levantó la vista, estaba en la primera hilera. Tuvo miedo. Impotencia. No podía moverse. Miró a su alrededor, eran todos jóvenes estudiantes que proclamaban libertad para los detenidos, los desaparecidos, libertad para leer, libertad para estudiar. Libertad para vivir. Eran chicos y chicas de su edad, no tenía que tener miedo. Estaba donde tenía que estar. Levantó la vista. Justo al frente, estaban los otros, los represores, eran hombres maduros, armados hasta los dientes y en grandes cantidades, a pie y a caballo. ¿Lo peor? Estaban a un metro y

medio de sus narices.

Empezó a caminar para atrás, pero el impulso de la multitud lo llevaba para adelante. Sintió que alguien lo agarraba del brazo, ¡era Raúl! Qué alivio.

—¿Qué nos va a pasar? —le preguntó Agustín a Raúl a los gritos para que lo escuchara.

—¿Viste a Sole, a Pau o a Felipe? No los encuentro. Teníamos que estar todos juntos.

Raúl se volvió para atrás impulsado por la marea humana y antes de que Agustín pudiera contestar o seguirlo, la fuerza masiva lo llevó otra vez más adelante. Tropezó, terminó de bruces contra el piso. No lograba levantarse. Lo último que sintió fue un golpe. Fuerte.

Abrió los ojos. ¿Dónde estaba? Lo primero que vio, unos borceguíes negros. Otro golpe, ahora en la cabeza y luego, la nada. Despertó con un gran dolor. Estaba sentado en un auto o camioneta. ¿Cómo saberlo? Tenía un pañuelo en los ojos y las manos atadas atrás. ¿Cómo había llegado hasta ahí?, ¿los habían detenido a todos?, ¿y sus amigos? Tuvo el impulso de gritar, pero no, se quedó callado. Le dolía la espalda. Lo que había escuchado tantas veces, ahora lo estaba viviendo en carne propia. Entre el pañuelo y sus ojos había una pequeña hendidura, levantó la cabeza para poder fijar la vista en la manija de la puerta del auto. Escuchó una voz que decía:

—¡Llévate a estos zurdos de mierda! ¡No les van a quedar ganas de andar repartiendo folletos!

No lo pensó demasiado, agachó la cabeza y con el rostro, concretamente con la boca, abrió la puerta. Tuvo la suerte de que la vincha que le tapaba los ojos quedó enganchada y eso le liberó la visión. Corrió con todas sus fuerzas tratando de no caerse, con las manos atadas atrás era más difícil. Varias veces estuvo a punto de darle un beso a la calle, pero luego de algunas piruetas siguió adelante y no se cayó. Corría para cualquier lado. El miedo lo acompañaba. Temblaba y corría.

Un gancho en el brazo derecho lo obligó a parar de golpe, cayó de rodillas al piso. Lo arrastraron. Lo metieron en una casa cualquiera.

—¿Cómo les gusta rifarse la vida a ustedes, eh! —le dijo una señora que lo había visto venir. Sin dudar, lo frenó y lo metió en su casa, no sin antes mirar para todos lados

—¡Muchas gracias, doña! —exclamó Agustín. Le costaba respirar, le temblaban las piernas, nunca había estado tan asustado. Si no fuera por esa mujer...

—No, no, no me agradezcas ni me cuentes nada. Ahora te vas. No quiero problemas y, por favor, dejá de rifarte la vida. Esto es en serio. ¿O no te diste cuenta todavía?

Agustín se repuso, le desataron las manos, le sacaron la vincha que tenía de collar, le limpiaron la sangre de la boca y de la nariz. Bebió agua y salió a la calle, levantó el cuello de su camisa y siguió. Caminó perdido un buen rato. Cuando estaba pasando por el frente de una iglesia, vio un auto oscuro doblar la esquina. No lo dudó. Ingresó.

Avanzó hasta el primer banco y se arrodilló. Miró hacia arriba como si buscara a Dios, el que está sobre los hombres. En el cielo.

Alguien le tocó el brazo.

—¿Te puedo ayudar? —le preguntó amablemente un cura parado a su lado.

Agustín saltó como si hubiera visto una víbora venenosa. Ya parado, lo miró.

—¡No! —dijo y salió corriendo del lugar.

Otra vez huyendo por la calle. Otra vez esquivando los fantasmas que lo estaban alcanzando. ¿Es que así era la vida? ¿A todos les pasaba lo mismo o solo a él?...

18

Llegó a la pensión, no había nadie. Hurgó en su bolsillo y por suerte tenía la llave. Le temblaba la mano, no podía abrir la puerta. Entró y fue al baño. Su rostro estaba atribulado, pálido y lastimado. Fue a la cocina a poner la pava, le costaba manejar las manos, las piernas. Temblaba como una hoja. No sabía nada de Soledad, de los muchachos. A los pocos minutos apareció Clara. Corrió a contarle todo lo sucedido. Clara le prohibió que saliera, ella misma averiguaría sobre los chicos. Volvió a irse. Regresó casi al atardecer, sin novedades.

Al otro día, Agustín no aguantó más y a plena luz del día se fue a la casa de Soledad. Nadie respondió. Cuando regresaba, se encontró con Raúl, estaba yendo a la pensión a buscarlo.

—¡Gracias a Dios que estás bien! —dijo Raúl.

—¡No sé nada de Felipe ni de Soledad! ¡Estoy desesperado! —respondió Agustín.

Silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Se los llevaron. —dijo Raúl.

—¿Cómo que se los llevaron? ¿Quién se los llevó?.

—Sí, a Soledad, Felipe y Paula. Esta mañana recorrimos un montón de comisarías. Nada. Ya avisamos a sus padres, están viajando todos para acá, esto es una pesadilla. No puedo creer que esté pasando. Hay que hacer todo rápido para que estos hijos de puta los devuelvan y no pase lo peor — explicó Raúl.

Agustín sintió correr un frío por la espalda. Esto no estaba bien, nada bien...

—¿Se los llevaron de la manifestación?

—Sí —contestó Silvia.

—¡Qué hijos de puta! —gritó Agustín.

—¡Vamos! Charlemos en la pensión —agregó Raúl.

Ingresaron cabizbajos. Aturdidos. ¿Arrepentidos, tal vez? ¿Se tendrían que haber quedado quietos y ser de los que contarían la historia en el futuro, los que la vieron pasar y no hicieron nada?

Agustín sentía cómo los sucesos del país lo atravesaban. Oyó el ruido de un avión atravesar el cielo. El recuerdo lo llevó a esos días felices, allá, en El Pueblito, cuando los tres corrían como locos blandiendo los brazos. ¡Qué tire papelitos! ¡Qué tire papelitos!

El padre de Soledad tenía contactos políticos en Santiago, movió cielo y tierra para saber el paradero de su hija y sus amigos. Nada. Los tres estaban desaparecidos. ¿Desaparecidos? ¿Cómo puede una persona desaparecer? Claro que no estaban

desaparecidos, los habían secuestrado, los tenían escondidos en algún lugar. Un joven estudiante no se pierde así nomás.

Agustín presentía que iban a aparecer, con todo lo que estaban haciendo los familiares de los chicos. Hasta tuvo un poco de envidia, ver esos padres desesperados, corriendo de un lado para el otro buscando y buscando. Pero no fue suficiente.

Pudo ver cómo los papás de Soledad, aun siendo políticos importantes en el interior, eran bastardeados, vejados en cada una de las instituciones que visitaban pidiendo por su hija. Las respuestas eran recurrentes: “Ustedes deberían haber mantenido a su hija en su casa, donde debe estar una señorita”, “su hija se escapó al extranjero, seguro con algún novio.” y “algo habrá hecho”.

Agustín, asombrado, recibió el cariño de los padres de Soledad, de Paula y de Felipe unidos por la tragedia. Se ofreció mil veces a ayudar en la búsqueda. Apreció su suerte, él pudo escapar, atribuyó el milagro a su amigo Marcos, que lo custodiaba desde el cielo. Pero los adultos habían decidido que los jóvenes del grupo que eran del interior regresaran a sus hogares y que el resto se quedara guarecido, sin salir a la calle para nada.

El aire gélido rozaba el rostro de Agustín mientras barría la galería. Le gustaba el frío, más que el calor. El ruido de la puerta llamó su atención. Era Clara, ¡estaba llorando!

—Doña Clara, ¿qué pasó? No me asuste...

—No hay noticias de los chicos. ¡Pero, claro, qué clemencia podemos pedir si el mismísimo dictador mandó a reclusión perpetua a su propio hijo porque era mongólico! Murió solo y abandonado en la colonia Montes de Oca. Ese hombre no tiene sentimientos. ¿Qué podemos esperar de un monstruo como ese, que abandonó a su propio hijo, su propia sangre? Estoy preocupada, muy preocupada. Ya no se me ocurre qué hacer...

Agustín apoyó la escoba en la pared y fue a abrazarla. Una lágrima rodó por su mejilla. “Por favor, chicos, manténganse con vida”, pensó.

19

Los días pasaban y no había noticias del paradero de los tres jóvenes. Clara estaba muy preocupada y asustada. Había dado la orden de que se fueran todos de la pensión, que cada uno regresara a su ciudad, inclusive Agustín.

—Y usted, doña Clara, ¿se va a quedar acá nomás? —le preguntó Agustín, angustiado.

—Sí, a mí no me van a hacer nada. Están detrás de ustedes, por eso se tienen que ir

enseguida.

Agustín no quería regresar al pueblo. Le producía escalofríos de solo pensarlo. Pero tampoco tenía dinero para desafiar la sugerencia de Clara. Y en el fondo del corazón, sabía que era la decisión correcta.

Preparó su bolso y fue a ver televisión. Adiós a la universidad, adiós a los amigos. No quería irse.

Oyó el ruido de la puerta, era Clara. “Seguro me trae el pasaje”, pensó con tristeza.

— Están llegando los padres de Soledad — dijo.

Se levantó, la miró desde arriba.

— ¿Alguna noticia? — preguntó con ansiedad y miedo. Miedo de la respuesta.

— No, nada. No vienen por eso. Vienen por vos.

— ¿Por mí? — preguntó Agustín, sorprendido. Se volvió a sentar, apesadumbrado.

En ese momento se sintieron golpes. Clara corrió a atender. Qué diferentes estaban los dos. Sus miradas ya no tenían brillo. Lucían demacrados. Enflaquecidos.

Lo saludaron con un abrazo. La madre de Soledad no podía hablar más de tres palabras sin que las lágrimas la interrumpieran.

— Dice doña Clara que tienen que hablar conmigo.

— Sí, querido. Me temo que ya no vas a poder regresar a tu pueblo — dijo Lucrecia, la madre de Soledad—. Esta mañana detuvieron a dos chicos de Santiago en Retiro, nunca subieron al micro. Dicen que se los llevó la policía.

Agustín abrió los ojos. No esperaba semejante noticia. Enseguida buscó la mirada de Clara.

— Es así, hijo — contestó con palabras a la mirada de Agustín—. Ayer detuvieron a Raúl, aún no sabemos dónde está. Sus padres lo esperaban en Brasil. Nunca llegó. Nunca subió al avión. Pero estuvo en el aeropuerto. ¿Comprendés?

Agustín se acomodó. Lo que estaba escuchando parecía una película de terror. Pero no, era la realidad. Los estaban cazando de a uno.

— Tenemos unos conocidos que te van a sacar del país. En auto. Nosotros no podemos protegerte de ninguna manera, nuestros contactos de Santiago acá no sirven para nada. Ni siquiera podemos hacer nada por nuestra hija...

Agustín se quedó mudo. ¿Irse.? ¿Dónde.? ¿Solo.?

— No puedo irme — rezó.

— Es la única salida, esta misma noche te pasan a buscar. Por favor, si querés me dejás la dirección de tu casa y les escribimos a tus padres. Si no te vas, no sabemos qué puede pasar. Soledad te apreciaba mucho. Tenés que irte. Uno más en la lista no lo vamos a poder soportar. Alguien tiene que contar esta historia. Vamos, podés salvarte.

Agustín miró a Clara. Era seguro que ella había pagado para que lo sacaran del país. Bajó la mirada. Por supuesto que era ella. Lo quería como si fuera su propio hijo.

Le estaba salvando la vida.

—¡Vamos, hijo, tenés que irte! —dijo impaciente Clara.

Agustín asintió con la cabeza.

Se despidió de los padres de Soledad. Buscó sus cosas y se quedó sentado en el piso de la galería de la pensión. Llevaba la armónica, la taba y los dos libros que le había regalado Soledad. Una muda de ropa y toda su documentación. A eso se reducía su equipaje.

Pensó en Marcos, en Diego, en sus nuevos amigos. En cómo se iban esfumando de su vida. Se pensó maldito. A todos sus amigos les pasaba algo. ¿Y ahora adónde iría? Lo alivió la noticia de no tener que volver a El Pueblito.

Era como si cada viaje que emprendía lo salvaba de algo. ¿Tendría que huir hasta morir...? O tal vez era Marcos, que, cuando todo estaba negro, soplabla y le abría un nuevo camino. Porque quería que continuara entre los vivos.

Llegó la hora. Clara lo abrazó. Le dio un paquete con comida y un sobre con dinero y algunos nombres, documentos, direcciones, teléfonos.

—Cuidate, hijo. Sos demasiado bueno para este mundo —le dijo sin poder contener el llanto y poniendo una medalla en su mano—. Tomá, es la virgencita de los milagros, te va a proteger.

Agustín la atesoró. Sin palabras y con un nudo en la garganta la abrazó.

Se fue, acurrucado en el asiento de atrás de un Peugeot 504. No sabía a dónde iba, no sabía quiénes eran los que lo estaban llevando. No preguntó, no importaba, ahora no importaba nada. No volvería a ver a sus amigos. “Qué más da. Estoy donde estoy y no sé si quiero estar”, pensó y comenzó a llorar en silencio.

Un día, una noche, otro día, otra noche, sándwiches y baños de estaciones de servicio. Llegaron a una ciudad. La cruzaron. Ingresaron a un aeropuerto. Le dieron un sobre con documentos y dinero, y lo subieron a un jet con otras siete personas.

Agustín no había visto un avión ni de lejos. Tuvo el instinto de decir que no, que ni loco subía a ese artefacto desconocido que se desplazaba por el aire como un pájaro. Pero no podía. No tenía elección, debía subir a ese avión. Aun sin conocerlo, muchas personas habían intervenido para que él pudiera escapar del horror. Obedeció cada orden que recibió. Sentado y con el cinturón puesto, sintió que le faltaba el aire. Se tranquilizó como pudo. Miró por el óvalo que lo comunicaba con el mundo exterior. Pegó la cabeza al vidrio. El avión comenzó a moverse, se asustó, se enderezó, tuvo el instinto de salir corriendo. Su corazón latía tan intensamente que en cualquier momento saldría eyectado de su cuerpo. Todo comenzó a sacudirse. Cerró los ojos y se tomó las manos con tanta fuerza que no se dio cuenta de que se estaba lastimando. ¡El avión levantó la nariz! Estaba en el aire. Todo le daba vueltas en la cabeza. Tuvo que abrir los ojos. Estaba mareado. Trató de respirar profundo.

La calma. De golpe todo quedó inmovilizado, quieto, suspendido. Miró por la ventanilla... Con los ojos y la boca abiertos, y sin poder creerlo, veía el mundo desde arriba. ¡Qué lindo era! Como las postales. La emoción lo invadió. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Desde el cielo, metido en un avión, sin saber lo que le esperaba, Agustín lloraba su vida. ¿Era el fin? ¿O era el principio? Se sintió cerca de Marcos. "Si me viera", pensó.

20

El instinto por sobrevivir sale a luz cuando no hay otra opción. Cuando uno ya no sabe qué hacer, entonces, hace algo. De esa forma Agustín llegó a Madrid. Solo, aturdido y con miedo, se comunicó a los números de teléfono que le había facilitado Clara. Enseguida fueron en su ayuda. Lo ubicaron en una pensión y le dieron instrucciones para su nueva vida allí. ¿Cuántas vidas nuevas llevaba? No importaba. No quería mirar para atrás, no quería pensar. Había descubierto que si se mantenía ocupado, los días pasaban más rápido y los fantasmas no tenían tiempo para visitarlo.

No fue fácil, pero lo logró. Con esfuerzo, amigos de amigos, paciencia y buena voluntad del cónsul, volvió a caminar por los pasillos de la universidad de Medicina. Ocupó cada segundo del día y de la noche para convertirse en médico.

Seguía las noticias de su país por televisión. No tenía manera de saber qué había pasado con sus amigos, si habían aparecido o no.

Llegó el mundial de fútbol. Gran logro para la nación. Mientras los jugadores hacían goles, las picanas eléctricas violentaban las carnes jóvenes de pobres infelices soñadores, creyentes, inocentes. El mundo miraba. Siempre todos miraban, de lejos. Esta vez él también. “¿Qué habrá pasado con Soledad, Paula, Vicente y Raúl...? ¿Y el resto? ¿Y doña Clara?”, pensaba.

Algunas noches tocaba la armónica, no podía terminar, la congoja le entorpecía la respiración. Otra vez solo. Otra vez sus amigos desaparecían de su vida. La culpa. Maldita la culpa. Se apoderaba de él y para siempre. La llevaba en la sangre. Un día se sentía culpable por la muerte de Marcos. Otro día pensaba que no había hecho lo suficiente para que Diego no cayera en manos del cura. La desaparición de Soledad, si se hubiera involucrado más. Felipe, Paula, Raúl. Nunca más volvería a tener amigos. Sintió vergüenza de ser argentino. No miró los partidos del mundial.

Su cotidianidad se redujo a dos actividades, trabajar y estudiar. Nada más. Sus emociones estaban en pausa.

Primero fue mozo en un bar. Lo echaron, no lograba mantener la bandeja derecha. En esa ocasión, la voluntad no alcanzó. Un compañero de la universidad le dijo que su padre estaba buscando un vendedor para uno de sus negocios. Unas ferreterías y unos corralones muy conocidos. Era perfecto. Trabajaba durante el día, cursaba y luego estudiaba de noche. Los fines de semana se encerraba y estudiaba, estudiaba.... Los días, los meses, los años pasaban, y Agustín se entregaba en cuerpo y alma a la medicina. Estudiar y no pensar.

21

Algunos años después...

La lluvia intermitente repicaba en los vidrios de los ventanales del hospital. Con las manos en los bolsillos de la chaquetilla y el estetoscopio colgando del cuello, repasaba una y otra vez el momento en que su país había recuperado la democracia. Las palabras del nuevo mandatario eran como una brisa fresca, un vaso de agua en el desierto, un respiro en la carrera. Tan acertado. Le hubiera gustado estar allá, festejando con sus amigos, vivos.

Pero el daño colateral que habían dejado los infames gobernantes era grande, era mucho, y dolía en el corazón de los padres que quedaron sin hijos, de los hijos que quedaron sin padres. De las madres que seguían dando vueltas en la plaza. De las personas como él, que podían estar

escondidas en cualquier parte del mundo, esperando esto para poder volver. ¿Volvería?

Se imaginó a Clara en la multitud. Pensó en sus padres. Tal vez debería escribirles...

Estaba terminando con honores la residencia en el hospital. Al sanar al otro, sanaba él. Definitivamente su vocación era curar.

Los años pasaron rápido. Repetidos. No volvió a tener amigos, solo compañeros. Salía muy poco. Se dedicaba por completo a estudiar. Aprendió idiomas. Apenas logró una estabilidad en su economía, se mudó a un departamento pequeño, solo. Cerraba la puerta y ese era su descanso. Allí convivía con sus fantasmas, sus borracheras, sus llantos, sus inseguridades, sus ganas de saltar al vacío, sus proyectos, su futuro.

Tenía que tomar una decisión importante. ¿Qué haría cuando terminara la residencia? ¿Volver a su país, a su pueblo? ¿A qué? ¿A recoger las cenizas de su pasado, de sus amigos? No. No quería. ¿Quedarse? Tal vez.

En el hospital donde hacía la residencia, le habían hecho una propuesta muy interesante. Era lo que deseaba, hasta que conoció la Cruz Roja Internacional, Médicos del Mundo y Médicos sin Fronteras. Comenzó a investigar y entendió que esas instituciones eran su futuro, un lugar donde pudiera ayudar, curar y no generar lazos afectivos con nadie.

Declinó la propuesta del hospital y eligió trabajar para la Cruz Roja Internacional. Mientras preparaba todo el papeleo para embarcarse en su nuevo proyecto, su historia pasaba como diapositivas por su mente: sus padres, su hermanita, sus amigos, su vida entera. ¿Diego, dónde estás, amigo querido? ¿Lograría ser feliz? ¿Qué era la felicidad? ¿Puede un hombre ser feliz sin amor? Allá iba. Allá fue.

Tercera parte

El problema del
hombre no está en la
bomba atómica sino
en su corazón.

ALBERT EINSTEIN

1

¿Cuándo uno deja de ser joven y se convierte en adulto? ¿Ocurre eso? ¿Deja uno de serlo alguna vez? Agustín terminaba de afeitarse y miraba la imagen que le devolvía el espejo. No era la de un adolescente, pero el sentir era igual siempre. ¿Y lo que se daña cuando uno es un chico, qué pasa en la adultez? ¿Será que queda atado eternamente? El adulto tendría que poder resolver los problemas del pasado. Por eso es un adulto. Se miró de nuevo. La huella del padre Flaviano estaba intacta, como si hubiera ocurrido ayer. El odio por su madre, por su padre, la pena por la vida de su hermanita. La culpa por la muerte de Marcos. La angustia por no saber nada de Diego. Y otra vez la culpa por no ser un desaparecido como sus amigos y estar a salvo y haberse convertido en un profesional y seguir vivo.

Llegó a Río de Janeiro convocado por su jefe inmediato, Ricardo Lagos. Tenía que dictar varias conferencias para un grupo que se trasladaría a África. Su manejo del portugués había ayudado en su designación.

El pertenecer a la Cruz Roja Internacional, trabajar en lugares donde la guerra tomaba la palabra, donde la miseria humana mandaba, era una experiencia fuerte y reveladora para Agustín. El conocimiento fue lo que cambió sus prioridades. Su mirada era sensible a la pobreza, al dolor, al sufrimiento. Indiferente al amor.

Lo primero que llamó su atención cuando llegó a Río fue la disparidad del paisaje. Las grandes mansiones, los yates y, elevando la mirada, la pobreza extrema. Un basurero humano, así lo describían. Un lugar sin reglas, sin leyes, pero con nombre propio: Rocinha, Vila Cruzeiro, Maré, Ciudad de Dios, Alemáo y muchas más. Y seguían creciendo... Así descubrió las favelas.

Ricardo Lagos le dio la bienvenida. Luego del almuerzo, le mostró el espacio donde trabajaría con el grupo. Le designó dos asistentes, Cristiano y Yarah, también eran médicos. Ambos brasileros.

—¡Ahí está Cristiano! —dijo Ricardo.

La sonrisa blanca acentuaba el color negro de su piel. Agustín no podía dejar de observarlo.

—Me quedé dormido al sol —comentó Cristiano para romper el hielo.

Las mejillas de Agustín se ruborizaron como cuando era niño. Rieron.

Luego de las formalidades, Cristiano lo ayudó a instalar todo para las capacitaciones. Excusó a Yarah, que por cuestiones personales no había podido llegar. Agustín le restó importancia, conocía su tarea y no necesitaba a nadie.

—¿Qué te parece si te invito a cenar para darte la bienvenida? —propuso Cristiano.

—Me parece que voy a aceptar —contestó Agustín—, subo a cambiarme y vamos.

Sentados enfrentados, Cristiano lo llenó de preguntas sobre su vida. Agustín mintió la mitad de las respuestas. Se las sabía de memoria. Hacía mucho había inventado una historia para él. Una familia cualquiera del interior. Una carrera.

Cristiano le contó que era hijo único —su madre enviudó apenas él nació —, que soñaba con tener una docena de niños, él se había sentido muy solo siempre.

—Hora de ir a descansar —dijo Agustín luego de apagar el cigarrillo en el cenicero.

En el cuarto del hotel, la televisión contaba la actualidad, Agustín fumaba y miraba a su alrededor. La pobreza y la riqueza. La riqueza y la pobreza. Él se había criado con pocos recursos, leía con una vela, su madre no le permitía gastar más electricidad que la necesaria. ¿Por qué existía tanta desigualdad en el mundo? Las favelas habían atrapado su completa atención. La guerra estaba directamente ligada a la pobreza. Eso lo había aprendido en carne propia, en sus últimas experiencias. La guerra devastaba. ¿Era necesaria? ¿Dónde comienza una guerra? En uno. Cuando Agustín comprendió esto, su perspectiva cambió para siempre. La guerra había ingresado a su vida con el padre Flaviano. Luego se especializó con la dictadura militar. Era su elección seguir y enlistarse o salir y luchar por la paz. Eligió lo segundo. No fue fácil. No era fácil. Cada día la guerra y la paz se debatían el trono en su corazón, en su mente, en su cuerpo.

2

La favela. Depósito humano donde las personas pierden la dignidad, la esperanza, la fe. Ese lugar adonde se llega y del que difícilmente se sale. Ese lugar que avergüenza.

Agustín se sentía tranquilo. Cristiano era un buen médico y parecía un buen compañero. El primer día fue un éxito. Cuando la conferencia terminó, luego de las preguntas, los aplausos y los saludos, se quedaron conversando.

— ¡Sos un genio!, la conferencia estuvo fantástica — dijo Cristiano.

— Es la práctica y, claro, que los aparatos no dejen de funcionar — contestó Agustín —. Creo que alguna bebida local me vendría muy bien.

— Estás con la persona indicada, conozco el lugar. ¡Vamos!

Agustín observaba a Cristiano, era una persona agradable. Durante todos los años pasados nunca había llegado a tener amigos, siempre estaba ocupado, estudiando, trabajando. Y luego, cuando comenzó con la Cruz Roja Internacional, los viajes, los idiomas, las guerras... Esta capacitación lo estaba deteniendo.

— Así que tenés una hermana.

— Sí, Rosana.

— ¿Y cuándo la conozco...?

— Hace mucho que no la veo.

— Ah, ahora es cuando dejo de preguntar, ¿no? — dijo Cristiano frunciendo la nariz.

— Hace mucho que no viajo, es eso, nada más.

— ¡Bueno! Entonces no pierdo la esperanza de convertirme en tu cuñado.

— Ni se te ocurra pensar en mi hermana — respondió Agustín con una sonrisa.

— Te quedaste intrigado con las favelas, ¿no?

— Sí, en mi país se llaman villas miserias, pero son lo mismo. Me cuesta entender por qué crecen tanto. Por qué nadie hace algo para ayudar a esa gente, en vez de negarlos, esconderlos, culparlos.

— Entiendo muy bien lo que decís, pero no se puede hacer nada.

— Ese es el problema, Cristiano, que todos se quedan en silencio. Siempre.

3

Tanto insistió Agustín que Cristiano, apenas terminaron la conferencia, le habló a un amigo que vivía en la Maré.

—¿Estás seguro que querés ir? —preguntó Cristiano.

—Estoy desesperado por ir —dijo Agustín.

—¡Vamos, entonces!, allá está mi auto.

Agustín, acodado en la ventanilla, con un cigarrillo en la mano, disfrutaba del recorrido. A medida que se acercaban, la fisonomía de las calles, de las casas, se iba transformando, deteriorando.

—Vamos a esperar acá que venga mi amigo —comentó Cristiano luego de estacionar el auto—. ¡Ahí está! Pepo es un “radinho”, lo conocí cuando vinimos a atender una vez que hubo un derrumbe. Fue algo terrible. Ellos trabajan con radios portátiles en lugares estratégicos para avisar cuando ven movimientos sospechosos por la llegada de la policía, digamos que tienen como un control.

Agustín, estupefacto, sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Nada de lo que estaba viendo se lo había imaginado antes.

—Es mi amigo, es médico —dijo Cristiano.

Pepo no tenía más de veinte años. Un arma asomaba de su cintura. De gesto duro y poca sonrisa. Agustín se quedó con la mano extendida, pretendiendo un saludo.

—¡Vamos! —propuso Cristiano.

Avanzaban uno detrás del otro. Cada tanto Pepo contestaba la radio. Agustín no perdía detalle. El camino era casi un pasillo, motos, carros, los autos ahí no entraban. Casitas precarias, pegadas, encimadas. Sin servicios, sin nada. Las reglas las impartía el líder del momento, siempre eran jóvenes y terminaban su mandato rápidamente, con una bala en el cuerpo. La droga era el pan de cada día.

—¿Acá no hay dispensarios ni policía...? —preguntó Agustín.

—No, lo único que ingresa es la Unidad de Policía Pacificadora —respondió Cristiano.

Llegaron a un kiosco, se sentaron en unas sillas alrededor de una mesa de plástico.

—En media hora los vengo a buscar —dijo Pepo y desapareció.

—No te imaginabas esto, ¿verdad?

—Sinceramente no... El pueblo de donde vengo es muy pobre, pero es una pobreza diferente, no sé, tal vez porque es una comunidad pequeña... ¿Qué significa “favela”?

—La palabra “favela” significa algo así como barrio de barrancas o mejor, asentamiento informal. Comienzan más o menos a fines del siglo XIX, los soldados que

regresaban de la provincia de Bahía, luego de sofocar la revuelta de Canudos, acampan y reclaman al gobierno sus salarios atrasados. Algunos cuentan que esos soldados se mostraron tan resistentes como las plantas de favela, áspera y agreste, de hojas urticantes. Y una vez que echaron raíces, nunca más pudieron sacarlos.

— Ese es el asunto, no hay que sacarlos...

— Así es, ¿cerveza?

— Por supuesto. ¿Cómo puede ser que no tengan ni un dispensario?

— La salud es cara...

— Me cuesta mucho creer que todo esto esté al margen del Estado. Que el gobierno no tenga injerencia en nada.

— Así fue desde siempre. Son submundos. Nuestros submundos.

— Qué increíble. Tenemos que hacer algo, Cristiano, antes de que me vaya...

— Sería grandioso. Te lo agradezco. Pero ya lo intentamos varias veces con Yarah. A pesar de lo que se ve, hay mucha gente dispuesta a ayudar.

— Y entonces, ¿cuál es el problema?

— La población. Creció mucho. Es incontrolable. Impenetrable.

— Ese es el problema de todos, bajan los brazos...

— No es tan así. Nosotros venimos algunas veces, cuando Pepo nos llama. La mayoría son heridas de balas...

Siguieron conversando, conjeturando, hasta que apareció Pepo y emprendieron el regreso. Agustín observaba los rostros de las personas, los niños haciendo nada, sentados en el umbral de las supuestas puertas de sus humildes moradas.

Cuando al fin Cristiano lo dejó en el hotel, cavilando, se sentó en el vestíbulo. Entre muecas y suspiros, las escenas vividas en el día desfilaban por su mente. Se preguntaba cómo el gobierno había dejado crecer tanto la necesidad de la gente. Comparó las favelas con las villas de su país. Bueno, eso pasaba en las grandes capitales. Pero estas eran peores...

Suspiró. Se levantó. Subió a su cuarto sin cenar. Encendió un cigarrillo. Buscó un libro. Tenía que evadir los fantasmas del pasado y del presente. Leyó Guerra y paz, de León Tolstoi, hasta que se quedó dormido.

4

Apostado en una pared, fumaba un cigarrillo. Como médico sabía el daño que le hacía, pero como humano saciaba la cuota de castigo a su cuerpo. Había terminado con su trabajo y estaba esperando a Cristiano, que había ido a buscar a Yarah. Al fin iba a conocerla.

El auto se detuvo. Bajó Cristiano y del otro lado, Yarah.

—Hola, Agustín, soy Yarah, pido perdón por mi tardanza, tenía un compromiso que no pude eludir —dijo y se puso en puntas de pie para darle un beso en cada mejilla.

—Hola, Yarah. Mucho gusto. No te preocupes. Estamos bien con Cristiano.

Su presencia lo incomodó. Era linda, diferente. Los ojos pardos hacían parecer más oscura su piel. Intensa. Tenía una madeja de lana negra en la cabeza y gesto dulce.

—¿Vamos? —preguntó Cristiano—, hoy nos toca la parte práctica, llegaste justo para ayudar...

Yarah se desenvolvía con soltura. Los asistió en todo. Cuando terminaron, exhaustos, se regalaron una sonrisa. Agustín sintió como si los conociera de toda la vida. Otra emoción que lo incomodó. Claro, mientras estuvo en España, estudiando, trabajando, nunca se permitió tiempo para disfrutar y hacer amigos. ¿Amigos? No, no quería tener amigos, morían, se iban... Sacudió la cabeza para dispersar sus pensamientos.

—No sé ustedes, pero yo muero de hambre —dijo Yarah.

—Yo igual, vamos, Agustín, ¿te gusta el pescado? —agregó Cristiano.

El ocaso enmarcaba la noche que acechaba. Sentados en la terraza de un lujoso restaurante, disfrutaban la majestuosa vista. Conversaron sobre trabajo, luego elogiaron la trucha con vegetales y pidieron la carta de postres.

—Me gustaría regresar a la favela, a otra, ¿me acompañan? —preguntó Agustín.

—Cris ya me puso al tanto. Cuenten conmigo, ¿eh? —contestó Yarah con una sonrisa—. Cris, ¿te parece si vamos a Vila Cruzeiro?, tengo una amiga que... bueno, no importa. Vamos mañana temprano, así llegamos bien para la conferencia de la tarde.

Luego del postre pidieron café.

—¿Por qué estudiaste Medicina en España si sos argentino? —quiso saber Yarah.

Agustín suspiró. Nunca había contado cómo lo sacaron de su país para salvarle la vida, siendo apenas un jovencito.

—Esas cosas de la vida —dijo incómodo.

—Bueno, perdón, soy muy curiosa —adelantó Yarah—, ¿otro día, tal vez...?

—Creo que es la hora de irnos —completó Cristiano.

Subieron al auto. Los tres prendieron un cigarrillo. Abrieron las ventanillas. Cada uno hundido en sus reflexiones.

Esa noche, Agustín, ya en la cama, con el libro sobre el regazo, pensaba en Yarah, en Cristiano. No podía controlar la forma en que se metían en su cabeza, en su corazón. No quería. La soledad había sido su mejor compañía durante los últimos años... Se tranquilizó diciéndose que, apenas terminara su trabajo, se iría. Tomó el libro, pero cuando quiso retomar la lectura, Yarah llenó sus pensamientos...

5

Yarah estacionó su Citroen 3CV color amarillo a pocos pasos del hotel.

—Su auto y ella son inseparables —le dijo Cristiano a Agustín.

—¡Eh!, ¡vamos! —gritó Yarah, sacudiendo su brazo por la ventanilla. Cristiano se adelantó y se sentó en la parte de atrás.

—Sentate adelante así vas viendo en primera plana todo.

Agustín observaba a Yarah, manejaba con destreza. Él nunca había aprendido, esas cosas, nunca pensó en tener un auto...

—¿Cómo se llama la favela? —preguntó Agustín mientras encendía un cigarrillo y se lo pasaba a Yarah.

—¡Gracias! Vamos a Vila Cruzeiro, pensar que esa favela es un desecho colonial, nació hace muchos años, como todas. Era un barrio cuyos primeros habitantes fueron negros esclavos que escaparon de la inquisición. Es más, esos terrenos aún son de los curas... Cris, ¿le contaste cómo nacieron las favelas?

—Claro, todo desde la revuelta de Canudos, con detalles...

—Interesante —agregó Agustín—. Pobre gente.

Dejaron el auto estacionado en una callecita y siguieron caminando. Yarah era la guía.

—Esta es una de las más peligrosas —dijo Cristiano—. ¿Laura no viene a buscarnos?

—No, nos espera en su casa. Tranquilo, vengo siempre, acá me conocen —contestó Yarah y continuó avanzando.

Anduvieron un trecho y un grupo de jóvenes armados les cerró el paso. Yarah se acercó al que tenía la radio en la mano y le informó que venían a ver a Laura.

Se abrieron y los dejaron pasar. Caminaron, subieron escaleras. Cruzaron pasillos angostos y húmedos, motos culebreando entre las personas.

—¡Acá es! —dijo Yarah y luego golpeó una puerta de chapa color azul.

Se abrió apenas.

—Yarah —dijo una voz femenina—. Un momento, ya vengo.

La puerta se volvió a cerrar. A los cinco minutos salió una joven. Agustín admiró la mota prolijamente trenzada pegada a su cabeza. Despejaba un rostro fresco, personal.

—Laura, te presento a Agustín, es el argentino de la Cruz Roja, ¿te acordás que te conté?

Laura frunció el ceño y lo recorrió con la mirada.

—Hola —le dijo—. Hola, Cris.

—Hola, Laura —contestó Agustín con una sonrisa.

Caminaron los tres detrás de Laura hasta un lugar que oficiaba de bar.

Yarah contó que Laura era enfermera, pero que nunca se había querido mudar porque su familia estaba ahí. Su madre era viuda, y tenía cinco hermanitos. Uno de ellos, Lucas, había muerto hacía unos meses por una bala perdida de la policía pacificadora mientras corría a unos narcotraficantes.

—La vida acá es así —dijo Laura.

—Pero algo se podrá hacer, ¿no? —preguntó Agustín, compungido por la historia de Laura.

—Sí, sí, todos vienen, quieren hacer algo, luego no se puede, y se van... —respondió Laura.

—Bueno, nosotros con Cris cada vez que nos llamaste acá estuvimos. No es tan así.

—Propongo que instalemos un dispensario —dijo Agustín.

Lúe Yarah quien rompió el silencio.

—Opino que tiene razón, que al menos lo intentemos.

Laura permanecía en silencio. Fueron muchas las veces que se ilusionaron con propuestas que nunca dejaron de serlo.

—Yo opino que sí. ¡Qué carajo! Pertenece a la Cruz Roja, intentémoslo —cerró Cristiano.

Pidieron cerveza, compraron cigarrillos y conversaron. Era la primera vez que Agustín se integraba a un grupo. Era la primera vez que hablaba de su vida, de su pueblo, de su infancia. Ese lugar empobrecido y peligroso lo había conmovido. O tal vez la cerveza. O tal vez Yarah, su extrañeza. Era diferente a todas las mujeres que había conocido, que no eran muchas.

—Me parece que ya se tendrían que ir —dijo Laura haciendo una seña a un pequeño apostado en una heladera llena de bebidas—. Avísale al Pájaro que se van —gritó.

La noche. Su peor enemiga. Cuando el cuerpo dormía, la mente despertaba. Los fantasmas llegaban risueños. No dejó que el libro lo salvara. Dobló los brazos detrás de la cabeza y, mirando el techo, les dio rienda suelta a sus pensamientos. Pobre Laura, las historias que contó aún lo impresionaban. En ese lugar había certificados de defunción antes de los quince años. Lo comparó con las guerras en las que había trabajado, las favelas también estaban en guerra, entre ellos, unos y otros. Ojalá la Cruz Roja Internacional les permita poner un dispensario. Uno era nada, pero era un comienzo. Preguntaría. ¿Y Yarah?, se seguía sintiendo incómodo ante su presencia. Una incomodidad desconocida, inquietante. Cómo será que de solo evocarla se ponía nervioso, se sentó en la cama. Era muy linda. Era atrevida, pizpireta. Sonrió. ¿Acaso le gustaba? No, no... sacudió la cabeza. Cerró los ojos y la imaginó. Su cuerpo era perfecto, fibroso. Su negrura lo hipnotizaba. Sus labios sobresalían. Sintió un cosquilleo en la entrepierna. Pasó su mano por su intimidad. Inspiró, quería frenar los pensamientos. La

imaginó desnuda. Estaba excitado. Eso era bueno, muy bueno. Inspiró de nuevo haciendo esfuerzos para mantener a Yarah en su mente, pero no, pasó lo de siempre, llegó él, el padre Flaviano. Se levantó y fue hasta el baño con lágrimas en los ojos. Apoyó las manos sobre el lavatorio, levantó la vista y vio la imagen que le devolvió el espejo. Le pegó con el puño cerrado. El espejo se rajó. Siete años de mala suerte. ¿Mala suerte? Su vida entera estaba coronada por la mala suerte. Siete años más...

6

Agustín no consiguió que Lagos avalara la decisión de instalar un dispensario en la favela. Pero eso no los detuvo. Acordaron con Cristiano y Yarah seguir adelante por su cuenta. No era tan fácil. Laura tenía que lograr un permiso del puntero de turno. Yarah, por intermedio de su padre, conseguiría muebles y medicamentos, y Agustín capacitaría personas elegidas por Laura para que cuando ellos se tuvieran que marchar el centro siguiera funcionando.

Y así, en poco tiempo y sin decir una sola palabra a Lagos, lograron instalar un centro de atención primaria en la favela. Un cubo de chapa que encontró Laura, decorado con pequeñas repisas en la pared. Cajas con medicamentos básicos, una camilla y una silla, que llevó Yarah. Cristiano estaba gestionando una heladera pequeña a través de unos contactos.

Laura estaba emocionada, en un cerrar y abrir de ojos estaban listos para empezar a atender.

—¿Vieron que es simple cuando se quiere? —dijo Agustín orgulloso.

—Te tengo que dar la razón, gringo —contestó Laura, sonriendo.

—Bueno, ahora a empezar. Tenemos que organizamos para atender, capacitar y cuidar lo nuestro para que Lagos no sospeche —propuso Cristiano.

—Sí y, Laura, tenés que buscar las personas que vamos a capacitar. Mañana por la mañana podemos venir los cuatro un rato y comenzamos.

Yarah pasó a buscar a Cristiano por su casa, era temprano.

—Agustín ya debe estar esperando, le dije a las seis —comentó Yarah y aceleró el Citroen.

—Al fin alguien de la raza humana logró movilizar ese corazoncito — dijo Cristiano.

—No digas pavadas, ¿querés?

—Y cómo te mira, ¿eh?

—¿Qué me va a mirar? Si parece que me despreciara, con ustedes es una persona maravillosa, conmigo es un hosco.

—Y es por eso, porque le importás... Es una persona muy especial. Te diste cuenta, ¿no?

—Claro que sí.

Llegaron al hotel y Agustín ya estaba afuera esperándolos.

Instalados, listos. Los radinhos avisaron a través de sus radios y el lugar se llenó de personas, que los dientes, que la tos, que la gripe, que la infección, que la garganta. No pararon de atender y de entregar medicamentos. Cruzaban miradas, consultas, sonrisas.

—Tenemos que capacitar a otra persona, Laura, para que se quede acá todo el día, y tenemos que conseguir más medicamentos, anticonceptivos, antibióticos y calmantes — propuso Agustín.

—Yo me encargo de los medicamentos —dijo Yarah.

—Bien —contestó Agustín sin mirarla—. Laura, ¿creés que tu mamá podrá llevar adelante el centro, solo con tu ayuda algunas horas al día?

—¡Sí! Está tan entusiasmada que ya convocó gente para el curso de mañana de primeros auxilios y reanimación.

Tenían que irse y la gente seguía llegando. Laura y su madre tomaron la posta, dieron turnos para los médicos para el día siguiente y al resto, que requería enfermería o atención ambulatoria, lo verían ellas por la tarde.

Acalorados, cansados, regresaron al auto.

—Vamos a comer algo, ¿luego los dejo a los dos en el hotel? —preguntó Yarah.

—Sí, traje ropa —contestó Cristiano.

—Gracias —dijo Agustín.

El almuerzo transcurrió silencioso.

—Lo logramos, ¿eh? Les juro que por un momento pensé que no podríamos — comentó Yarah.

—Ustedes son grandiosos —dijo Agustín.

Cristiano sonrió.

—Vamos, terminen, nos queda una hora y quiero pasar a cambiarme un poco — pidió Yarah.

—¿Para qué? ¿No se ve hermosa? —preguntó Cristiano.

Agustín no pudo evitar sonrojarse.

—Es hermosa —bisbiseó.

La conferencia se extendió más de lo normal, era una de las últimas. Lagos los invitó a cenar en el hotel. Estaba feliz con los resultados de las conferencias y las capacitaciones. Conversaron sobre el éxito del trabajo. Ese era el único motivo por el cual no les llamaba la atención con lo que estaban haciendo en la favela utilizando el nombre de la Cruz Roja Internacional. Terminaba el curso y se iban. Y la verdad es que estaba orgulloso de su equipo, de los tres. Tenía ojo para elegirlos.

Recostado, Agustín no tenía ganas de leer. Tenía ganas de pensar en Yarah. De imaginarse con ella. De detener su vida y comenzar de cero, sin memoria, sin culpas, sin fantasmas. Eso, ojalá pudiera perder la memoria y mañana despertar y no recordar nada, solo Yarah y Cristiano. Y entonces sí, volver a empezar...

7

Miraba el techo. Ya estaba vestido para bajar a desayunar y esperar a Cristiano. Tenía que cambiar de actitud con Yarah. Pero no era algo que pudiera controlar. Cuando la veía, todos sus sentidos se anulaban. “Un pelotudo, eso soy”, pensaba.

Cristiano lo pasaría a buscar para ir a la favela, las chicas irían a la tarde, de esa manera ocupaban más tiempo instruyendo personas para que luego continuaran con la salita, como le decían.

Mientras iban en el auto, Cristiano lo increpó.

—¿Qué te pasa con Yarah? ¿Por qué la tratás así?

—Nada, qué me puede pasar —contestó Agustín.

—Yarah es genial y te adora, ¿acaso no te gusta?

—¡Bueno! Tranquilo. Voy a ser más amable, te lo prometo. Ahora concentrémonos en lo nuestro —finalizó la charla, no sabía qué contestar.

Claro que quería ser amable con ella, la quería, pero no le salía. Y ya era grande para ser tan pavo. Las palabras “es genial y te adora” quedaron grabadas en su cabeza. Recordarlas le endulzaba el corazón. Pero tenía que corregir su forma de comunicarse con ella.

—Espero que así sea —dijo Cristiano y lo miró fijo.

Dejaron el auto y, con los bultos en la mano, emprendieron el ingreso. Algo andaba mal. El radinho no estaba en el lugar de siempre y había policías por todos lados. Caminaron un trecho más y cuando trataron de subir por la escalera, dos chicos de unos quince años aproximadamente, con armas largas, les cerraron el paso.

—Somos de la Cruz Roja Internacional, tenemos una sala que atender arriba. Estamos autorizados —dijo Cristiano y sacó un precario carnet de cartón que le había dado Laura.

—¡Pasen! ¡Rápido! —les contestó uno de los chicos y se puso de costado para que entraran. Agustín estaba asombrado por el tamaño y la sofisticación de las armas que tenían los niños, porque eran niños...

—¿Pasó algo? —preguntó.

—La policía está buscando al Pollo. ¡Pasen, pasen!

Caminaron hasta la salita. La madre de Laura ya estaba coordinando la fila de gente que los estaba esperando. Ella les contó que el Pollo era un traficante de drogas, era peligroso y cada dos por tres, cuando alguien pasaba algún dato a cambio de dinero, venían a buscarlo para detenerlo. Por lo general, era información falsa, pero siempre había daños colaterales, muertes y destrucción.

Se acomodaron y comenzaron a atender. Un niño llegó corriendo.

— ¡Vení, médico, vení! — gritaba mientras tironeaba el brazo de Agustín.

— ¿Qué pasa? — preguntó sin dejar de seguirlo—. ¡Cristiano, vamos!

— ¡Monja muerta! — repetía el niño. Agustín corría detrás de él y Cristiano, detrás de Agustín.

Llegaron a una escalera pequeña que ascendía, donde yacía una joven vestida de monja, desvanecida o muerta. Una mancha de sangre corría debajo de su cuerpo. Agustín con delicadeza pero de prisa le tomó el pulso. Estaba viva. Sin dudar, la alzó y la llevó hasta la salita. La depositó en la camilla, se acomodó y junto con Cristiano la revisaron, debían trasladarla con urgencia.

— ¡Vamos, Cristiano! Tenemos que llevarla al hospital.

Mientras Cristiano abría el paso, Agustín la cargaba en brazos y el niño corría detrás de ellos. Un minuto después, eran cinco los niños que corrían.

La policía los escoltó hasta la salida y luego ofrecieron llevarlos. El sonido de la sirena y el rostro joven de la monja desvanecida, ensangrentada, quedarían marcados en la retina de Agustín y de Cristiano para siempre.

Ingresaron al hospital, estaban cubiertos de sangre. Una enfermera los vio y les hizo señas. Agustín depositó a la monja en una camilla y la rodearon un grupo de médicos.

Aturdidos, Agustín y Cristiano se miraron.

— Tenemos que volver a buscar tu auto, la policía se fue — dijo Agustín.

— Vamos a buscar un teléfono, así llenos de sangre nadie nos va a querer subir, llamemos a Yarah.

8

Constanza era su nombre. Abrió lentamente los ojos y lo primero que vio fue el rostro de Agustín.

—Hola.

—¿Dónde estoy? —preguntó confundida.

—En un hospital y estás fuera de peligro.

Constanza se sentó de golpe y no pudo soportar el dolor de vientre, que la obligó a quedarse inmóvil. Agustín se paró y la ayudó a recostarse nuevamente.

—Tranquila, todo está bien.

—¿Dónde están mis cosas? ¿Mi bolsa? Una bolsa de tela pequeña — expresó con dificultad.

—Cuando te encontramos no tenías nada en tu poder. Solo... bueno, estabas descompuesta.

—¿Qué me pasó? ¡Qué tengo! ¡Por qué estoy acá!

—Un niño te encontró desvanecida en la favela Vila Cruzeiro, estabas... desmayada.

—¡No puede ser! —dijo y se acurrucó. Con mucho esfuerzo, se dobló en posición fetal y poniendo la cabeza bajo la almohada, lloró en silencio.

Agustín la miraba con lástima, ¿qué le había pasado...? No se animaba a preguntar más. Supuso que el vestido de monja era un disfraz para cruzar la favela, pero ¿y si no?

—Yo... me tendría que ir. ¿Cómo es tu nombre? Así dejo todo ordenado.

Constanza se dio vuelta, sus ojos lucían intensos por las lágrimas.

—Soy sor María. ¡No te vayas, por favor! ¡No me dejes sola! ¡No quiero regresar!

—Bueno, yo soy Agustín y trabajo en la Cruz Roja Internacional.

Cuando escuchó eso, le imploró.

—¡No, por favor! ¡No te vayas! ¡No tengo dónde ir! ¡No quiero volver al convento! Cualquier cosa, pero no puedo volver al convento, ¡me van a matar!

—¡Está bien! Tranquila, pero ¿por qué no me decís qué te pasó?, tal vez pueda ayudarte.

Constanza lo miró a los ojos. Implorando, llorando. No le salían las palabras.

—¿Te hicieron daño? —preguntó Agustín.

—Ahí... nos... tratan mal —rumió.

Agustín empalideció. Tuvo que respirar para mantenerse en pie, era como si el aliento lo hubiera abandonado unos segundos. Como si el corazón hubiera dejado de bombear sangre.

—¿Cómo? ¿Qué tipo de daño?

—Sí.

—Por favor, decime todo antes de que vengan a hacer preguntas, así puedo ayudarte —imploró susurrando, a él tampoco le salían las palabras.

Constanza se secó las lágrimas, suspiró y se acomodó como pudo. Agustín le inspiraba confianza dentro de su desgracia. Y era verdad, enseguida vendrían a preguntar y lo primero que harían, cuando supieran de dónde venía, sería regresarla.

—Me llamo Constanza, María Constanza Rivarola. Tengo quince años. Mis padres adoptivos fallecieron cuando yo tenía ocho años, no fue fácil para mí a partir de allí. Mis supuestos abuelos se hicieron cargo de mis hermanos, que eran hijos legítimos de mis padres adoptivos y yo fui a parar a un internado de monjas, para cursar la escuela. No sé qué pasó después, nunca quise ser monja, pero creo que mi abuela hizo algunos arreglos porque antes de terminar la escuela me mandaron para acá, al convento. Comencé el noviciado. No estaba mal. La oración siempre me tranquilizó. Nunca fui una persona muy exigente, siempre me conformé con lo que tenía —suspiró largo, tomó el vaso con agua que estaba sobre la mesita, lo bebió completo y siguió—. Allí comenzó la pesadilla. Hace dos años llegó el nuevo director del colegio de curas, que está justo al frente del convento, y... —se quedó callada, miró para abajo unos segundos, inspiró, se secó las lágrimas y continuó—. No sé cómo decirte esto.

—No hace falta que lo digas —contestó Agustín.

—El embarazo que perdí cuando me encontraron era de un cura... —hizo silencio —, que abusó de mí.

Agustín, sofocado, simuló toser y se reacomodó en la silla. Ubicó mentalmente el convento del que hablaba la joven, había pasado varias veces por la plazoleta que unía el monasterio con el convento, donde también había un orfanato. Toda una gran institución. La sangre burbujeaba en sus venas. Las sienes latían sin descanso. Se controló.

—¿Por qué te encontré en la favela? Lejos del convento...

—Porque me escapé. No pude aguantarlo más y escapé, pensé que la favela era un buen lugar para esconderme, allí nadie se atrevería a entrar a buscarme. Estuve bien hasta que me tropecé y caí por una escalera, hace unos días. Y luego me descompuse, y eso que sabés, bueno, que dijiste. ¿No?

—Sí, bueno, voy a salir a hablar con algunas personas para que cuando te vayas no tengas que volver al convento. No hables con nadie, yo voy a regresar lo más rápido que pueda. ¿Sí? —dijo Agustín, no sabía cómo demostrarle que podía confiar en él, que la ayudaría.

Constanza forzó una mueca que para su afligido rostro era una sonrisa.

—No demores, por favor... por favor —imploró.

—No demoro, te lo prometo —dijo mientras se paraba y se acomodaba para salir—. Ya regreso. Tranquila.

9

Pobrecita, pobrecita... ¿Pobrecita ella o pobrecito él? El pasado se hizo presente, llegó de golpe, con todos sus rincones oscuros. Abrumándolo. Paralizándolo.

Él sabía bien lo que pasaba en esos lugares cuando había un degenerado a cargo. ¿Cómo podía ser que esos curas tuvieran tanta impunidad? Le faltaba el aire, lloraba y caminaba. Ahora corría. Tenía que ayudarla, no podía dejarla ahí, la regresaría al mismísimo infierno. Hablaría con Lagos. Tenían que ayudarla... Levantó el brazo y detuvo un taxi.

Llegó, Yarah lo estaba esperando.

—Ahora no, Yarah, ¡necesito hablar con Lagos, urgente! —dijo tomándola de los hombros para correrla del camino.

Yarah abrió los ojos, ¿qué le había pasado? Lo dejó entrar y con el dedo índice le señaló el lugar donde estaba Lagos. Siguió observando, vio cómo discutían. Lagos se agarraba la cabeza, Agustín gesticulaba. Luego de un rato, Lagos caminó hasta el teléfono de la recepción. Veinte minutos más tarde, Agustín salió corriendo, tomó a Yarah del brazo y mientras la guiaba hacia la salida, le decía:

—Necesito una muda de ropa tuya y que me acompañes, en el viaje te explico.

—Algo tengo en mi bolso, vamos —respondió con decisión.

Subieron a un taxi. Camino al hospital, Agustín le contó con escuetas palabras lo ocurrido. Yarah no preguntó más de lo que Agustín quiso que supiera. Estaba horrorizada.

Llegaron, Agustín habló con varias personas, completó unos papeles y luego le hizo señas a Yarah, que estaba sentada esperándolo, para que lo siguiera. Ingresaron a la habitación y cuando Constanza lo vio, se le iluminaron los ojos.

—¡Ah, pensé que no regresarías! —exclamó suspirando—. Y ella, ¿quién es?

—Es la doctora Yarah, mi compañera, trabaja conmigo en la Cruz Roja Internacional. Te trajimos ropa para cuando tengas que irte.

Yarah se acercó, le entregó la muda con una sonrisa y acarició su mano.

—Si querés, te puedo ayudar —le propuso—. No voy a lastimarte.

Constanza, sobresaltada, la alejó y miró a Agustín.

—¿Y ahora qué va a pasar conmigo? ¿Dónde me van a llevar? ¿Puedo ir con ustedes? Puedo ayudar, trabajar, soy buena trabajando, tengo voluntad... Pero no quiero volver allá...

Agustín se acercó y le dijo cariñosamente.

—No vas a volver a ningún lado. Mi jefe consiguió una familia que te va a llevar a

su casa, por ahora, hasta que se puedan hacer todos los papeles. Bajo protección, nadie va a saber nada por un tiempo, hasta que te repongas, luego, si estás de acuerdo, podés hacer la denuncia...

—¡No! ¡No! ¡No!, No, por favor, quiero estar tranquila, no quiero decir nada, me van a perseguir, me van a hacer daño. ¡Ustedes no saben de lo que son capaces! ¡No quiero! ¡Por favor!

—Entonces, no vas a decir nada, tranquila. Todo está bien y vas a estar bien, te lo aseguro —agregó Agustín con un nudo en la garganta. Nunca nada iba a estar bien, ya nunca nada iba a ser lo mismo—. Mañana te vienen a buscar, ahora vamos a dejar todos los papeles listos. Y te prometo que, antes de irme de viaje, vamos a pasar a verte para quedarnos tranquilos de que estás bien. ¿Qué te parece?

Constanza ahora sí sonrió, los miró a los dos y no pudo contener las lágrimas otra vez.

—¡Muchas gracias! Ustedes son una sonrisa de Dios dentro del infierno que estoy viviendo.

Agustín apreció esas palabras, la joven aún creía en Dios, a pesar de todo...

Salieron del hospital, callados.

—¡Vamos! Te invito una caipiriña —propuso Yarah.

—Buena idea.

Caminaron un trecho, ensimismados.

—Por allá.

Llegaron a un barcito pequeño, simpático. Se sentaron enfrentados, pegados a una ventana que les descubría una bella panorámica.

—Gracias, Yarah.

—Por nada. Cómo no iba a ayudar a esta pobre chica. ¡Gracias a vos! Que no dudaste un minuto en hablar con Lagos...

Agustín suspiró. Su cuerpo era una revolución. Sus músculos aún estaban tensos.

—Tengo que pedirte disculpas. Últimamente estuve un poco pelotudo, bah.

Yarah sonrió. Le gustaba esa mezcla de timidez y fortaleza que emanaba Agustín.

—No hay nada que disculpar.

—Gracias.

—Pero, bueno, espero que no sigas siendo tan pelotudo conmigo...

Rieron, él ruborizado.

Era la primera vez que estaban solos. Se prometieron hacer todo para ayudar a Constanza. Hablaron mucho, del trabajo, de la medicina, de la favela. Pero nunca de ellos. Yarah entendió que si quería lograr traspasar la barrera que Agustín había levantado entre ambos, sería despacio, a su tiempo, y estaba dispuesta a esperarlo. Agustín había logrado quitarle el sueño, hacerla sonreír, enojar...

10

La ley. Se parecía en todos lados. En lugar de alivianar, aligerar, no, no, todo lo contrario. Cada papel, cada firma, un día, otro día, y así, paseando por los pasillos de la justicia, María Constanza Rivarola era ahora un número de expediente guardado en un cajón hasta... Hasta que fuera alguien a reclamarlo. A nadie en la cadena de inútiles le preocupaba el nombre, el apellido, la edad, el problema que había detrás de ese número de expediente.

Agustín y Yarah siguieron paso a paso todo el proceso hasta que Constanza, recuperada, salió en un auto de la policía hacia la casa de una familia que la tendría en guarda.

El juez le dio un tiempo para que hiciera la denuncia y así poder iniciar una investigación formal. La situación no era tan simple. Eso era una salida provisoria. Gracias a las influencias del padre de Yarah.

La Justicia debería entender lo que es la justicia...

Agustín soportó con entereza el discurso de Lagos, estaba molesto y tenía razón. Primero la favela, luego la monja. Le pidió que se focalizara en su trabajo y que dejara a los brasileños tranquilos con sus problemas.

—Ya no voy a cubrirte más. Y concéntrate, en una semana se van de viaje a la misión —dijo Lagos y sin esperar respuesta se fue. Estaba muy enojado. Tuvo que responder ante sus superiores por todo. Era la primera vez que Agustín le generaba tantos inconvenientes. Siempre había sido el ejemplo.

Cristiano se encargó de ultimar detalles para que la salita siguiera funcionando sin ellos. El padre de Yarah continuó siendo el principal proveedor de medicamentos y de algunas otras necesidades del lugar.

Sentados en la mesa de un bar, cansados, festejaban que todo había quedado funcionando en Vila Cruzeiro. Pidieron pizza y cerveza.

—Tendríamos que haberlo invitado a Lagos —dijo Cristiano.

—No, seguro nos iba a dar otro sermón, estamos bien así. Otro día —dijo Yarah.

—Sí, nos merecemos estar tranquilos un rato —agregó Agustín mientras hundía la mano en el único recipiente con maníes salados que quedaba sobre la mesa.

—Lo de Constanza te afectó, ¿no? Bueno, a todos nos afectó —preguntó Yarah.

—Sí, pobrecita —contestó Agustín.

—¡Claro que sí! Y me dan asco los curas abusadores, el inmenso poder de la Iglesia, económico, social, con esos perversos a cargo, y más me pudre que se protejan, se

cubran... —se despachó Laura.

—Bueno, bueno —dijo Cristiano y le acarició el brazo.

—Tiene razón —agregó Agustín—. La Iglesia está podrida, y estos infelices caminan al lado nuestro como si nada, utilizando el nombre de Dios. Asco.

—Bueno, no todos... —intervino Yarah.

Silencio. Agustín miró a Yarah de frente.

—¿Por qué estás acá? Me dijo Lagos que tu padre es un millonario paulista que reparte plata a todas las instituciones que con tu dedo le indicás...

Silencio. Yarah lo apuntó con sus ojos pardos.

—¿Por qué estás vos acá? —contestó con otra pregunta.

Cristiano y Laura, boquiabiertos.

—Porque estudié medicina para ayudar. Porque no sabría ni podría hacer otra cosa, porque me sensibilizan la guerra, el hambre, la pobreza, la droga, la enfermedad, los niños, los ancianos, el abuso...

—Bien, por eso estoy yo también acá. Y que mi padre tenga dinero es para mí una gran ventaja porque puedo ayudar dos veces.

Luego de unos minutos de tenso silencio, rieron los cuatro.

Cristiano fruncido de ceño observaba, escuchaba, al fin estos dos se estaban comunicando. Ya era hora.

—Yarah, gracias por la paciencia —dijo Agustín con firmeza.

—De nada —contestó ella risueña.

—Algo está pasando acá —agregó Laura.

Silencio, sonrisas. Sí, algo estaba sucediendo.

—Mañana voy a visitar ese convento, sé cuál es, quiero ver, investigar. ¿Quieren venir? Luego voy a ir a ver cómo está Constanza, así también me despido de ella y me quedo tranquilo, que está bien. Ya nos quedan pocos días —interrumpió el idilio Agustín.

—Uf, no puedo, tengo que ir a firmar unos papeles con mi padre. Pero también voy a pasar a despedirme de Constanza cuando termine, tengo que convencerla de que haga la denuncia, así no la devuelven al convento — contestó Yarah.

—Bueno. Le digo que vas a ir a verla.

—Nosotros quedamos mañana con la madre de Laura. Tampoco podemos —agregó Cristiano—. ¿Seguro vas a ir? Obvio que nadie te va a decir nada...

—Comparto con Cristiano, no creo que tenga sentido que vayas hasta allá.

—Bueno, tal vez tengan razón. Si decido ir, después les cuento.

Cerveza y más cerveza. Rieron. Corrigieron las leyes que consideraban nefastas. Planificaron el próximo viaje. Conversaron hasta que las palabras comenzaron a entreverse.

Agustín, su cama, la ventana, la luna... A pesar del alcohol que circulaba por su sangre, no pudo pegar un ojo. ¿Por qué estaba tan nervioso? ¿Por qué quería ir al convento? Toda la noche pensó: voy, no voy, voy, no voy. ¿Era verdad lo que contaba Constanza? ¿Y si era verdad, por qué no quería denunciarlos? Ojalá él hubiera tenido la oportunidad de denunciar al padre Flaviano. ¿Por qué quería ir...? Iba a ir. Punto. Hasta mañana.

11

No desayunó, solo un cigarrillo. Paró un taxi apenas salió a la vereda del hotel y le dijo la dirección. Inseguro, como si el tiempo hubiera vuelto atrás y él estuviera otra vez en El Pueblito. Diego, Marcos, todos en su mente. Acompañándolo.

Llegó, el lugar era conocido. Caminó hacia la iglesia, estaba abierta, era la primera misa de la mañana. A pesar de que no había vuelto a pisar una iglesia, aún recordaba todos los pasos de la ceremonia. Se detuvo debajo del atrio y, despacio, comenzó a avanzar por el costado de la nave principal. No había mucha gente. Pensó en su madre, ella estaría en el primer banco. Escuchó la voz del cura. Sonaba joven. Le temblaban las piernas, se le cortaba la respiración, tantos malos recuerdos. ¿Por qué entrar a la iglesia? Tenía que ir al convento. Pero seguía caminando, como si una fuerza externa lo envolviera y lo trasladara.

Levantó la mirada y vio al sacerdote que estaba dando la misa. Frunció el ceño. Hizo una mueca. “¿Diego...?”, rumió.

Volvió sobre sus pasos, acobardado. Salió y regresó al hotel, sin mirar atrás. ¿Era Diego? ¡Claro que era Diego! Lo hubiera reconocido entre miles ¿Qué hacía en Río de Janeiro? El pasado cobró presencia. ¿Por qué no se quedó? ¿Por qué no corroboró que realmente fuera él? Tanto que lo pensó, tanto que lo esperó... Y ahora que lo había encontrado salía corriendo. Claro, había un porqué: Diego era cura. Pensaba y se arrepentía de haber querido ir a husmear. ¿Por qué había entrado a esa iglesia? Acaso tenía que encontrarlo... Ahora no había vuelta atrás. Diego estaba ahí. Y él no podía hacer de cuenta de que no lo había visto. ¿Diego...?

Le costaba ingresar la llave en la puerta, temblaba. Se tiró en la cama y las lágrimas comenzaron a surcar sus mejillas. “Los hombres no lloran”, recordó que le decía su madre siempre. Diego se había convertido en cura... Una parte de él quería ir corriendo, abrazar al amigo querido, preguntarle, contarle. Pero otra parte de él no quería saber nada...

Sonó el teléfono, era de la recepción, le avisaban que Yarah lo estaba esperando.

Se lavó la cara. El espejo rajado le devolvió su imagen multiplicada. Tenía que bajar.

—¿Y... fuiste al convento? —preguntó Yarah risueña apenas lo vio.

Agustín la miró. Ojalá pudiera abrazarla, contarle.

—No, tuve una reunión con Lagos y me dijo que venías, así que te estaba esperando, ¿desayunamos? —mintió.

—Sí, claro, vamos.

Yarah lo observaba, algo andaba mal con Agustín.

—¿Te pasa algo? ¿Te puedo ayudar? —le preguntó mientras acomodaba la fruta en su plato.

Agustín la miró directo a los ojos.

—Creo que me voy a bajar de la misión.

Yarah lo interpeló, asombrada.

—¿Te volviste loco de repente o te pico algún bicho?

Lo acababa de decidir. ¿Por qué quería quedarse? No lo sabía. O tal vez sí. La aparición de Diego cambiaba todo. No podía seguir con su vida sin detenerse. Debía buscarlo. Hablar con él. Entender... Tenía que quedarse. Luego los alcanzaría. Serían unos días, nada más.

—Necesito un respiro. Y me gusta Río. Tal vez después los alcance. Solo unos días.

—Pero así de repente... ¿Pasó algo con Lagos?

—No, me iba a tomar un descanso antes de venir, pero Lagos me pidió que trabajara con este grupo. Y la verdad es que me siento muy cansado — mintió.

Yarah no le creyó. Algo había pasado. Pero no insistió, le siguió la corriente.

—Es una pena, Agustín. Sos un médico valioso. Pero bueno, está bien. Justo que me tocaba ir con vos. Me tranquilizaba que en mi primera misión estuvieras...

Agustín la miró con ternura, qué linda era.

—Son unos días nomás. Luego los alcanzo.

La noticia corrió entre todos los involucrados en la Cruz Roja Internacional. Lagos trató por todos los medios que Agustín no se bajara de la misión, pero fue en vano. Prometió que descansaría unos días y luego se les uniría.

Cristiano insistía en que fuera con ellos. Por supuesto que se dio cuenta de que esos días que había pedido no eran para descansar. Sabía que era algo personal, pero no podía imaginar qué...

La decisión de quedarse la tomó sin pensar. Lúe instintiva. Apenas el grupo se fuera de viaje buscaría a Diego. Era el casillero que había quedado abierto en su adolescencia. Lo haría. Toda la vida estuvo esperando encontrarlo a la vuelta de alguna esquina, y ahora estaba ahí, a la vuelta de la esquina...

12

Yarah lo invitó a desayunar antes de que la comitiva se fuera de viaje. Aceptó sabiendo que quizás era la última vez que la vería. ¿Por qué se hacía esas cosas? ¿Por qué no le declaraba su amor? Era obvio que ella le diría que sí. ¿Por qué siempre se boicoteaba? ¿Por qué simplemente no se subía al avión y continuaba con su vida?

Lo estaba esperando. Se acercó y luego de acariciar su mejilla con un beso, se sentó.

—Agustín, tengo dos cosas para decirte.

Él la miraba, como si quisiera grabarla para siempre en su retina, ¡qué hermosa era!

—Ah —contestó disperso, perdido en su divinidad.

—Me quedo, no viajo. Ya hablé con Lagos —comentó risueña, esperando una respuesta de Agustín.

—¿Por? Te arrepentiste, te dije...

Yarah lo miró, tenía ganas de pegarle una bofetada para que se despertara, ¡cómo no se daba cuenta!

—¡No! ¡No! Me quedo, no voy, pero no porque no me anime, ni por mi familia, ¿entendés...? —continuaba, y con su dedo índice se señalaba y lo señalaba.

—Ah y entonces, ¿por qué te quedás?

Yarah suspiró, lo miró a los ojos y le contestó:

—Por vos.

Agustín, fruncido de ceño, la miró, no entendía.

—¿Por mí? ¿Por qué por mí?

—Veamos, veamos, porque me puedo quedar por vos...

En ese momento, Agustín se dio cuenta, ¡pero qué ingenuo era! Se ruborizó. No pudo sostenerle la mirada. ¡Qué papelón!

—Porque quiero estar con vos, ¿tal vez? Te pusiste colorado, vamos bien, vas entendiendo.

Agustín se ruborizó más todavía. Esa facilidad que tenía Yarah para incomodarlo siempre. ¿Cómo se había animado a decirle todo eso?

—¿Te quedás por mí? —preguntó.

—¡Al fin! —dijo—. ¿Acaso tengo que hacerte una declaración? Me quedo por vos, ¿sabés lo que eso significa? Hablá ahora o callá para siempre.

Agustín la observó y se quedó preso de su mirada.

—Callo para siempre.

—Tonto —le dijo mientras veía cómo Agustín se levantaba de su silla e iba hacia ella. Tomó su rostro, la besó. Luego regresó y se sentó donde estaba.

— ¿Eran dos las noticias?

— Sí, la otra noticia que tengo para darte es que logré que mi padre quedé a cargo del caso de Constanza cuando nosotros no estemos acá.

Agustín la miró serio.

— Espero poder hacerte feliz — dijo.

— ¡Sos raro, eh!

Juntos ultimaron los detalles para que el grupo partiera. Agustín estaba totalmente movilizado. La aparición de Diego. La declaración de Yarah. Cada roce, cada mirada lo transportaban a un mundo feliz que quería conservar para siempre.

Aeropuerto Internacional de Galeáo. Cristiano los observaba a punto de meterse en la manga para emprender el viaje con todo el equipo de la Cruz Roja Internacional. Levantó la mano, les sonrió. La alegría dentro de la tristeza de irse era verlos juntos. Ojalá los reencuentre pronto.

— ¡Cúidense, tortolitos!

Agustín con una mano saludaba, con la otra sostenía el hombro de Yarah.

Ella manejaba, él la observaba en silencio. Ella, justificando la decisión que había tomado. Se había bajado de la misión por la cual había trabajado con el alma. Y se quedaba por un hombre. ¡Ojalá no se haya equivocado! Él, pensando en Diego, con ansias de saber qué le había pasado todo este tiempo, dónde había estado...

— Pasamos a ver a Constanza, ¿no? — dijo ella.

— Sí.

Tenían que conversar con Constanza seriamente. Convencerla de hacer la denuncia, si no la justicia no podría proceder y lo peor de todo, ella tendría que regresar al convento.

— ¿Me van a devolver al convento? — preguntó Constanza.

— No, después de que hagas la denuncia, comienza la investigación — contestó Yarah.

— ¿Y qué va a pasar conmigo?

— Esta familia quiere adoptarte, pero no es nada fácil. Te quedarás acá hasta que los trámites se completen, primero tienen que investigar lo del convento — respondió Agustín—. Pero si hacés la denuncia, podés quedarte con ellos. Hasta que logren adoptarte.

— Tengo miedo.

— Ya no tengas miedo. No estás sola. Nunca más vas a estar sola — dijo Yarah y tomó su mano.

— ¿Y si algo falla y luego de que ellos sepan que los denuncié tengo que volver al convento? Me van a matar.

— No, nada va a fallar. Una vez que se inicie la investigación, el juez te puede proteger — explicó Agustín.

— Sí.

—Nosotros nos vamos a quedar un tiempo más por acá, pero quiero que sepas que mi padre en persona va a supervisar todo tu caso junto con tus padres adoptivos — agregó Yarah.

—Estar acá es como un sueño. Tengo miedo de que acabe. No quiero que esto termine nunca. Son muy buenos conmigo. Me cuidan. Me quieren — dijo Constanza con los ojos llenos de lágrimas.

—Todo va a estar bien. Ya sufriste demasiado —la tranquilizó Agustín.

En el viaje de regreso al hotel, Yarah manejaba y Agustín, mientras conversaban animadamente, posó la mano sobre su pierna. Yarah sonrió.

Qué linda era. Sintió empatía con las palabras de Constanza. A él le pasaba lo mismo con Yarah. Tenía miedo de que fuera solo un sueño. Despertar y que no existiera. Era un respiro en su vida. Era un vaso de agua fresca en el desierto. Era el amor que tanto le costaba recibir, dar, entender... No la quería perder. La amaba, sí, la amaba.

13

¿Cómo se comporta un novio? No sabía. Yarah había dado el primer paso, ahora le tocaba a él. No sabía qué hacer. Ya se habían besado. ¿Tal vez se había apresurado? Se arrepintió de no haber conversado con Cristiano antes de que se fuera. ¿Debería abrazarla? ¿Tomarla de la mano cuando caminaran? ¿Darle un beso cada vez que tuviera ganas? No, eso no, aunque se pasaría la vida besándola.

Yarah llegó al hotel más temprano de lo acordado.

—Qué lindo es verte —dijo Agustín.

—¿Tomamos algo antes de irnos? Laura nos espera después de las diez.

—Bueno, vamos.

—¿Cuándo me lo vas a contar?

Agustín la miró asombrado.

—¿Qué cosa?

—Lo que te atormenta, lo que no te deja ser...

—¿Por qué creés que algo me atormenta?

—No lo sé, lo siento acá —dijo llevando la mano derecha a su corazón.

—No soy muy romántico, eso es...

—No, no es eso, pero no importa. Cuando quieras, yo estoy acá para escucharte. Sea lo que sea. Siempre.

—Dame tiempo —contestó. Sabía que Yarah podía leerlo, adivinarlo.

—Si me tocás una canción con la armónica, tal vez —contestó Yarah, para distenderlo. Que le pidiera tiempo era suficiente para ella. La estaba dejando entrar en su vida.

Rieron.

—¿Tal vez alguna canción de León Gieco?

—Bueno, ya es hora que te aprendas algo diferente, ¿Toquinho, tal vez...?

Laura los esperaba, habían quedado en intentar abrir otra salita antes de marcharse definitivamente. Agustín entendía bien la necesidad y sabía cómo hacerlo. Laura tenía los contactos y Yarah, el dinero que hiciera falta. Allá fueron los tres. Otra salita estaba en camino.

Esa noche, luego de la cena, Yarah lo llevó hasta el hotel.

—Tengo que pedirte algo —dijo Agustín.

Yarah se sonrojó, seguro le pediría que se quedara a dormir con él. Y ella aceptaría, ya era tiempo.

—Escucho.

—¿Me podés enseñar a manejar?

Yarah lo miró y rompió en risa.

—¿Qué pasa? ¿Dije algo gracioso?

—No, nada. Bueno, claro que sí te voy a enseñar a manejar.

—Gracias —dijo Agustín y tomó su rostro con una mano, se acercó y posó sus labios sobre los de ella. La besó, despacio, dulce—. Espero que descanses. —Bajó sin esperar respuesta.

Yarah se quedó boquiabierta, temblando de emoción. Ah, ese hombre la volvía loca, en todos los sentidos.

Agustín ingresó al cuarto, se tiró en la cama y acomodó los brazos bajo la cabeza. Aún impregnado del perfume de Yarah, suspiró. No lo había logrado, no se había animado. Tenía que hacerlo, no podía estar besándola así nomás sin haberle pedido antes si quería ser su novia.

14

Se levantó temprano, desayunó apenas y pidió un taxi. Llegó, bajó y caminó. Pasó frente a la iglesia. No ingresó, siguió derecho. La rodeó hasta que se encontró con una inmensa puerta de madera y cuando se disponía a tocar el timbre, se abrió desde adentro.

—Hasta luego, padre —dijo una monja que despedía a un cura cuando ambos se toparon con Agustín.

—¿Diego? —preguntó Agustín quedando nariz con nariz con el sacerdote que salía. Diego lo miró unos segundos.

—¡Agustín! —gritó y sin perder un minuto lo abrazó.

Agustín cerró los ojos y se perdió en ese abrazo. ¡Diego! Era Diego, su amigo Diego.

—¡Vamos, Agustín! —propuso y le señaló el camino al monasterio.

—Así que cura, no lo puedo creer todavía...

—¿Viste?, la vida te lleva por caminos impensados, ¿y vos? ¿Qué hacés en Brasil? Casi no te reconozco, ¡qué pinta!

—Larga historia, amigo mío —dijo Agustín mientras caminaba al lado de su querido amigo. Se veía bien... Tanto que lo había pensado. Allí estaba. Claro que no era el joven que había quedado estático en su mente, era un hombre, diferente.

Ingresaron al monasterio. Agustín observaba asombrado, jamás había visitado uno. Fueron a la cocina de los superiores. Diego hizo preparar dos refrescos.

Sentados, enfrentados, por un momento no existía nada más que los recuerdos, los lindos, los feos, todos. Lo que los unía a través del tiempo. Se miraban, se recorrían, eran dos hombres tratando de volver atrás, donde habían quedado, donde la historia había puesto el punto.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, soy médico, trabajo en la Cruz Roja Internacional.

—¿En serio? ¡Te felicito! ¡Lo lograste al fin! ¿Y tus padres?

—La verdad es que no sé nada de ellos, me fui del pueblo a la ciudad, a estudiar, pero enseguida y gracias a unos amigos que hice allí pasé a la Capital, justo cuando se dio el golpe militar. Algo que me pegó muy fuerte. Mi segunda marca. Mis amigos aún están desaparecidos, pero yo pude escapar a Madrid, allí estudié Medicina. Cuando me recibí y luego de la residencia, comencé a trabajar en la Cruz Roja Internacional, y bueno, acá estoy.

—Ah, qué historia. Siempre te imaginé en el pueblo. Sabía que ibas a lograr lo del estudio, pero pensé que regresarías y te casarías con Catalina —dijo Diego.

—Y vos, un día te fuiste... con el padre Flaviano y ¿después?

—El padre Flaviano, aunque cueste creerlo, fue muy bueno conmigo. Me llevó y me dejó en el seminario donde hice toda mi carrera y acá me tenés, servidor de Dios.

—Y esto, ¿cómo es?, convento, orfanato...

—Sí, está todo en un solo lugar, las monjas, los curas y el orfanato. Funciona muy bien. Otro día te muestro.

—Podría ser —contestó Agustín—. Aunque la verdad es que estos lugares me ponen un poco nervioso.

—Tranquilo, amigo. Eso fue una espina en nuestro camino. No todo se corta con la misma tijera.

—No puedo creer que estemos acá, conversando, que seas cura. Me parece que en algún momento me despierto y todo es un sueño.

—Sí, me pasa lo mismo. Siempre pienso en nosotros...

Se quedaron charlando durante tres horas, cada vez que lo reclamaban a Diego, se excusaba y seguía conversando con Agustín. Recordaron anécdotas, recordaron a Marcos con lágrimas en los ojos, lo imaginaron grande, con ellos. Ambos querían sentir lo que sentían cuando eran pequeños, el uno por el otro, el compañerismo, el amor de amigos incondicionales, pero eso era un recuerdo. Ahora eran adultos, cada uno había seguido un camino diferente. Se habían transformado en las personas que eran ahora, ya no eran aquellos chicos... Y eran distintos. Pero no importaba, porque ambos querían encontrarse allá, en el pasado. A ninguno de los dos le interesaba conversar sobre el presente.

Diego se comprometió a ayudar en las favelas, Agustín no dijo nada de la inminente denuncia de Constanza.

Se despidieron con fuertes abrazos y promesas de nuevos encuentros.

Pidió al taxi que frenara unas cuadras antes del hotel. Necesitaba caminar, tomar aire, pensar... Encendió un cigarrillo, inspiró y llenó de humo sus pulmones. Su cuerpo era una revolución de sensaciones. Aún sentía el abrazo de Diego. Un extraño conocido.

¿Por qué no le contó la verdad? Que había ido a investigar los abusos que estaba denunciando Constanza. Porque pensaba que, si estaba ahí, tenía que saber. Pero no, lo conocía bien. Diego no era capaz de cubrir algo semejante, no después de lo que vivieron los dos en carne propia.

Tanto que había querido volver a verlo, saber de él. Ahora que la vida los había puesto en la misma ruta, no le gustaba tanto. No era como se lo había imaginado. Tal vez no tuvo en cuenta los años transcurridos. Para Diego también habían pasado los años, a pesar de que en la mente de Agustín quedaba allá en el tiempo la última vez que se vieron.

Esa noche le iba a contar a Yarah su encuentro inesperado con Diego. En un primer momento pensó que sería mejor dejarla afuera del asunto, luego entendió y concluyó que las relaciones deben crecer teniendo como base la honestidad. Tal vez no le contara

todo aún, pero sí el encuentro con Diego.

Su pasado cobró presencia. ¿Qué sería de sus padres, de Rosana? Le angustiaba pensarlos. ¿El padre Flaviano...? Ojalá pudiera borrar esa parte de su vida para siempre. Diego no entró en detalles sobre el padre Flaviano. Él tampoco preguntó. Uno no quería contar, el otro no quería saber...

15

Yarah escuchaba atenta. Al fin Agustín había decidido abrir su corazón.

— Ambos nos fuimos del pueblo, él a estudiar para ser cura y yo Medicina — mintió.

— ¡Qué alegría! Un amigo después de tantos años. Quiero conocerlo, urgente.

— Sí, él también te quiere conocer.

— Tal vez él pueda ayudarnos con lo de Constanza... ¿Le contaste?

— No todavía.

Yarah lo observaba. Sabía que había algo más. No podía imaginarse qué. Tampoco iba a preguntar. Se moría por saber, pero pudo ver algo en los ojos de Agustín, diferente. Lo amaba demasiado para presionarlo.

Agustín la miraba con ternura. No tenía que estar escondiendo nada, porque ella simplemente no preguntaba. Era la mujer perfecta. Le regaló una sonrisa. Se amaban en la mirada. Se amaban en los roces. Se amaban cuando se besaban. Ese amor que iba creciendo de a poco con ellos. Ese amor desprendido del sexo, de las necesidades egoístas de cada uno. Ese amor puro. Genuino.

Yarah seguía trabajando con Laura mientras dejaba que Agustín disfrutara de su merecido descanso.

Llegó la esperada cena, Yarah lucía un vestido blanco, escotado, largo. Cuando caminaba, su cuerpo hablaba a través de la tela. Una infinidad de trencitas pegadas en la cabeza descubrían su rostro. Su mirada parda. Sus labios rojos. Su tez oscura. Diego traía pantalones pinzados, camisa a rayas

y su sello personal, el cuello clerical. Y Agustín, camisa lisa y pantalones de lino beige, el cabello libre, como siempre.

El lugar lo eligió ella. Un restaurante muy conocido en Río. Ofició de anfitriona. Recomendó los platos, el vino. Agustín la admiraba. Diego los envidiaba.

— Agustín, sos muy afortunado — dijo Diego.

— Vos también, ambos lograron lo que querían, Agustín ser médico, y vos, cura, ¿no?

— No siempre se es lo que se quiere — contestó Diego —, Marcos no lo logró.

— Así es — completó Agustín.

— Éramos inseparables los tres — dijo Diego.

— ¿Tres? — preguntó Yarah.

— Sí, ¿no le contaste de Marcos? — preguntó Diego.

— No — contestó Agustín, serio.

—Marcos era nuestro amigo. Como dije, éramos inseparables.

—¿Y qué paso con Marcos? —se adelantó Yarah.

—Murió —dijo Diego.

—Un accidente —agregó Agustín.

—Ah, pobrecito. Debe haber sido muy difícil para ustedes.

—Lo es —dijo Agustín—, bueno, cambiemos de tema. Yarah, ¿cómo se llama la favela donde inauguramos la última salita?

Durante la cena, Yarah habló poco y preguntó mucho. Ella también sospechaba que Diego no podía estar ajeno a lo que pasaba en el convento. No que estuviera involucrado, pero sí que tal vez hiciera la vista gorda. Diego se mantuvo discreto. Agustín, agradecido por eso.

Cuando lo dejaron en el monasterio, Yarah comenzó con las preguntas.

—Diego es tu amigo de toda la vida, ¿no? Pero no lo ves desde que te fuiste del pueblo, ¿no?

—Así es.

—¿Por qué no me contaste de Marcos?

—Es algo que todavía no supero...

—¿Sabías que Diego era cura?

—No.

—No es trigo limpio... Se le nota en la mirada...

—¡Yarah! Lo conozco, es amigo, ¿cómo podés decir algo así? Recién acabás de conocerlo.

—¡Bueno! Perdón, no te enojés, simplemente te digo lo que me parece.

—Conozco a Diego. Sé quién es. Y tal vez pueda ayudarnos con la investigación. Ya voy a hablar con él. ¿Tranquila?

Yarah sonrió. Siempre fue muy intuitiva y Diego escondía algo...

—Tiene la misma tonada que vos.

—Sí, es del lugar de dónde venimos. Cantamos las palabras.

—¿Y cómo eras?, ¿cuándo eran amigos?

Agustín la miró. No quería seguir hablando.

—Lindo como ahora. Llegamos.

Yarah estacionó el auto. Le dio un beso en los labios.

—Mañana te busco —dijo. No tenía ganas de quedarse con Agustín. Había cosas que estaban sueltas y él no ayudaba. Se sentía cansada, era como remar sola.

—¿No te quedás? —preguntó Agustín.

—No, estoy muy cansada y mañana tengo un desayuno con mi padre, lo tengo un poco abandonado. Nos vemos mañana —dijo y aceleró. No se sentía cómoda con la relación de Agustín y Diego. Había algo ahí, ¿Por qué Agustín no se lo contaba?

Agustín se quedó mirando el auto hasta que se esfumó en la avenida. Subió a su cuarto, encendió un cigarrillo y salió al balcón. No pudo disfrutar de la maravillosa

vista. El tiempo había pasado muy rápido. Añoró las clases de Anatomía, de Portugués, de Inglés, los sábados limpiando los vidrios de la universidad, protegido por el silencio, por la soledad.

Si no arreglaba la situación con Diego, terminaría perdiendo a Yarah. Se sentía paralizado. Como cuando eran jóvenes... Sin saber qué hacer, ¿qué hacer...?

16

Agustín estaba desayunando cuando Yarah apareció.

—¡Qué cara tenemos! —dijo.

—Me duele un poco la cabeza.

—¿Querés quedarte? Puedo capacitar con Laura.

—Pero claro que no, voy, un analgésico y listo.

Yarah le regaló una sonrisa. Amaba a Agustín por sobre todas las cosas.

Salieron juntos, abrazados. Se treparon al auto. Antes de que Yarah encendiera el motor, Agustín la tomó de los hombros y la besó, suave, dulce.

Ese día fue un paréntesis en su cabeza atrofiada. Jugaron con las miradas, se besaron en los rincones, se excitaron con los roces, se amaron con el alma. Laura los observaba con cariño. “Al fin se soltaron”, pensaba.

Terminaron de trabajar y dejaron a Laura en la parada de colectivo.

—Te invito a cenar —bisbiseó Agustín.

Yarah desvió la vista de la calle, lo miró, sonrió.

—¿Cómo? No te escuché.

—Que te invito a cenar.

—Acepto.

Cenaron en el lobby del hotel. Y luego, sin palabras, Agustín se levantó, la tomó de la mano y la guio hasta el ascensor.

Era la primera vez que Yarah ingresaba al cuarto de Agustín. Recorrió cada rincón con la mirada. Husmeó los libros. Inspiró su olor.

Se sentaron en el balcón.

—¡Qué linda vista!

—Con vos acá, ahora es perfecta.

—Se siente raro, ¿no? —dijo Yarah—. Nunca llegamos a esto. Nunca hablamos de esto, bueno, casi nunca estamos solos.

—Sí, pero siento como si te conociera de toda la vida. Como si siempre hubieras estado para mí. Te quiero tanto, Yarah, que me pareés un sueño. Perdón, tendría que haberte pedido que seas mi novia.

—Sí, yo también, desde que te vi en la puerta del hotel dije este hombre es para mí. Y no importa, te lo pedí yo.

Agustín sonrió. La abrazó y la besó tiernamente, y la siguió besando, más y más. Sintió cómo su cuerpo la requería. Solo pensaba en ella, hacía esfuerzos para mantener el rostro de Yarah en su mente. Se levantó con ella en brazos y la cargó hasta la cama. La

recostó despacio y, sin dejar de mirarla, comenzó a desvestirla, suave. Yarah lo dejaba hacer, lo ayudaba cuando creía que debía hacerlo.

Se desnudaron, Agustín se trepó sobre ella, delicado, con miedo. La besó toda, era tan hermosa. Sin pensar en cómo hacerlo, se dejó llevar, despacio, se hundió en ella.

—No dejes de mirarme, por favor —le susurró al oído. Con la lengua recorría su boca. No aguantaba más. La miró y el espasmo llegó. Se quedó allí, inmóvil, observándola, acariciándola. Sonrió. Rio. ¡Lo hizo! ¡Lo logró! Hizo el amor con su amada. Sin tener impulsos raros... Estaba tan feliz, la llenó de besos, la abrazó, la volvió a besar. Había hecho mucho esfuerzo por seguir conectado con el presente y dejar el pasado afuera. Mucho. Y lo había logrado. Al menos por ahora. Era un buen comienzo. Esa noche durmieron abrazados. Agustín la contemplaba. La adoraba. La acariciaba. Y la había amado. Había conocido el amor. Al fin sonrió feliz.

—Te amo, Yarah.

—Te amo, Agustín.

—Tengo que decirte algo, importante y vergonzoso.

—Te escucho, mi amor.

—Era virgen, fuiste la primera mujer en mi vida.

Yarah lo abrazó, cubrió su rostro, no quería que viera que estaba emocionada a punto de llorar.

—Te amo, Agustín, y podés confiar en mí siempre.

—Yo también te amo, Yarah, y prometo hacerte feliz.

—Soy feliz.

17

Se levantaron temprano y tomaron el desayuno en la habitación. Agustín le pidió que se hiciera cargo de la salita con Laura así él podía ir a conversar con Diego. Le solicitaría ayuda para investigar sobre los supuestos abusos en el convento.

Caminó unas cuadras antes de subir a un taxi. Su cuerpo estaba renovado, vivo. Ahora todo tenía sentido. Había logrado hacer el amor con una mujer, con su mujer. Había conocido el amor. Ahora tenía que concentrarse para no perderla, para aprender a amarla y dejarse amar. Yarah era su joya más preciada. Era un regalo divino.

Llegó, caminó hasta la iglesia, pasó de largo porque la puerta principal estaba cerrada, pasó de largo también el monasterio, estaba cerrado y nadie contestaba el timbre. Rodeó la cuadra hasta el orfanato, estaba todo conectado. Por algún lugar entraría.

Tocó la puerta, se abrió. No vio a nadie, bajó la vista y había un niño que lo miraba sin soltar el picaporte, esperando que dijera algo.

—Hola, busco al padre Diego, ¿me dejarías pasar por acá hasta el monasterio?

El niño lo estudió un momento en silencio. Luego lo tomó de la mano, lo hizo entrar para poder cerrar la puerta y lo guio. Agustín observaba: el orfanato estaba muy bien. No era como lo había imaginado, un lugar empobrecido y atiborrado de niños mal vestidos, hambrientos y sucios.

Cruzaron una galería que daba al jardín y el niño se detuvo. Miró a Agustín, luego levantó la mano y con el dedo índice señaló un lugar. Agustín giró y quedó atónito. Lo vio con sus propios ojos. Era Diego, caminaba con un niño pequeño tomado de los hombros, como hacía el padre Llaviano con ellos. Iban por un corredor hasta que entraron a una sala. Agustín corrió, después se detuvo detrás de la puerta un momento, ¿qué estaba haciendo?, ¿qué estaba insinuando?, ¿qué le estaba pasando? No pudo, iba a entrar, tampoco pudo, golpeó fuerte, con firmeza. La puerta enseguida se abrió.

—¡Agustín! No esperaba verte hoy y acá...

—Perdón por no avisar, quería conversar un momento, ¿tendrás tiempo?

—¡Claro que sí! Vení que termino y nos vamos para el otro lado. —Lo invitó a seguirlo. Ingresaron a otro cuarto, había un niño sentado en la mesa con los pies colgando.

—Bueno, Ramirito, esto te va a arder un poco, pero después de un rato ya está y en unos días va a ser nada más que un mal recuerdo —le decía al niño mientras le ponía un ungüento oloroso sobre una herida bastante importante en la rodilla—. Juegan con brutalidad y se lastiman.

Terminó y salieron hacia el monasterio. Agustín, ahora sosegado, se sentía culpable, todo lo relacionaba con el abuso, todo siempre terminaba ahí. ¿Y si Diego realmente era un buen cura? ¿Por qué todos los curas tenían que ser malos? ¿Por qué Diego no podía ser un buen sacerdote? Porque estaba la denuncia de Constanza dando vueltas. Se maldijo por sus presunciones.

Conversaron un largo rato. Agustín no se animó a sacar el tema de los abusos en el convento. Todo se estaba acomodando en su vida. Yarah y su amigo Diego. Quería que todo se detuviera. No quería seguir avanzando. No quería enterarse de nada... Así estaba bien. Basta.

18

Estaba enojada, aunque quería disimularlo. No podía entender cómo Agustín no había hablado con su amigo sobre los abusos en el convento. ¿Por qué? Podía ayudarlos. Más aún siendo amigos de la infancia.

—Sí, ya me dijiste un montón de veces que ibas a hablar con Diego, pero no hablaste nunca... ¿Qué pasa, Agustín? ¿Algo que me quieras contar?

—Ah, ¿por qué siempre tengo que contar algo? No, nada para contar. Y dejé de pensar mal de Diego. No lo conocés.

—No te das cuenta de nada, si no es abusador es encubridor. Así que, por favor, habla con él. No quiero discutir más. Pero te aclaro que no viajo hasta que esto esté en manos de la justicia.

Silencio.

—Ya está en manos de la justicia, después de la declaración de Constanza, se abrió la investigación.

—Sí, claro que sí, pero ¿sabés todo el tiempo que va a llevar? Si nosotros tuviéramos el testimonio de alguien de adentro, sería todo más rápido, y se terminarían los abusos.

Era verdad, desde que se reencontró con Diego, solo rememoraban la infancia.

—Mañana mismo hablo con él y le pido que nos ayude.

Yarah no contestó, hizo una mueca y se fue. Era la primera vez que Agustín la veía tan enojada. Y tenía razón.

En el bar de siempre. Cerca del monasterio. Agustín lo observaba. “¡No! Diego no tiene nada que ver con todo eso, Diego siempre fue una víctima del abuso, no puede ser encubridor”, pensaba.

—Diego —dijo y luego inspiró—, tengo que contarte algo; mejor, tengo que preguntarte algo.

Diego lo miró mientras levantaba el vaso con jugo de maracuyá.

—Se rumorea que ahí, en el seminario y el convento... abusan a chicas. ¡Uf! Como me cuesta este tema, me persigue.

Diego, patidifuso y con el vaso en la mano, lo observó unos segundos en silencio.

—Pero ¿quién dijo esa barbaridad!

—Ninguna barbaridad, yo atendí a una de las abusadas.

—¿A quién? ¿Abusada? Si no tenemos mujeres en el seminario.

—Una monja del convento. ¿No viste nada raro? Yarah me dijo que te pida ayuda

para averiguar qué está pasando adentro realmente.

—¡Claro que no! Ustedes están locos, mirá la acusación que están haciendo. ¡Imagínate! ¡Con lo que nos pasó!

—¿Y el padre Flaviano...? —preguntó al fin. Aprovechó. Siempre quiso saber, pero nunca se había animado. ¿Por qué le costaba tanto hablar con Diego si eran tan amigos?

—Está postrado en una cama, muy enfermo, pagando todo lo que hizo. La está pasando muy mal, está en las últimas, luchando en soledad con un cáncer que lo está matando.

Agustín sonrió. Se lo merecía.

—Agustín, hablá con tu novia, está metiendo la pata feo. Imagínate que culpe a un inocente, acá vivimos los mandatarios de Dios. Acá no hay ningún abusador. Somos curas decentes haciendo nuestro trabajo. Después de tantos años nos encontramos, los dos profesionales, con una vida tranquila y te aparecés con esto... Sinceramente, no lo puedo creer...

—Bueno, un mandatario de Dios... a nosotros... bueno, lo que nos pasó...

—Sí, claro que sí. Pero acá no. Eso quedó en el pasado. No todos son iguales. Esa chica que atendieron vaya a saber de dónde venía...

—Por eso quieren investigar qué pasó, pero ella está muy asustada y no quiere hacer la denuncia.

—¡Entonces seguro que es mentira! ¡No sabés las cosas que hacen los huérfanos para salir de ahí y lograr vivir con una familia! No me extrañaría que...

—Estaba embarazada... —lo cortó Agustín.

—¿Y? Tranquilamente se pudo haber embarazado de cualquiera. ¿Por qué tienen los ojos sobre nosotros?

—No sobre vos. Sobre todo, el resto.

Diego suspiró, se levantó y palmeó la espalda de Agustín.

—¡Bueno, amigo, el deber me llama! —dijo—, yo invito.

Diego se fue. Así nomás. Sin terminar la conversación. Agustín se quedó pensando que había cometido un error.

¿Y si Diego ahora se ofendía? ¿Por qué era tan importante Diego para él? ¿Por qué, en vez de presionarlo para que dijera la verdad, solo quería agradecerle? ¿Por qué no quería molestarlo? ¿Pero qué le pasaba?

19

Apenas Yarah lo vio, la pregunta inevitable.

—¿Hablaste, qué te dijo?

—No tienen nada que ver, dice que no puede ser, que los huérfanos hacen cualquier cosa para salir de ahí...

Yarah enfureció, ¿por qué Agustín negaba todo? ¿Por qué lo cubría? Ella había conversado horas con Constanza, esa muchacha había sido abusada y lo peor de todo es que seguían haciéndolo con otras, otros. No podían dejar las cosas así.

—¡Ah! ¡Claro! Y vos le creiste, ¡pero qué te pasa, Agustín! ¡Sácate la venda de los ojos!

—Qué venda ni qué venda, no podés acusar a una persona, así como así. ¿Y si Diego tiene razón? No sabés todo lo que pasó Diego, yo te aseguro que no tiene nada que ver, y si pasara algo, sería el primero que lo habría denunciado.

—Está bien, está bien, Agustín, no digas más.

—¡No, Yarah! Si ellos no tienen nada que ver van a quedar marcados.

Yarah, iracunda, sacó un paquete de cigarrillos de su cartera.

—Me cuesta entender tu falta de sensibilidad, en serio. Imagínate que me hubiera pasado a mí, a vos...

Las palabras de Yarah punzaron el centro del pecho de Agustín. Pensarla en esa situación le cambió la perspectiva. ¿Y si era verdad? Él buscó ayuda por todos lados cuando el padre Flaviano los tenía como objetos sexuales, y nadie lo vio, nadie escuchó. ¿Y ahora, que estaba del otro lado, se hacía el sordo, ciego? Estaba repitiendo lo mismo que habían hecho sus padres con él, nunca pusieron en duda la reputación y el buen nombre del padre Flaviano. ¡Estaba haciendo lo mismo! ¡Pero cómo no se dio cuenta! ¿En qué momento uno se convierte en sus padres...?, pensaba. Se tomó la cabeza con las manos.

—Tenés razón. Si no tienen nada que ocultar, no van a tener problemas en abrir las puertas —dijo y fue a abrazarla.

Yarah lo miró, sonrió. ¡Al fin! La postura de Agustín sobre el asunto la inquietaba. Lo abrazó, se le colgó del cuello y le estampó un beso en la mejilla.

Agustín seguía con su lucha interior. Protegía a Diego, ante todo. ¿Por qué protegerlo si estaba seguro de que no tenía nada que ver? ¿Qué, no

estaba escuchando, viendo...? Iban a denunciar, tenían que hacerlo. Había que respaldar el testimonio de Constanza. Así lo habían decidido. Estaba azorado, como si la acusación recayera sobre él. Pero ¿por qué se sentía así? Él no era culpable de nada. ¿Y si Diego era culpable? Estaba haciendo justo lo que criticó de sus padres toda la vida. Estaba protegiendo al sospechoso. Cubriendo al perverso.

Tal vez, si le contaba lo que le había pasado con el padre Flaviano a Yarah, ella podría ayudarlo... ¡No!, pero qué estaba pensando. Lo dejaría de ver como hombre. Se romperían los cimientos de la relación. No podía contarle. ¿Y la honestidad que se prometieron? Bueno, en todo caso, no era mentira, era omisión.

“Ay, Diego, ¿por qué apareciste?”, pensó.

20

¿Le avisaba o no le avisaba? Cómo le costaba discernir. No podía pensar en otra cosa. Sentía que lo engañaba si no le decía nada. Luego de darle vueltas y vueltas al asunto, tomó una decisión: contarle a Diego que la denuncia de Constanza estaba en curso, que se abría la investigación. El padre de Yarah era un abogado de mucho prestigio. Y él personalmente llevaba el caso.

No lo consultó con Yarah. Era lo que correspondía, era su amigo, qué tanto. Cuando se descubriera lo que realmente pasaba en el convento, si pasaba, sería un caos. Estaba haciendo lo correcto. Diego seguro sabría cómo actuar. Cuando uno es inocente, no hay problemas. Y luego tomaría el avión hacia el futuro, junto a su amada Yarah. Sonrió. Al fin las cosas estaban en su lugar.

De camino a la favela, pasaría por el monasterio, directamente. Le avisaba y aprovechaba para despedirse.

Llegó al monasterio, la puerta estaba abierta, se dirigió al patio interior. Recorrió su alrededor con la mirada, buscando a quien preguntarle por Diego. Nadie. Decidió ir a la cocina, allí siempre había alguien. Cuando estaba por llegar, escuchó voces, venían de uno de los pasillos. ¡Era Diego! Enseguida cambió de rumbo y caminó hacia ese lugar. Apenas dobló, los vio. Diego traía un niño de los hombros. Sonrió. “¡Ahí está!”, pensó.

Cuando se acercó, algo atrajo su atención. Diego estaba radiante, sonreía y conversaba, pero el niño..., lo miró a los ojos. Él conocía muy bien esa mirada. Levantó la vista, miró a Diego y luego regresó al niño. Lo volvió a observar, ahora los ojitos le brillaban, a punto de explotar en lágrimas. Sintió asco, repugnancia, sus puños se apretaron... Corrió hacia Diego, cuando lo tuvo a punto, le pegó un golpe en el estómago y cuando se inclinó, un rodillazo en los genitales.

—¡Hijo de puta! —dijo vehemente, lo levantó tironeando de la sotana y lo puso a su altura—. ¡Te voy a denunciar, hijo de puta! ¡Cómo pudiste convertirte en un degenerado abusador! ¡Me das asco! Vas a morir en la cárcel.

Tomó al niño de la mano y salió por el mismo lugar por donde había ingresado. Enseguida se subieron a un taxi.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Gracias, señor —contestó el niño.

Se tuvo que controlar, su cuerpo temblaba. Le costaba respirar y le dolía el estómago. Tenía ganas de llorar.

—Te hizo daño, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo con la mirada clavada en las manos, cruzadas sobre las rodillas.

— ¿Cómo te llamás?

— Marcos, señor.

Agustín ya no pudo contener las lágrimas. Los hombres no lloran... ¡Qué los hombres no lloran! Los hombres también lloran, también sienten, los hombres también son seres humanos. Qué joder.

— Marcos, ¿vivías en el orfanato?

— Sí, señor, no quiero volver.

— No vas a volver nunca más, ahora seguro irás con alguna familia de buen corazón que te va a adoptar. Vamos a denunciar a estos degenerados. ¿Estás de acuerdo?

El niño sonrió.

— Sí, señor.

Yarah lo vio llegar. Percibió el dolor en sus ojos detrás de las lágrimas. Lo abrazó y luego se agachó para hablar con el niño.

— Diego está involucrado. Hacete cargo del chico. Me lo robé. Llamá a tu padre, él seguro sabe qué hacer. Me tengo que ir —le dijo y se fue sin esperar respuesta. Necesitaba llorar, necesitaba gritar, necesitaba despertar de la pesadilla.

Llegó a la playa. Tenía ganas de caminar hacia el mar, adentro. Él lo sabía. Claro que lo sabía, siempre lo supo. Desde el día que se fue del pueblo. Pero no quería que fuera así. Diego era buena persona. Diego era víctima. Diego era culpable. ¿Por qué? ¡Por qué! Comenzó a correr. Corrió hasta que no pudo más. Su cabeza explotaba. Cayó de rodillas sobre la arena. Lloró como un niño.

Yarah, ella era el eje ahora. Ella le daba sentido. Tenía que regresar, por ella, con ella. Una señora se acercó a ofrecerle ayuda. Le dijo que no. Se incorporó. Tenía que regresar. Tenía que enfrentar todo lo que se venía. Tenía que darle sentido a todo lo que había pasado.

Yarah se encargó de Marcos. Era todo un hombrecito. Agradecía a cada momento. Fue doloroso dejarlo en manos de la asistente social. Estaban buscando una familia transitoria para que lo tuviera en guarda, al menos hasta que los trámites tomaran su curso. Marcos pidió por sus compañeros del orfanato. Yarah le prometió que haría todo para que las familias que quisieran adoptar niños supieran que ahí había muchos esperando por un abrazo familiar.

Agustín regresó al hotel tarde, cansado y sucio. No respondió los mensajes que le había dejado Yarah. Se sacó la ropa y se metió en la ducha. Se quedó allí hasta que la piel se arrugó. Salió, pidió una botella de whisky y se sentó en el piso, apoyado contra la cama. Bebió, lloró, bebió, gritó, bebió, lloró... Y lloró.

21

Yarah declaró como testigo después de Constanza en la fiscalía. Agregaron el testimonio de Marcos. La policía allanó el lugar. Periodistas, encierros, procesamientos, fotos... Agustín no salió del hotel.

El padre Flaviano no estaba ni postrado, ni enfermo, así lo mostraba una imagen publicada en los portales de los diarios más importantes del país, junto a otros cinco curas y cuatro monjas. Toda una banda de degenerados y pederastas. La Iglesia estaba callada, dolida. Tenían un tumor que ya no podían detener, era cada vez más grande. La ciudad estaba asqueada.

Yarah le llevaba las noticias a Agustín y nada más. Entendió que había algo que lo atormentaba mucho... cuando él quisiera hablar, ella estaría lista para escucharlo, abrazarlo, amarlo. Respetaba su silencio, su dolor.

Estaba inquieta, solo tres chicos se habían animado a hablar, el resto no. Había casos en que los abusados defendían a sus abusadores. ¿Por miedo? ¿Porque tenían la voluntad tomada o seducida y no podían manejarlo? ¿Se sentía tan impresionada por lo sucedido! Aconsejaron que no los presionaran, estaban bajo asistencia psicológica.

La Iglesia intervino, quiso trasladar a curas y monjas. Pero, por primera vez, la justicia había ganado y quedaron detenidos hasta terminar con todas las investigaciones.

Agustín seguía la historia por televisión desde su cuarto, veía cómo caía la banda de pederastas. Pero ahí estaba Diego y no podía, o no quería, creer que era culpable. No podía soportarlo. Diego, no. Un revoltijo de emociones lo embriagaba, no lo dejaba pensar con claridad.

Esa noche Yarah vino a cenar con él. Se veía cansada, abstraída.

—Quiero que hablemos —dijo.

—Sí, ya lo sé. Te estaba esperando.

—Todo de tu vida, de “esa parte de tu vida”, necesito que lo compartas conmigo, voy a ser tu esposa algún día, bueno, cuando te lo pida —dijo sonriendo.

—No es fácil para mí conversar de... esto con vos.

—Sí, me imagino, pero cuando lo hagas, vas a ver, va a ser más liviano de llevar, no vas a estar solo. Somos uno, nos amamos. Yo puedo ayudarte, pero solo si me dejás. Confía en mí. Jamás voy a hacerte daño y te amo por lo que sos, no por lo que te hicieron, sea lo que sea.

Silencio.

“¿Cómo se había dado cuenta? ¿Se estaría refiriendo a eso?”, pensaba, apabullado.

—No soy lo que ves.

—Con más razón, ¿quién sos?

Agustín bajó la cabeza, ¿quién era? Un hombre marcado por el dolor, por las pérdidas... Sabía que tenía que hablar con Yarah. Tenía que contarle todo. Tenía que construir una relación sin secretos, sin misterios. Pero qué difícil era. ¿Y si ella, luego de enterarse de todo, lo dejaba? Debía tomar una decisión, ahora. Confiar o no confiar...

—Nací y crecí en un pueblo chiquito. Mi familia vivía en la pobreza, pero no éramos infelices por eso. Era normal para nosotros. Mi madre puso en manos de Dios su vida y, por supuesto, la nuestra también, y mi padre, un hombre callado, trabajador, dejó en manos de mi madre nuestra educación. —Tomó un sorbo de caipiriña, Yarah acariciaba su mano—. Nunca imaginé nada de lo que me está pasando... Yo soñaba con estudiar Medicina y punto. Pero la vida se empeñó conmigo. Lo que más me duele aún, acá —dijo tocándose el pecho—, fue la muerte de Marcos. No pude, no puedo superarla. Marcos siguió vivo en mi mente. Y ahora con lo de Diego...

—¿Quién era Marcos?

—Marcos, Diego y yo éramos inseparables, amigos desde siempre. Un día la madre de Marcos enfermó de cáncer y murió, rápido, eso lo destruyó. Quedó solo, su padre, un pobre hombre. Y Diego, su padre era borracho y golpeador. Hasta que un día, todo ocurrió el mismo día, maldito día, si pudiera borrarlo... Ese día, el papá de Diego mató a golpes a su madre y Marcos se ahorcó frente a la iglesia. El padre Flaviano, ese que sale en el diario, el amigo de Diego, ese hijo de puta, un día llegó al pueblo y... bueno, él... —le costaba decirlo— nos destruyó la vida a los tres. Abusó de nosotros, todas las veces que quiso y luego, cuando Marcos se mató, porque no lo soportaba más, se llevó a Diego. Éramos apenas unos adolescentes. Y no lo volví a ver nunca. Y nadie hizo nada. Mi madre me tiraba a los brazos del pervertido, mi padre no se daba cuenta de nada. A veces pienso que si tengo un hijo no lo voy a dejar un minuto a solas, siempre voy a estar a su lado. Nadie se dio cuenta que el cura nos abusaba, ¡nadie! Y en sus propias narices.

Yarah trataba de contener las lágrimas. No quería llorar en su cara.

—¡Cuánto lo siento, amor! ¿Y después te fuiste del pueblo?

—Cuando Diego se fue, las cosas cambiaron para mí. Me sentí solo sin mis amigos queridos. Ya no estaban... Vino otro cura, y la calesita siguió dando vueltas. Pero para mí todo era diferente, solo anhelaba irme y no regresar jamás, me enojé mucho con todos. Con mis padres principalmente. El cura me abusaba en mi casa, y mi madre esperaba del otro lado de la puerta. Bueno, me fui a la ciudad —suspiró—. Fue justo con el golpe militar, yo no tenía idea de nada, vivía metido en un frasco, me fui igual. La ciudad me cambió la vida, allí hice unos amigos entrañables. Ellos me llevaron a la Capital, a estudiar Medicina. Eran... tan jóvenes. Soledad, tan solidaria. Vivía para ayudar, ella me convenció de que me mudara a la Capital. Y Felipe, un soñador, tan apasionado, él me abrió la cabeza, me enseñó el mundo, aprendí lo que estaba pasando.

Y otra vez empezó la pesadilla. Yo trabajaba de lavaplatos y haciendo limpieza —rio e hizo ademanes con sus manos—, pero me echaron. Las cosas en Buenos Aires se pusieron muy oscuras. Empezaron a desaparecer docentes, todos los que no se alineaban en las filas de la reorganización nacional, un día, no estaban más. Pero eso no es lo terrible, lo que les hacían a las personas, los torturaban... —Se tomó la frente con las manos.

—¡Cuánto lo siento, Agustín! No me imaginaba...

—Por eso trabajo en la Cruz Roja Internacional, es la única institución que no me defraudó... Todas las personas que de alguna forma u otra manifestaron su desacuerdo con las disposiciones militares de los payasos armados que estaban a cargo desaparecieron. En una de las reuniones que hacíamos, nos emboscaron y nos agarraron, yo aún no me explico cómo pude escapar, siempre fui un cagón para todo, del tipo que obedece y se pone a la orden del otro. Allí, con los ojos vendados y las manos atadas, me escapé. Pero mis amigos no corrieron la misma suerte, a ellos los llevaron, los buscamos por todos lados —encendió un cigarrillo—. Y quedé yo solo, un día me sacaron del país. Unos ángeles en forma de personas. Y gracias a ellos acá estoy.

Yarah lloraba ya sin disimulo, con congoja.

—Lo que más me aflige pensar es lo que le habrán hecho a mis amigos, cómo los habrán torturado. Eran solo unos jóvenes. Soledad, siempre pensando en cómo ayudar al otro. Paula, Raúl y Felipe, personas increíbles, que cambiaron el destino de mi vida. Se los llevaron porque decían que atentaban contra la paz, que eran subversivos, extremistas, comunistas. Si los hubieras conocido... Yo tendría que estar desaparecido, no ellos.

Se acomodó en la silla y abrazó a Yarah, le besó la cabeza y luego le secó las lágrimas.

—No llores, todo es pasado... —dijo Agustín, sin poder controlar su propio llanto.

—Tus amigos y los otros miles de desaparecidos nunca van a ser pasado, los curas degenerados que caminan entre nosotros nunca van a ser pasado...

—Hoy pienso que existe un padre Flaviano en un pueblito, porque alguien no hizo bien su trabajo y en vez de denunciarlo, lo trasladan... y se me retuerce el estómago. Y cuando pienso en mis amigos desaparecidos, me pasa lo mismo. ¿Cómo puede un país sobrevivir tantos años un golpe militar si no es con la ayuda de las personas afines? Creo que en ambos casos faltó la vocación. La vocación religiosa. La vocación política. Me resuena en los oídos el discurso patético del dictador aludiendo al orden, a la reorganización del país. ¿Qué reorganización? Cómo podían apoyar semejante genocidio. Y el cura, ¿qué vocación sacerdotal puede tener un pederasta, un pervertido? Pero... no puedo creer lo de Diego. Me pega acá —decía señalando el centro de su pecho—, necesito que me explique por qué. No puedo creer que se haya convertido en lo que nos destruyó la vida. En lo que provocó la muerte de Marcos. Tengo que hablar con él para cerrar esto.

—¿Y después nos vamos? —preguntó Yarah.

—Sí.

—¿No tenés ganas de saber de tu familia...?

—No.

—Gracias por contarme todo, por confiar en mí. Voy a estar a tu lado siempre, mi amor, te amo y te admiro. Sos muy valiente.

Agustín suspiró, y junto con el aliento tibio salió un gran peso de su alma. Abrazó a Yarah con fuerza. Y se quedaron ahí, en silencio, mirando cómo las luces interferían el encuentro del mar y el cielo.

22

Agustín se sentía aliviado. El alivio que produce la verdad cuando sale en libertad. El alivio que produce el no tener secretos. Pero le faltaba algo. Claro que le faltaba algo, el fantasma que tanto lo había atormentado. Era increíble cómo ese vacío de dolor también incomodaba. Estaba inmerso en una transformación que no iba a desaprovechar. Yarah era su luz, y él seguiría el camino que ella iluminara. Sabía que bajo esa luz estaba a salvo. Sí, estaba a salvo.

Había decidido salir de su encierro. Quería ir a visitar a Diego, conversar con él. Necesitaba respuestas. Bajó al bar del hotel, pidió café y se sentó cerca de la ventana. Su vida pasaba delante de sus ojos. ¿Qué sería de su madre, de su padre, de Rosana? Ya debía ser una mujercita. La extrañaba, solo a ella.

Ingresó Yarah roja de ira con un periódico en la mano. Sonrió cuando lo vio en el bar, enseguida recuperó su cara de desconcierto.

—¡Esto es inaudito! ¡Yo no lo puedo creer!

—¿Qué pasó?

—¡Mirá! —dijo y le extendió el periódico.

Agustín tomó el diario y cuando vio la foto del padre Flaviano con una sonrisa saliendo de la cárcel, se le revolvió el estómago. Había quedado en libertad. ¡No podía ser! ¿Cómo que estaba en libertad? ¿Por qué? No había testimonio que lo condenara. Nadie lo culpó. Al resto sí, pero él salió ileso. Es más, habían presentado un escrito pidiendo permiso para sacarlo del país, lo iban a trasladar. Tuvo náuseas. ¡Eso no podía estar pasando! Pero sí... Estaba pasando. Justo ahora.

—Yo puedo arreglar eso —afirmó, se levantó, besó a Yarah en la frente y se fue.

—¿Dónde vas? Voy.

—No, te llamo cuando termino. Esto tengo que hacerlo yo solo.

Yarah, boquiabierta, con el diario en la mano, vio cómo Agustín salía del hotel y blandía su brazo para detener un taxi.

Fue al penal a visitar a Diego. Tenían que hablar. Aún quedaba una posibilidad para que ese degenerado se pudriera en la cárcel... Nunca había estado en un lugar así. Un escalofrío recorrió su espinazo. Fue sometido a varios interrogatorios, revisiones, hasta que le dijeron que esperara.

Lo vio ingresar, desgalichado, magullado y flaco, se le cerró la garganta, tosió.

—¿Te hicieron... daño? —preguntó directamente. En ese instante vio el rostro de Dieguito, pequeño, soñador, alegre, su amigo.

—No más del que yo me hice.

—¿Por qué, Diego? No puedo entenderlo. ¿Por qué...? —Agustín no controlaba la congoja.

—Es difícil de explicar.

—¿Qué pasó, Diego? ¿Por qué te fuiste con ese hijo de puta?

—Él me trataba bien, no me volvió a tocar, me prometió llevarme del pueblo, era lo que yo más quería. No quería salir y encontrarme con mi padre, ese asesino. Lo único que me ataba a ese lugar eras vos. Pero vos estabas bien, con tu familia.

—¿Bien...? ¿Con mi familia...?

—Bueno, pero doña Erna y don Luis siempre estaban encima tuyo. Yo no quería quedarme más ahí, si lo hacía iba a matar a mi padre. Que espero esté bien muerto pudriéndose en el infierno.

—Por eso te fuiste...

—Me prometió llevarme al seminario. Comía todos los días, tenía un baño para bañarme, sábanas limpias... Viajamos.

—¿Qué pasó? ¿Cuándo dejaste de ser un ser humano para convertirte en un monstruo?

—No me di cuenta cuándo pasó, fue pasando. No sé. Un día ya estaba del otro lado de la línea. Me empezó a utilizar como cebo para otros niños. Y después, me hacía... estar con otros niños y él miraba. Crecí con eso, en eso. Un día ya no me dolió más. Un día fue parte de mi vida. Y ya no pude dejarlo. Sentí que una parte de mí se pudrió para siempre.

—¡Estás enfermo!

—Claro que estoy enfermo, estoy loco... Estos días recordé lo que es sufrir el sometimiento físico. Lo había olvidado. Creo que en el fondo siempre supe que todo estaba mal. —Mientras hablaba, se dio vuelta y se levantó la camisa, dejando al descubierto la espalda llena de cicatrices, viejas, actuales—. Mi vida siempre fue una lucha. No hubo un día que no te pensara, Agustín. No hubo un día que no me castigara por hacerles daño a los niños. Te imaginaba casado con Catalina, el médico del pueblo y seguro también presidente de la comuna. Y yo, acá, en la ruta del mal. No pude... no pude salirme.

—¿Sabés que el hijo de remilputa del padre Flaviano está en libertad?

—Sí.

—Voy a declarar, voy a hacer que se pudra en la cárcel.

—Cuidado, Agustín, el padre Flaviano está bien palanqueado.

—¡Tenés que declarar conmigo! Al final de cuentas, vos fuiste su víctima mucho más que yo.

—¡No puedo!

—¡Cómo que no podés! Ese hijo de puta te terminó de arruinar la vida.

—Sí, pero también me salvó, me sacó del pueblo. Si no fuera por él, yo ahora estaría pudriéndome en la cárcel luego de haber vivido en orfanatos hasta la mayoría de edad,

estaba decidido a matar a mi padre y luego ir a entregarme con el comisario.

—De a ratos tengo ganas de hacerte cagar por pelotudo y de a ratos me das lástima. Si cada uno hubiese hecho lo que le correspondía, vos no estarías acá. Si el payaso del comisario hubiera detenido a tu padre, vos habrías sido feliz con tu madre, y el hijo de puta del cura no habría tenido lugar para ingresar a tu vida. ¿No te parece?

—No tengo perdón, Agustín. Ambos sabemos el daño que hice, nosotros mismos lo sufrimos primero. Aunque no lo creas, en este lugar, a pesar de todo lo que me tocó vivir apenas llegué, me siento aliviado. Es como si me estuviera poniendo al día con la vida. A Dios no quiero ni nombrarlo. Lo que hice en su nombre no tiene perdón.

—No puedo entender cómo pudiste...

—Muchas veces uno elige lo menos malo. Después me acostumbré y después me convertí... en él...

—¡Tenés que declarar! Tenemos que encerrarlo.

—Ya lo están trasladando. Olvidate, Agustín. Tenés a Yarah, podés construir una linda familia, en honor a nuestra infancia... Éramos felices, ¿no? Antes, digo...

—¡Vas a declarar conmigo! ¡Se lo debemos a Marcos! Ese degenerado tiene que morir en la cárcel. Voy a hablar para que nos tomen declaración. Tenemos que actuar rápido antes de que se lo lleven. Mañana a la mañana —dijo y se levantó.

—Agustín, voy a hacer lo que vos digas. Sí, se lo debemos a Marcos y a nosotros y a todos los que fueron sometidos por ese... hombre —recapitó Diego, llorando como un niño—. Gracias por venir. Verte es como una reconciliación con mi alma. ¡Te quiero, amigo! Y perdón, perdón por defraudarte de esta forma. ¡Ah! No lo dejes a Dios afuera, él no tiene nada que ver con las atrocidades que hemos hecho en su nombre. ¡Que Dios te bendiga y te proteja de gente como yo!

Conversaron hasta que el guardia lo sacó. Agustín salió casi disparado. Se apoyó en una pared, cayó sentado, con las manos se cubrió la cabeza entre las rodillas y lloró, lloró con toda el alma, como el día que enterraron a Marcos. Lloró, lloró. Como si ahora estuviera enterrando a Diego. Se ahogaba en su propio llanto.

23

No era la forma en que había imaginado conocer a su suegro, pero Yarah insistió.

—Mi padre es buena persona, no tengas miedo y, además, está desesperado por conocerte.

—La verdad es que justo ahora, con todo este escándalo por delante.

—Ay, Agustín, esas cosas no son importantes. Mirá, hay algo que no te conté...

—Ah, pero que bien, señorita, soy todo oídos.

—Lo que te conté de mi madre cuando falleció no fue tan así. Lo que ocurre es que no lo cuento por mi padre. Es un buen hombre.

Agustín la observó, el asunto parecía más serio de lo que él conocía.

—Cuando mi madre murió en ese accidente de auto, no iba sola, iba con su amante. Ella nos había abandonado a mi padre y a mí...

—Oh, mi amor, cuánto lo siento. No imaginé.

—Bueno, eso fue hace mucho tiempo, pero mi padre también estuvo acechado por la prensa y todo eso. Así que quédate tranquilo, él sabe qué hacer, él nos va a ayudar.

—Bueno, sí.

André era un hombre mucho más joven de lo que Agustín esperaba, jovial, suelto.

—Al fin conozco al hombre misterioso —dijo salteando la mano extendida de Agustín y fundiéndose en un abrazo.

—¿Cómo le va, señor André?

—No, qué señor André. Vamos, tengo la cena casi lista.

Había preparado pescados y vegetales a la parrilla en la terraza de la casa, que despegaba hacia el mar.

—No conocía esta parte de tu casa, es enorme, no termina en ningún lado —dijo Agustín.

Durante la comida conversaron de las posibilidades que tenían Agustín y Diego si declaraban para que no trasladaran al padre Flaviano. Agustín se sintió tranquilo, pudo explayarse sin problemas. André enseguida había logrado su confianza.

—Antes de irte, me firmás un poder así mañana a primera hora voy a los tribunales, me encargo de todo y luego hacemos las declaraciones.

André propuso que Agustín se quedara en la habitación de servicio durante lo que restaba del proceso, para protegerlo.

Esa noche no pudo pegar un ojo. Sabía muy bien lo que significaba declarar en contra del padre Flaviano. Su nombre estaría en todos los diarios. No como el héroe que ayudó a detener a un degenerado, sino como el hombre que fue abusado durante la

adolescencia. Tenía que prepararse. Los medios iban a gritar a viva voz su secreto mejor guardado. Su parte oscura. Pero era la única forma de cerrar el círculo y que Marcos pudiese, al fin, descansar en paz.

24

Agustín dejó el hotel y se instaló en la casa de Yarah. Era casi una mansión, tenía tantos cuartos que se perdía.

Andró regresó con buenas noticias, habían aceptado las declaraciones. Ahora tenían que actuar rápido.

Agustín decidió volver a la cárcel antes de la declaración. Yarah quiso acompañarlo.

—No, mi amor, esto lo tengo que hacer solo. Necesito despedirme de Diego. Luego de la declaración, pase lo que pase, nosotros nos vamos...

—Bueno, al menos dejame que te lleve.

—Bueno, vamos, ya que no me enseñaste a manejar...

Se bajó del auto. Caminó hacia el ingreso. Pensar a Diego del otro lado le revolvió el estómago.

—Volviste.

—Te traje los chocolates.

—Sabía que lo harías, gracias, amigo querido. Recé por vos y Yarah. Gracias...

Conversó con Diego durante todo el tiempo que le permitieron. Salió. Sabía que esa era la última vez que lo veía. Le dolía el pecho, no podía respirar...

Con lentes oscuros y prendido del brazo de Yarah, escoltados por Andró, entraron al juzgado justo cuando Diego salía esposado y acompañado por dos policías. Se detuvo. Sacó sus lentes. Cruzaron las miradas llorosas. Un segundo. Una vida. Sin hablar, se dijeron adiós para siempre. ¿Por qué las cosas tenían que ser así? Adiós, amigo querido, adiós, Diego.

Durante las dos horas que duró la declaración de Agustín, Yarah estuvo parada detrás de la puerta como un soldado. Inapelable.

Al fin, se abrió, y apareció Agustín, tenía los ojos irritados, se puso los anteojos de sol y salió colgado del brazo de Yarah.

—Por acá nos espera el auto —indicó Andró y los guio por la parte trasera de la fiscalía.

—Vamos a casa —pidió Yarah.

—Muchas gracias, Andró —dijo Agustín.

—De nada, hijo.

La declaración de Diego y luego la de Agustín abrieron otra gran polémica. Su nombre comenzó a difundirse por todos los medios de comunicación, algunos inclusive

tenían fotos. Y a pesar de que sabía que pasaría, no fue bueno para Agustín ver cómo el mundo se enteraba de su tragedia. Al fin, el padre Flaviano fue detenido. Y mágicamente llovieron declaraciones de personas de todas partes del mundo donde había estado el padre, que, ahora sí, iba a pudrirse en la cárcel.

Yarah se encargaba de espantar a la prensa. Tantas veces había llamado a esos mismos periodistas para hablar sobre las favelas, nunca vinieron. Ahora estaban todos ahí, en procesión, haciendo fila... Yarah los miraba y pensaba: así somos los seres humanos. Nos atrae la perversión, lo oscuro nos chupa y cuando nos dimos cuenta, es tarde. Salió y les dijo a todos que Agustín no iba a hacer declaraciones nunca.

25

Agustín transitaba los días con mucha dignidad, esquivando a la prensa que lo seguía acosando, programando su viaje con Yarah para encontrarse con sus compañeros de la Cruz Roja Internacional. Ya habían conversado con Lagos por teléfono, todo estaba encaminado.

Fumaba en la terraza que se desprendía hacia el mar cuando llegó Yarah con una amiga. La vio desde arriba. ¿Pero cómo no le avisó? Y eso que le había pedido... Quería estar solo, tranquilo. No tenía ganas de conversar con nadie, menos con desconocidos.

Antes de que Yarah lo comprometiera con la palabra, Agustín se presentó y se disculpó para retirarse a descansar.

—¡Solo vas a saludarme y salir corriendo! Ah, no cambiaste nada, ¿eh? —dijo la visita.

Agustín sintió esa voz resonar en su corazón, enseguida se volvió para fijar la mirada en la hermosa chica que había ingresado con su novia.

—¡Agustín! —exclamó la mujercita y se le colgó del cuello—, soy Rosana.

Agustín la separó, la tomó por los hombros y la miró, ¡era ella! ¡Su hermanita! Toda una mujer. Belleza de mujer.

—¡Rosana! ¡Rosana! —repetía mientras la abrazaba y la llenaba de besos ante los ojos llorosos de Yarah—. ¿Qué hacés acá? ¿Cómo me encontraste?

—Por las noticias, ¡lo lamento tanto, hermano! Y gracias a Yarah. ¿Cómo te vas a ir así y nunca más volver ni escribir? —lo retó con los ojos llenos de lágrimas.

—Fue difícil, Rosana, muy difícil. ¿Y nuestros padres?

Rosana suspiró y lo guio a la mesa, se sentaron mientras Yarah fue por café y agua.

—Cuando vos te fuiste, papi no volvió a comer... Comenzó a beber, fue como si le hubieran cortado los brazos, nunca fue el mismo. Falleció unos años después. Y mami quedó pirucha después de eso, no sabés todas las que pasé —respiró—. Se escapaba desnuda por la calle, decía que tenía que despojarse de todo en la tierra para que Dios la acepte en el cielo... Si la hubieras visto, no la reconocerías. Se murió justo al año que murió papi. Y yo después de eso me fui. Estudie en la ciudad, soy enfermera, y cuando me enteré... Tantas cosas se acomodaron en mi cabeza, hermanito. Enseguida comencé a buscarte.

Agustín la miraba, era un sueño tenerla ahí. Tan grande, tan valiente.

—Perdón por dejarte sola en ese infierno.

—Ambos sabemos que hay que estar en el infierno para elegir salir. Acá estoy, ni yo lo puedo creer...

—Sos muy valiente —dijo y volvió a abrazarla.

—Yarah me contó que me podían agregar a la Cruz Roja Internacional, me voy con ustedes, alguien va a tener que consentir a los hijos que tendrán algún día, ¿no? Y no tengo otra familia más que vos. Y vos tampoco, ¿no?

—Nunca voy a volver a dejarte, Rosana.

—No sabés lo bien que suenan esas palabras en todo mi ser, hermanito.

Agustín la miraba incrédulo. Pensaba en sus padres, que ya no caminaban sobre la tierra. Sintió alivio. Sintió culpa. Se sintió en familia. Al fin.

Bebieron café, agua, cerveza. Rosana se hospedó en la casa de Yarah. No le dio otra opción a pesar de su insistencia. Que no quería molestar, que iba a un hotel.

Los tres acodados y sentados en el piso, en la terraza, vieron caer el sol sobre el mar. Cada uno inmerso en sus pensamientos, tomados de la mano. Unidos por ese hilo invisible, fuerte, único, que se denomina amor.

26

Rosana debía recibir el entrenamiento para poder unirse al grupo. Tenía que quedarse a tomar el curso que dictaría un suizo. En menos de un mes estaría con ellos. Hicieron todos los arreglos. André quiso que se quedara en la casa, así no los extrañaba tanto.

—Ese Lagos es muy bueno —dijo Rosana mientras recibía todas las indicaciones de su hermano.

—Sí, es un buen hombre, en poco tiempo lo vas a conocer.

—Qué vida nos tocó, ¿no? A veces me parece que nunca hubiéramos vivido en El Pueblito... —reflexionó Rosana—, lo siento tan lejano. Como si fuera otra persona, no yo.

—Mejor así. Miremos para adelante. Si miramos para atrás, seguro nos vamos a marear.

En ese momento ingresó Yarah con un papel en la mano.

—Mirá, miren, es Cristiano, dice que te manda saludos, “cuñado”.

Rieron los tres y por supuesto Rosana comenzó a preguntar quién era el famoso Cristiano.

André organizó una cena de despedida. No le gustaba que se fueran, pero sabía que lo necesitaban, los tres. Tenían que respirar un poco de aire. Volverían y él los estaría esperando. Vería crecer a todos sus nietos. Envejecería con ellos a su alrededor. La vida se lo debía a todos, a él también.

Agustín prendió un cigarrillo, se dijo que era el último. Dejaría de fumar. Le dolían los huesos. Inspiró y sonrió. Todo había terminado. Esa era la palabra. Fin. Tenía que ponerles un fin a sus tragedias, a sus recuerdos, a sus angustias, a sus vivencias. Tenía que volver a llenar su corazón, con amor, con confianza, con esperanza. Si era el único que había sobrevivido, tenía que ser feliz, era la mejor forma de homenajear a todos sus amigos muertos y desaparecidos.

Rosana, en el auto de Yarah, los dejó en el aeropuerto. Agustín pasó por un kiosco. Tenían una larga espera en migraciones. Compró para Yarah una revista de biología que le gustaba mucho, y los dos diarios más importantes.

Yarah, siempre hacía lo mismo, le sacaba el diario, lo hojeaba primero y luego se lo devolvía. Agustín la miraba y esperaba con amor, casi como un ritual.

Apenas vio la portada, abrió la boca y los ojos. Luego, fruncida de ceño, miró fijamente a Agustín.

— ¿Fuiste vos? Lo ayudaste, ¿no?

Agustín no contestó, solo la miró.

— Bueno, ya está — respondió con resignación.

— Vos lo ayudaste... ¡No puedo creerlo! Después de todo lo que viviste.

— No sé.

El titular del diario decía que el sacerdote Diego se había quitado la vida en la cárcel, se había envenenado.

— Tendría que haberse podrido en la cárcel. Era un abusador, Agustín, lo siento, sé que era tu amigo, pero hizo mucho daño — dijo Yarah iracunda.

— ¡Lo sé, Yarah! Pero Diego, antes de todo eso, fue víctima. Yo estuve con él, vi su sufrimiento, primero su madre asesinada por su padre, luego el cura hijo de puta. No pudo salir, no tuvo la fuerza necesaria para escabullirse de toda esa podredumbre. No es fácil, Yarah, los que tendrían que pudrirse en la cárcel son todos los que no asumieron las responsabilidades que les correspondían: la policía, los políticos, los religiosos, las familias. A Diego lo destruyó el sistema. Nuestro sistema. Nuestro podrido sistema ocupado por ególatras enfermos de poder, ladrones, pederastas, asesinos, golpeadores. A Diego le pegaba su padre, veía cómo su madre era vejada cada día y encima se lo cogía el cura. Su adolescencia se perdió en algún lugar del tiempo. No pudo volver a encontrar el camino, es que ni siquiera llegó a conocer lo que era correcto. Dejé que la muerte le salve la vida. ¿Te das cuenta que, de los tres, solo yo zafé? ¿Sabes qué me dijo Diego la última vez que lo vi...? Que confiara en Dios... estaba... tan demacrado. Lo golpearon tanto. Lo violaron. No sé si está bien o mal. Pero si sé que Diego era un buen chico, tenía buen corazón, pero lo destruyeron, lo desarmaron por completo... Lo siento. No pude dejar de ver a ese joven que fue mi amigo, víctima del sistema... Recién ahora está en paz.

No pudo seguir hablando.

— ¡Por eso lo ayudaste a suicidarse! Fuiste vos...

— Sí, fui yo, la última vez que lo vi, le llevé una pastilla dentro de unos chocolates. Él me lo pidió.

— Bueno, no sé qué decir — admitió Yarah.

— No me juzgues. Estoy tratando de recuperar mi vida. Mis padres me quitaron la familia. El cura me quitó la religión, la dignidad, el amor. El dictador me quitó la patria, mis amigos, mi esperanza. No tengo nada...

— Agustín Luis Ramallo, no te equivoques. Me tenés a mí — dijo Yarah y lo abrazó —. Te amo para siempre. Yo soy tu recompensa.

FIN

Agradecimientos

A mis lectores, primero, siempre. Gracias por leerme, los quiero mucho, les agradezco. Ustedes son mi inspiración.

A mis editoras Julieta Obedman y Florencia Cambariere, que hicieron posible la publicación de esta novela tan especial.

A mi editor Genaro Press, por ponerse al hombro los detalles, que siempre hacen la diferencia. ¡Gracias!

A mi familia, Gabriel, María Candelaria, Augusto y mis cachorros, gracias por colaborar con todos los quehaceres familiares, ayudar y comprender mi trabajo. Los amo.

A Mariela Heinze, amiga querida, por sostenerme durante los largos procesos de escritura. No fue fácil...

A mi amiga de todos los tiempos, la licenciada Roxi Gerbaudo, por las charlas sobre la psicopatología para poder entender la estructura mental de los pederastas, pedófilos, abusadores y sus víctimas. Y por ayudarme con mis emociones, ¡gracias, Ro!, fuiste muy importante para mí en este proceso.

A ustedes, principalmente, Valientes anónimos, por poner en mis manos los relatos más difíciles que me tocó escuchar en toda la vida. ¡Los admiro!

A todos los que me ayudaron con la investigación para poder escribir este libro. ¡Gracias!

Hijos de la sombra no es una novela más, es una historia triste, dura y cotidiana que pasa delante de nuestras narices cada día y no logramos verla.

Hoy pongo fin a esta historia. Hoy estamos encerrados en nuestras casas, en cuarentena, un virus migró desde China y nos convirtió en un zoológico humano, un reto a la humanidad. Espero que, cuando esto termine, podamos salir con la mirada limpia y el corazón sano a construir un mundo mejor para todos.

Gracias, gracias y gracias.



GRACIELA RAMOS

Es cordobesa. Egresada de la Universidad Católica de Córdoba, ocupó diferentes cargos en el área de Marketing y Ventas durante muchos años hasta que decidió que era hora de darle lugar a su siempre postergado deseo de escribir. Es autora de *Malón de amor y muerte* (2010), *Lágrimas de la Revolución* (2013), *La capitana* (2015), *Los amantes de San Telmo* (2016), *La boca roja del Riachuelo* (2017) y *La patria de Enriqueta* (2019), con las que renovó el género romántico a través de historias de los siglos XIX y principios del XX, en las que las mujeres protagonistas saben adueñarse de su destino y plantarles cara a las adversidades de la vida. Todas sus novelas han sido declaradas de interés cultural. Graciela Ramos vive actualmente en Villa Allende, Córdoba, con su familia.

Foto: © Cecilia Casenave

Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Ramos, Graciela

Hijos de la sombra / Graciela Ramos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Ediciones B, 2021.

(Grandes Novelas)

Libro digital, EPUB

1. Narrativa Argentina. I. Título CDD A863

Edición en formato digital: abril de 2021

Humberto I 555, Buenos Aires